

**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**

UNIVERSO REMOTO



POR GEORGE H. WHITE



¿Qué ocurrió después que el autoplaneta “Valera” consiguiera su independencia de la Confederación de Planetas? Respondiendo a la reiterada petición de los numerosos “fans” de la Ficción-Ciencia... ¡POR FIN! la Editorial Valenciana ofrece a sus adictos la continuación de la apasionante saga de los Aznar.

¡El mismo autor, los mismos personajes, en el mismo escenario, en otro lugar del Tiempo! Durante siglos, el autoplaneta “Valera” ha viajado incesantemente siguiendo las señales misteriosas llegadas de algún punto del... *Universo remoto*.

Con este nuevo título, vuelve al primer plano del género el autor que hizo las delicias de toda una generación de españoles. George H. White y Editorial Valenciana se complacen en anunciar a su público la continuación de las hazañas del fantástico autoplaneta “Valera”.



George H. White

Universo remoto

La saga de los Aznar - 31

ePub r1.0

Titivillus 25.07.15

Título original: *Universo remoto*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





UNIVERSO REMOTO

George H. White



**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**



CAPÍTULO I

RETORNO DESDE EL PASADO

Sin darse cuenta, el protagonista se encontraba en una típica habitación de un hospital. Junto a la cabecera de la cama, sobre la mesilla, había una lámpara de pantalla verde. Sobre la cómoda un ramo de claveles rojos. Se escuchaba, como lejana, una música suave. El primer rostro que vio fue el de una linda chica tocada con la graciosa cofia tradicional de las enfermeras.

Miró a la sonriente enfermera y preguntó:

—¿Es esto el cielo?

La chica se echó a reír.

—¡Qué más quisiera usted! Es el Hospital General de la Armada, Departamento de Recuperación. ¿Cómo se encuentra?

—Yo creo que bien. ¿Por qué lo pregunta?

—Dígame su nombre.

—¿Mi nombre...? Espere que haga memoria... ¡Caray, no me acuerdo de nada! Siento la cabeza como de corcho. Debo tener un nombre... ¡sé que lo TENÍA!

—Su nombre es Miguel Ángel Aznar Polaris. Fue usted Almirante Mayor del autoplaneta VALERA...

—¡VALERA! —exclamó Miguel Ángel.

Como si aquel nombre fuera la palabra mágica de un conjuro, los recuerdos empezaron a afluir a su cabeza como un caudaloso torrente... Escuela primaria, niños y niñas, una joven maestra, una lección aprendida de carrerilla: “VALERA, planetillo autopropulsado, tres mil doscientos kilómetros de diámetro exterior; es una esfera hueca de un metal superpesado llamado “dedona”. El círculo máximo interior es de nueve mil quinientos kilómetros. Superficie, veintiocho millones de kilómetros cuadrados, tres veces la de Europa. El área habitable es de diecinueve millones de kilómetros cuadrados, de los que dos millones están ocupados por las aguas interiores. Población, ciento cuarenta millones de habitantes; capital, Nuevo Madrid...”.

¿Cómo podía recordar esto y haber olvidado en cambio su nombre? ¡Pérdida de memoria! ¿Amnesia, era éste el nombre de aquella enfermedad?

Mientras Miguel Ángel se hacía todas estas preguntas, la enfermera había salido un instante para regresar con un hombre alto y delgado, de cabellos rubios y ojos azules, el cual vestía una bata blanca.

—Soy el doctor Cowan. ¿Cómo está usted? —dijo el hombre acercándose a la cama.

—¿Por qué todo el mundo me pregunta cómo estoy? ¿Hay alguna razón por la que deba sentirme mal? ¿Por qué me han traído a este hospital?

—¿No recuerda nada de su vida anterior, verdad? Es normal que le ocurra eso, no debe preocuparse. Acaba de salir de un sueño de doscientos setenta y seis años. Durante este tiempo ha permanecido inconsciente, encerrado en un sarcófago de plomo sometido a baja temperatura en la bóveda de hibernación.

—¿He sido hibernado? ¿Por qué?

—Porque usted lo pidió —el doctor le tomó la muñeca buscándole el pulso—. Ese viejo corazón todavía se muestra reacio a recobrar su ritmo. Debieron haberle implantado uno artificial antes de hibernarle y nos habríamos ahorrado riesgos y trabajo.

—¿Cuántos años tengo?

—Tenía ochenta y cinco cuando le hibernaron.

—¿Y ahora?

—Si nos remitimos al número de pulsaciones, su corazón sólo ha latido por un tiempo equivalente a menos de medio año, y esa es la edad que hay que sumarle a la que tenía cuando fue hibernado.

—Entonces, ¿no es cierto que las funciones del organismo quedan totalmente interrumpidas en estado de hibernación? —preguntó Miguel Ángel.

—En el sistema que se empleó con usted las funciones vitales no se interrumpen por completo, sino que experimentan un retardo. A razón de una pulsación por minuto, una bomba eléctrica impulsaba por sus venas un reducido caudal de sangre artificial con un alto contenido de oxígeno, suficiente para irrigar los tejidos cerebrales y evitar la atrofia del resto de los órganos. Es el método más seguro de cuantos se han experimentado.

—Eso me tranquiliza, no soy tan viejo después de todo, considerando el tiempo medio de vida actual.

—Recuerde que para usted lo “actual” quedó doscientos setenta y seis años atrás. La media del período de vida ha aumentado algo en los últimos tiempos, ahora está alrededor de los trescientos setenta y cinco años, gracias a la implantación de órganos artificiales de comprobada eficacia.

—Pues si es así, todavía me queda mucha vida por delante. Dígame, ¿qué ha ocurrido en todo este tiempo que estuve ausente del mundo de los vivos?

—Poca cosa. Créame, no se ha perdido usted nada.

—¿Seguimos viajando?

—Llevamos varios meses desacelerando. Pronto nos situaremos en una órbita alrededor del sol. Pero parece ser que antes expediremos alguna nave exploradora para que vaya a echarle un vistazo al circumplaneta.

—¿Circumplaneta? ¿Qué es eso?

—Un planeta circular. Ya sabe, es como un gran anillo girando

alrededor del sol —el doctor Cowan consultó su reloj de muñeca—. Discúlpeme, debo atender a otros pacientes. Siga acostado y no haga ningún esfuerzo. Mañana probará a levantarse. Si no se cae empezaremos con una tabla de gimnasia progresiva. Tomará alimentos ligeros para ir entonando el estómago. No se alarme si siente vértigo, es lo normal en su caso después de tan larga inactividad del oído interno. Lo más importante por el momento es curarle su amnesia. Podrá utilizar el televisor. Eso le distraerá y le informará sobre los sucesos de actualidad.

El doctor se apartó de la cama. Más allá del lecho, al otro lado de la habitación, el doctor introdujo una llavecita en una pequeña cerradura. Todo un panel del muro subió como una cortina descubriendo la pantalla de un televisor.

—La señorita Zorio le traerá unos mandos para que pueda manejar el aparato desde la cama —dijo el doctor.

Le dejaron solo. Seguía escuchándose aquella música suave, como un lejano coro de violines. Miró en rededor. La habitación carecía de ventanas y no ofrecía nada de interés a su curiosidad. Se sentía extraño a sí mismo, como si le hubieran puesto ante un espejo y contemplara una imagen desconocida. Aquel doctor Cowan era un tipo bastante antipático. Podría haberle recordado unas cuantas cosas más, y no estaría él ahora haciéndose tantas preguntas.

Le habían hibernado. Durante doscientos setenta y seis años estuvo muerto para el mundo. Acababa de regresar del pasado. ¿Pero cuál fue su pasado?

Era como un hombre perdido en la niebla. Las sombras de los recuerdos se movían a su alrededor, sabía que estaban allí, pero sus contornos eran demasiado confusos para precisar su forma.

Pasado un buen rato, regresó la enfermera. Miguel Ángel la estuvo contemplando con atención. Era esbelta y tenía una bonita figura. Medias y uniforme blanco, la falda cuatro dedos por encima de las rodillas. Al andar se contorneaba graciosamente sobre unos zapatos blancos de tacón alto y estrecho. La enfermera se acercó a la cama y dejó sobre la mesita el mando a distancia del televisor.

—Dígame, esos zapatos ¿es lo que se estila ahora?

—Están de moda esta temporada —dijo la chica sonriendo—. Bien mirado, la moda es continuo retorno a las cosas pasadas. No

puede decirse que la humanidad haya sido muy original a este respecto.

—Tal vez el defecto esté en la misma falta de originalidad de la Naturaleza. Una cabeza, un tronco, dos piernas y dos brazos, todos nacemos iguales. A propósito de nacimientos, ¿cuántos habitantes somos en la actualidad en VALERA?

—Oscilando en más o en menos la población se mantiene en los doscientos millones.

—¿Control de natalidad?

—En efecto, la población empezó a aumentar tan rápidamente en las dos primeras décadas después de la independencia de VALERA que tuvimos que recurrir a un severo control de la natalidad. Cada pareja un hijo. El castigo es muy duro para los que se excedan. Por cada hijo de más, diez años adicionales en el Servicio de Trabajo Obligatorio.

—¿No es demasiado?

—Los que se excedan en el número de hijos permitidos deben contribuir con su trabajo a la carga que ese hijo supone para la sociedad. Es justo que sea así. ¿No lo cree usted?

—No sé qué decirle. Evidentemente, estoy desconectado del mundo actual. No lo recuerdo bien, pero tengo la impresión de que en mis tiempos no existía ningún control de natalidad —repuso Miguel Ángel pensativamente.

—Cuando el autoplaneta VALERA viajaba de Redención a la Tierra, o de la Tierra a los planetas de Nahum, no era necesario limitar el crecimiento de la población, antes bien al contrario; las continuas empresas guerreras de VALERA exigían nuevas multitudes para cubrir las bajas que se producían en las filas del Ejército y la Armada. Si la población aumentaba demasiado durante los años que duraban sus largos viajes, los excedentes se volcaban en los planetas terrícolas o redentores y se solucionaba el problema. La cosa es distinta ahora. Desde que nos alejamos de los planetas de Redención, hace doscientos setenta y siete años, VALERA ha viajado constantemente lejos de todo mundo habitado. Sin las previsoras medidas de control de la natalidad, los valeranos seríamos ahora más de mil millones y tendríamos que sentarnos unos encima de otros. Como usted bien sabe, VALERA es un mundo más bien pequeño.

—Sí, eso lo recuerdo bien. Lástima que no sea capaz de recordar otras cosas más próximas a mí. Por ejemplo, ¿había tenido mujer antes de pasar al estado de hibernación? ¿Tengo hijo en alguna parte? ¿Lo sabe usted?

—La historia familiar de los Aznar no me ha preocupado de una forma especial, pero en su caso particular es distinto. Me interesé por usted cuando le trajeron al Hospital, por ser persona muy discutida en los momentos actuales. De este modo llegué a saber que era soltero y sin familia cuando se hibernó. Su hermano, Fidel Aznar, la esposa y los hijos de éste, murieron asesinados por los “eternos” de Redención. Usted asumió temporalmente el mando supremo de VALERA y dirigió la guerra contra los planetas de Redención. Poco después VALERA se declaraba independiente. Usted figuró en el Gobierno provisional y presentó su candidatura como presidente de la nueva república. Su madre falleció y su candidatura de usted salió derrotada en las elecciones. A raíz de todas estas adversidades, pienso yo que, amargado y desilusionado, usted decidió apartarse del mundo y sumirse en el sueño de la hibernación que debería durar hasta que VALERA encontrara un nuevo mundo. Hoy nos encontramos frente a ese mundo, el “circumplaneta”, y el Gobierno ordenó se le devolviera al mundo de los vivos. Es todo cuanto sé acerca de usted.

—Es suficiente, y créame que le agradezco mucho el interés que se tomó por mis circunstancias personales. Tal vez a partir de estos datos pueda empezar a reconstruir mi pasado —murmuró Miguel Ángel.

La enfermera se inclinó para arreglar el embozo de la sabana. La fragancia que emanaba de la chica, olor a jabón y a carne joven, envolvió por unos instantes a Miguel Ángel Aznar. Luego ella se incorporó y miró a su paciente con afecto. Ésta era una de las cualidades de Miguel Ángel, la de inspirar simpatía a primera vista.

Rubio, de ojos azules, esbelto aunque no muy alto, Miguel Ángel se apartaba de la línea tradicional de la familia, que había dado con frecuencia hombres de gran talla, vigorosos y pelinegros.

—Pienso que podría haber una forma de ayudarle a reconstruir su pasado —dijo la enfermera—. Tal vez pueda conseguir de la Hemeroteca Nacional algunos rollos magnetoscópicos de la época anterior a la declaración de independencia de nuestro planetillo.

—Se lo agradeceré mucho —dijo Miguel Ángel.

—Lo intentaré esta tarde después de terminar mi turno de guardia en el Hospital. Le encenderé el televisor.

La enfermera encendió el televisor y salió.

Estaban dando una película de aventuras. El ciudadano de VALERA, cuya preocupación principal consistía en hallar algo con qué distraer su ocio, era un esclavo de la televisión. Programas culturales, deportivos y de entretenimiento ocupaban las largas horas de emisión de la televisión estatal.

Las películas de aventuras, que eran las que gozaban con mucho de la preferencia del gran público, tenían generalmente por escenario la Tierra, Redención y los planetas de Nahum.

Aparte de una gran variedad de localizaciones, los productores de películas podían escoger entre un amplio abanico de acciones de guerra, conquistas de planetas y catástrofes universales; como la huida del autoplaneta RAYO en el momento que la Tierra era invadida por la Bestia Gris (el thorbod), la llegada del RAYO al nuevo mundo de Redención, el hallazgo de VALERA y los laboriosos trabajos para hacer de éste un mundo habitable autodirigido, la expedición de VALERA para rescatar a la humanidad esclava de la Bestia Gris, el regreso de VALERA a Redención y sus luchas contra los Hombres de Silicio para rescatar este planeta, las sucesivas expediciones de VALERA a los planetas de Nahum, sus guerras contra el Imperio Nahumita, la llegada al reino del Sol de una nueva raza extragaláctica, los Hombres de Titanio, y finalmente el doloroso abandono de la inhabitable Tierra, el retorno de VALERA a Redención y la guerra contra los “eternos”, que supuso la declaración de independencia del autoplaneta y su alejamiento definitivo de aquellos mundos que ayudó a conquistar primero, y civilizar después.

Aparte su interés argumental, no siempre resuelto con fortuna, estas películas, especialmente las antiguas, tenían el valor de lo anecdótico. Paisajes de mundos remotos jamás vistos por las modernas generaciones, escenas de combates siderales tomados de la realidad, viejas aeronaves, la monstruosidad de los Hombres de Silicio, la fealdad de los Thorbod, la suntuosidad bárbara de los palacios y la corte del antiquísimo Imperio de Nahum, el ardor y el entusiasmo de los valeranos superando una dificultad tras otra,

hasta el color y la pompa de los antiguos uniformes, tenían para el espectador el sabor rancio de la Historia escrita con imágenes.

Miguel Ángel Aznar pasó un rato distraído con la película, cuya acción se desarrollaba entre el propio VALERA y el planeta Noreh, del cortejo de los mundos de Nahum. Luego llegó la enfermera con la comida y apagó el aparato.

Cuando entraba la señorita Zorio con su bandeja, un soldado que vestía un extraño uniforme le sostuvo la puerta un instante.

—¿Quién es ese hombre? ¿Un soldado o un policía?

—Es un policía —contestó la enfermera mientras depositaba la bandeja sobre la cómoda, junto al ramo de claveles rojos.

—No conozco ese uniforme.

—Es el de la Policía del Estado —dijo la chica accionando un botón que hizo levantarse la parte anterior del lecho, incorporando a Miguel Ángel.

—¿Hay un policía en la puerta de mi habitación?

La chica no contestó. Fue entonces cuando apagó la televisión. A continuación regresó para poner la bandeja de la comida ante Miguel Ángel. Él preguntó:

—¿Por qué hay un policía vigilando la puerta de mi habitación?

—Supongo que porque es usted una persona importante —repuso la enfermera evasivamente.

—¿Lo soy?

—Bueno, mejor digamos que lo fue en su tiempo. No todo el mundo llega a tener el título de Almirante Mayor de VALERA. Ese cargo dejó de existir después de la declaración de independencia de nuestro planetillo, pero en la época gloriosa de los Aznar, cuando el autoplaneta dependía del Gobierno de la Confederación de Planetas y regía bajo las Ordenanzas de los buques de guerra, el Almirante Mayor o “superalmirante” tenía el poder decisorio que sólo han poseído en la antigüedad los zares y emperadores. Ni siquiera el Ministro de la Guerra ni el Presidente de la Confederación de Planetas tuvieron jamás la autoridad de un Almirante Mayor de VALERA. Un Ministro ni un Presidente no pueden tomar decisiones importantes sin el consenso de un Parlamento y la aprobación del pueblo. Por el contrario, el Almirante Mayor de VALERA tenía autoridad ilimitada. Teóricamente, dependía de un Gobierno democrático, pero generalmente ese Gobierno se encontraba a

centenares de años luz de distancia del lugar donde el autoplaneta estaba operando. En estas circunstancias las decisiones eran prerrogativa personal del “superalmirante”. Tenía poderes para emprender una guerra ruinosa y decidir sobre el destino y la vida de millones de seres, tanto sobre los que estaban directamente a sus órdenes, como sobre aquellos contra quienes iba dirigida la acción de los tremendos medios de destrucción del autoplaneta. Nadie, jamás en ninguna parte, ha poseído nunca el inmenso poder de los almirantes de VALERA. Y usted fue uno de ellos.

—El último —murmuró Miguel Ángel.

—Sí, el último..., afortunadamente.

—¿Por qué dice “afortunadamente” en ese tono?

—Vista en su conjunto, la Historia considera nefasta la época de autoridad de los Aznar.

—No es así como yo lo recuerdo.

—Pues es como a mí me lo enseñaron en la escuela. Discúlpeme —añadió la chica a renglón seguido—. No tengo nada personal contra los Aznar, y mucho menos contra usted. ¿Le he disgustado? ¡Vamos, anímese a comer!

Miguel Ángel Aznar comió poco y de mala gana. Rechazó el ofrecimiento de la enfermera de encender de nuevo la televisión.

—Prefiero reflexionar. Le agradeceré que haga cesar esa música.

La chica silenció la música estereofónica desde un botón situado en la mesilla, al alcance del paciente.

—Le dejo los mandos por si en cualquier momento quiere poner la televisión. Mi compañera, la señora Tule, le atenderá hasta que yo regrese mañana.

Miguel Ángel la despidió con un vago ademán. Quedó solo, en el silencio de la habitación insonorizada. Empezaba a coordinar sus recuerdos.

Después de pacificar los lejanos planetas de Nahum, el autoplaneta VALERA había regresado para llevar a cabo un último intento de desalojar a los Hombres de Titanio que en una época anterior se habían apoderado de los planetas terrícolas. Fracasó, pese a haber vapuleado a los invasores, y VALERA retornó a Redención.

Una peculiaridad de los viajes de VALERA era que, a medida que éste se aceleraba, hasta un tope que se aproximaba a la velocidad

de la luz, las funciones vitales de los tripulantes experimentaban un retardo progresivo con respecto a los habitantes que permanecían en el planeta desde el cual partieron. Este retardo o elentecimiento del tiempo no podía ser observado a bordo de la cosmonave, porque también los relojes, al igual que el resto de las máquinas, eran afectados por el mismo fenómeno. Así, los 316 años de los relojes de VALERA, desde su partida hasta regresar de nuevo a Redención, se traducían para el tiempo de aquel planeta a ¡cuatro mil ochocientos años!

Durante los milenios transcurridos en ausencia del autoplaneta, la civilización terrestre arraigada en Redención había progresado considerablemente, a tal punto, que a los ojos de esta sociedad, los valeranos aparecían como unos fósiles vivientes, una especie de pueblo primitivo de costumbres y mentalidad inmovilizados en el tiempo.

En los planetas de Redención^[1], el proceso filosófico había evolucionado hacia formas muy radicalizadas del materialismo.

1. No existía el “más allá”.
2. La muerte sólo era concebible como accidente. Las otras clases de muerte debían atribuirse a negligencias médicas.
3. La vida era un don excepcional. El ser humano tenía derecho a recurrir a cualquier procedimiento que le permitiera prolongar la vida.

El procedimiento empleado por los redentores consistía en implantar el cerebro humano en una máquina altamente perfeccionada. El resultado de este injerto era el ORGCI, contracción de “organismo cibernético”.

Los valeranos, cuya moral admitía el injerto de órganos artificiales en sustitución de los enfermos, eran contrarios a esta práctica de los redentores, estableciendo diferencias muy concretas entre un deseo lógico de prolongar la existencia, y el otro de alcanzar una imposible inmortalidad.

Dos pueblos que tenían su origen en un tronco común se vieron, al reencontrarse después de cuarenta y ocho siglos, distanciados por un abismo ideológico. Los “inmortales” de Redención ocultaron ladinamente aquel aspecto negativo de su avanzada cultura, deparando a los valeranos un recibimiento jubiloso. La oculta intención de los “eternos” era apoderarse del autoplaneta. Treinta

millones de redentores de aspecto falsamente inofensivo se trasladaron a VALERA para visitar el planetillo, mientras cuarenta y cinco millones de valeranos, entre ellos el “superalmirante” Aznar, su familia y el Estado Mayor de VALERA, iban a visitar Redención y conocer los adelantos logrados por los redentores. Miguel Ángel Aznar, hermano del Almirante Mayor, asumió las funciones de éste en ausencia de Fidel.

Descubierta en el último instante la conspiración, aplastado el golpe de mano de los redentores, Miguel Ángel exigió explicaciones al Gobierno de Redención. Pero la respuesta tardaba en llegar y Miguel Ángel decidió ir por sí mismo a Redención y tratar de rescatar a su familia. En Redención Miguel Ángel supo que su hermano había sido fusilado juntamente con su esposa e hijos. Miguel Ángel regresó a VALERA a tiempo de dirigir la batalla sideral que se entabló seguidamente entre la Armada Sideral Redentora y la Armada Valerana.

Una consecuencia de la filosofía materialista de los redentores era su apego feroz a la existencia. Así, mientras los valeranos estaban dispuestos a morir en defensa de sus creencias, los “inmortales”, por el contrario, rehuían todo enfrentamiento que supusiera un riesgo para su preciosa existencia. La Armada Redentora se replegó a sus planetas y el Gobierno de la Confederación levantó bandera de parlamento.

En las negociaciones que siguieron, VALERA reclamó y obtuvo su independencia, a cambio de no ingerirse en los asuntos internos de la Confederación. Pocos días después, canjeados los rehenes de uno y otro lado, VALERA ponía en marcha sus poderosos motores y se alejaba para siempre de Redención.

Acelerando a través del espacio, sin un rumbo determinado, VALERA se preparaba para elegir democráticamente el primer Gobierno de la recién nacida República. Aunque poco amigo de aceptar responsabilidades ni figurar en la vida pública, Miguel Ángel cedió a la presión de sus amigos y presentó su candidatura a la Presidencia.

Soldados, cosmonautas y conquistadores, los Aznar habían ejercido tradicionalmente el mando supremo del autoplaneta, dirigiendo victoriosas campañas contra los Thorbod, los Hombres de Silicio, los emperadores de Nahum y los Hombres de Titanio.

Gozaban de un merecido prestigio y disfrutaban de enorme influencia^[2].

Sin embargo, unos hombres que habían ejercido el poder sin límites, por fuerza habían de tener grandes enemigos. Las empresas llevadas a cabo por los Aznar habían supuesto enormes esfuerzos y sacrificios de los valeranos. El autoplaneta había sido regido durante siglos por la rígida disciplina castrense propia de los navíos de guerra, y los valeranos estaban hartos de obedecer a sus comandantes. El apellido Aznar se había desgastado en el ejercicio del poder absoluto y el pueblo deseaba un cambio radical.

Los enemigos de los Aznar encontraron sobrados párrafos de la Historia que echaran en cara al último representante de la familia. Miguel Ángel fue derrotado por una diferencia humillante de votos. Para colmar la amargura del ex-superalmirante, su madre fallecía por aquellos días.

Desengañado, olvidado de sus amigos, Miguel Ángel decidió que nada de cuanto ocurría en su mundo actual merecía la pena de ser observado de cerca. Algún día VALERA descubriría un nuevo mundo en su continuo andar por los espacios infinitos. Obtuvo como última gracia que se le hibernara, y dejó escrito un ruego para que le reanimaran cuando VALERA llegara a la vista de un nuevo mundo. Éste era el momento actual.

CAPÍTULO II

VIGILADO POLÍTICO

Ahora, con desgarro, Miguel Ángel le contó cuarenta años; si bien luego resultó tener treinta y siete, suponiendo que no olvidara alguno.

—¿Ejerce usted de enfermera vocacionalmente? —le preguntó Miguel Ángel después de observar algunas brusquedades en la mujer.

—¿Quién trabajaría aquí por gusto, soportando las porquerías de viejos y enfermos? Me tocó venir aquí por sorteo, no porque yo lo eligiera.

—Sin embargo, usted habrá realizado estudios para enfermera. ¿Cómo se puede obtener un título sin vocación ni interés?

—¡Oh, ya sé a qué se refiere usted! En sus tiempos la educación se conseguía a fuerza de años de estudio. El parvulario, la escuela primaria y la secundaria, la Universidad y el doctorado. Realmente tenía mérito lo que hacían ustedes. ¡Ahí es nada sacrificar los años de la juventud en engorrosos estudios! Ahora todo es más fácil.

—¿De veras? ¿Cómo es ahora? ¿Cómo obtuvo usted su título de enfermera?

—Como todo el mundo, asistí al parvulario. Juegos, gimnasia, trabajos manuales y primeras nociones, fase preparatoria. Al niño se le enseña a distinguir unos objetos de otros y a nombrarlos por su nombre correcto, esto es muy importante y suele hacerse por medio de imágenes. A los ocho años el alumno está preparado para la primera recepción. Le sientan en un sillón, le administran una droga y le ponen unos electrodos en la región del cerebro donde se

almacena la memoria. Una registradora manda impulsos magnéticos al cerebro del niño. La memoria es impresionada con los conocimientos y la información grabados en una cinta magnetoscópica. Cuando el niño despierta ha adquirido unos conocimientos equivalentes al cuarto año de secundaria. Se comprobará el resultado de esta operación por medio de una serie de exámenes distanciados en el tiempo. Algunos necesitarán una sobreimpresión. El niño sigue dedicado a la práctica del atletismo. A los diez, doce y catorce años recibirá una nueva inducción de conocimientos. Su cultura habrá sido completada. Pero si se le escoge para una especialidad determinada, suponiendo que la admita, recibirá otras sesiones especiales que harán de él un doctor en Medicina, un físico nuclear, un bioquímico, un ingeniero o un especialista en cualquiera de las múltiples ramas de la Ciencia, la Historia o la Política. Algunas de estas especialidades, como los astronautas, requerirán una preparación física especial. Para una enfermera como yo basta una sesión de Medicina de poco más de una hora.

Miguel Ángel Aznar miraba sorprendido a la señora Tule. Sin embargo, no había razón para admirarse. Desde muchos siglos atrás se preveía que la ciencia alcanzaría resultados tan espectaculares como éste. La difusión de la cultura, uno de los mayores problemas con que había tropezado la Humanidad, se había resuelto por medios científicos. Miguel Ángel quedó realmente impresionado.

Según supo más tarde, la señora Tule se encontraba en el Servicio Obligatorio de Trabajo como castigo por haber tenido un segundo hijo. Más sorprendente fue saber que este servicio de trabajo, que antaño duraba seis años, había quedado reducido a 14 meses. No era éste el caso de la señora Tule, que tendría que trabajar diez a título de condena.

Curioso por conocer los adelantos de la nueva república de VALERA, Miguel Ángel encendió la televisión utilizando el mando a distancia, buscando algún signo del progreso cultural y social logrado por aquella sociedad moderna en los últimos doscientos setenta y seis años.

El cine y los deportes ocupaban la mayor parte de los programas de un gran número de estaciones, pero ni en la ficción ni en la práctica de los deportes apreció diferencia con el pasado.

Accidentalmente, dio con un canal que emitía un boletín informativo. De pronto apareció en la pantalla, sobre el fondo negro del espacio tachonado de estrellas, una especie de hoz brillante, delgada y arqueada en torno a una rutilante estrella. Aquel semicírculo, plateado e inmenso, extendiéndose probablemente millones de kilómetros, era de una belleza extraña, algo jamás imaginado por Miguel Ángel. Una voz en “off” estaba hablando:

“Durante las últimas veinticuatro horas el autoplaneta VALERA redujo en ciento veinte millones de kilómetros la distancia que nos separa del sol. Nuestros reporteros visitaron hoy al profesor Mario Valera en su estudio del Centro de Investigaciones Exobiológicas.”

En pantalla apareció la imagen de un hombre de edad media, delgado, de facciones afiladas y larga cabellera. Tras el profesor Valera, un gran pizarrón aparecía lleno de fórmulas matemáticas. El entrevistador era un joven de pelo crespo y rojizo.

—Profesor Valera, hace doscientos setenta y cinco años, a poco de haber abandonado el planeta Redención, nuestros detectores de neutrinos captaron una serie de señales que, por su intermitencia, parecían contener un mensaje. Descifrado el mensaje resultó una fórmula matemática de aplicación universal. Simplemente nos daba a entender que allí, en algún punto del Universo remoto, alguien deseaba establecer contacto con otros seres inteligentes. VALERA puso rumbo a la fuente de origen de aquellas señales. Por espacio de quince años estuvimos captando las señales, siempre las mismas. Luego, un día, cesaron para siempre. ¿Por qué?

—Suponemos que algo debió ocurrir —contestó el profesor Valera—. Tal vez lo averigüemos pronto, o quizás no lo sepamos nunca. Como usted sabe, el tiempo no es el mismo para todos los lugares del espacio. Las señales que nosotros empezamos a recibir hace doscientos setenta y cinco años habían partido, hacía tal vez diez mil años de la fuente emisora, y habían viajado a la velocidad de la luz distancias astronómicas hasta llegar a nuestros receptores. Mientras nuestro autoplaneta viajaba hacia la fuente emisora de aquellas señales, al pie de la emisora transcurrían otros quince mil años. Es decir, suponiendo que el mensaje hubiera partido de este circumplaneta, habrían pasado veinticinco mil años desde que la emisora enmudeció. Si la interrupción de las emisiones corresponde a la fecha en que el último ser inteligente se extinguió sobre el

planeta, todo lo que encontraremos será un mundo muerto sembrado de ruinas antiquísimas. Es posible que mediante el estudio de los vestigios lleguemos a saber cómo fueron aquellos seres y de qué forma se desarrolló su civilización, pero en cambio parece poco probable que ningún ser vivo acuda para darnos la bienvenida.

—Sin embargo, sus propios estudios sobre el circumplaneta, aun a esta distancia, parecen indicar que la vida es perfectamente posible allí. Nuestros aparatos han detectado sin lugar a dudas la existencia de oxígeno, vapor de agua y clorofila. Y espacio no falta. El circumplaneta es enorme.

—Es enorme, sí. Este anillo gigantesco mide alrededor de trescientos ochenta millones de kilómetros de diámetro. Todos los puntos del circumplaneta equidistan del Sol ciento noventa millones de kilómetros, cuarenta millones de kilómetros más que la distancia media entre la vieja Tierra y nuestro viejo Sol. El anillo tiene un perímetro aproximado de mil ciento noventa y tres millones de kilómetros, y una anchura de diez millones de kilómetros, que representan una superficie de once mil novecientos treinta y dos BILLONES de kilómetros CUADRADOS. Es una magnitud difícil de representar en la imaginación. Un avión supersónico que volara a la velocidad de tres mil kilómetros por hora, tardaría cuatro meses y medio en atravesar la plataforma de uno a otro borde del anillo. El mismo avión, viajando ininterrumpidamente a lo largo del anillo, invertiría cuarenta y cinco años y medio en alcanzar el aeródromo de partida. Para formarnos una idea aproximada, digamos que la superficie de veintitrés millones, quinientos sesenta mil planetas como la Tierra, cabrían dentro de la extensión de este circumplaneta. Varias humanidades podrían vivir aquí holgadamente.

—Los valeranos no tendríamos que preocuparnos en mucho tiempo del control de natalidad —dijo el reportero—. Algunos de nuestros científicos más eminentes especulan sobre la posibilidad de que este gigantesco circumplaneta haya sido creado artificialmente. Seres inteligentes, de un poder inmenso, debieron reunir la materia intergaláctica esparcida por el espacio hasta formar este mundo singular. ¿Cuál es su opinión?

—Es posible, por más que nos parezca fantástico a la escala de

nuestros medios. Pero otros seres, con otra inteligencia y otros medios, tal vez pudieran hacerlo. ¡Quién sabe si no crearon la misma materia con la que formaron su planeta!

—Estas fueron las declaraciones del profesor Mario Valera. Muchas gracias, profesor —dijo el reportero.

La imagen fue devuelta al estudio, donde un locutor siguió hablando:

—Como ya informamos en nuestro Boletín del mediodía, don Miguel Ángel Aznar, último Almirante Mayor de VALERA, fue sacado a primeras horas de la mañana de la bóveda de hibernación y trasladado al Hospital General de la Armada. En un informe médico de dicho Centro se asegura que la recuperación del Almirante sigue su curso normal. El Almirante es consciente, ha hablado con sus médicos y enfermeras y ha empezado a ingerir alimentos...

La imagen fundía en una algarada callejera ante las verjas de un parque. Fuerzas de la Policía con armadura de “diamantina” atacaba con largas porras y granadas de gases lacrimógenos una manifestación. Sobre las cabezas de la muchedumbre, empujadas de un lado a otro por el oleaje humano, se agitaban varias pancartas. La voz del locutor informaba:

—“La noticia de la vuelta del Almirante Aznar al estado de consciencia circuló rápidamente por la capital, desmintiendo la falaz versión de los elementos reaccionarios, según la cual el Gobierno habría secuestrado el cuerpo del señor Aznar, manteniéndolo oculto en algún lugar secreto. A primeras horas de la tarde, grupos del proscrito partido aznarista intentaron manifestarse ante el Hospital General de la Armada, siendo cargados por fuerzas de la Policía Estatal que puso en fuga a los sediciosos. Se registraron algunos heridos contusos y se practicaron varias detenciones...”

Miguel Ángel Aznar vio con asombro algunas pancartas en las que se leía: PONES EN LIBERTAD AL ALMIRANTE. ¡SECUESTRADORES! DEVUELVE A MIGUEL ÁNGEL AZNAR. ¡ABAJO LA OPRESIÓN INSTITUCIONALIZADA!

Las otras pancartas estaban demasiado lejos o se movían demasiado para poder leer sus slogans. La imagen fue devuelta al estudio. El resto del Boletín estaba ocupado totalmente por los

resultados de distintas competiciones deportivas.

Miguel Ángel no comprendía nada. ¿Existía un partido aznarista en la ilegalidad? ¿Por qué en una República Democrática se proscribía un partido titulado aznarista? ¿Qué pretendía aquel partido?

De una forma confusa relacionó la manifestación callejera con la presencia de un agente de la Policía Estatal en la puerta de su habitación. ¿Era un prisionero del Estado? Tal parecía desprenderse del contenido de las pancartas y la algarada a las puertas mismas del Hospital.

El doctor Cowan entró en compañía de la señora Tule con una bandeja. El doctor tomó asiento en el borde de la cama y cogió la muñeca de Miguel Ángel.

—¿Cómo se encuentra?

—¿Por qué hay un policía guardando la puerta de esta habitación? —preguntó Miguel Ángel de sopetón.

Cowan le miró entre sorprendido y confuso.

—No puedo responderle a esa pregunta.

—¿A quién debo dirigirme entonces?

—No lo sé, al Ministro de Justicia, tal vez.

—¿Qué tengo yo que ver con la justicia? ¿Acaso he cometido algún delito mientras permanecía aletargado en la bóveda de hibernación?

—Tome la cena —dijo Cowan poniéndose en pie.

—No la quiero, no tomaré ningún alimento hasta en tanto no venga alguien a explicarme lo que sucede.

—¿A qué viene esa actitud?

—He visto en la televisión un choque entre la policía y los manifestantes de cierto partido “aznarista”. ¿Qué partido es ése y por qué está fuera de la ley? En algunas de las pancartas se pedía mi libertad. No sabía que estuviese privado de la libertad, pero eso parece explicar la presencia de un policía en la puerta de mi habitación. Si estoy detenido quiero conocer los motivos de mi arresto.

—Señora Tule, llévese esa comida. La llamaré más tarde —dijo el doctor a la enfermera.

La mujer salió de la habitación cerrando la puerta.

El doctor apagó la televisión y permaneció unos instantes

silencioso.

—Bien —dijo—. Trataré de aclararle cuál es la situación. Al declararse estado independiente, después del enfrentamiento ideológico entre valeranos y redentores, la República de Valera se vio de pronto libre de todas las cadenas que le ataban a su pasado. Durante siglos, desde que VALERA fue arrancado de su órbita y botado al espacio como gigantesca cosmonave de combate, el planetillo había sido gobernado por unas Ordenanzas Militares muy parecidas a las que regían para todos los buques de la Armada. La política no tenía nada que hacer en un mundo ordenado por la rígida disciplina castrense, y pocos sentían la necesidad de imponer cambios en las reglas instituidas. El Almirante Mayor era el responsable máximo de todas las cosas. Todos los recursos del autoplaneta, tanto técnicos como humanos, los tenía el “superalmirante” al alcance de la mano, y tenía la autoridad para ponerlos en acción cuando las circunstancias lo exigían. El pueblo trabajaba laboriosamente porque esa era su obligación. Estaba bien vestido, bien alimentado, habitaba en viviendas confortables y todavía disponía de tiempo libre para dedicarlo a los deportes y al arte. A cambio de todo esto los valeranos respondieron en cuantas ocasiones se les exigió a enormes esfuerzos y sacrificios...

El doctor Cowan se interrumpió y Miguel Ángel aprovechó para decir:

—He estado recordando toda la historia pasada de nuestro autoplaneta, y mi propia vida. En buena lógica los valeranos debían estar hartos del régimen militarista cuando finalmente alcanzaron la independencia.

—Si ha podido recordar las circunstancias que concurrieron en la declaración de independencia de VALERA, podrá comprender mejor lo que ocurrió después. Los valeranos se vieron de pronto liberados de la tutela militar, dueños de su propio destino. Se desató una fiebre popular por politizarlo todo. Surgieron los partidos políticos y los líderes. En cada una de las cuarenta provincias se realizaron reñidas campañas electorales para cubrir los escaños del Parlamento. Otro tanto ocurrió para e) nombramiento de alcaldes, concejales, presidentes de los tribunales de Justicia y jefes de Policía... Una constante de nuestra sociedad había sido el natural afán de la persona por destacar de alguna forma. Este estímulo

natural fue el que hizo surgir grandes artistas; estrellas de cine y televisión, músicos eminentes, pintores, escultores y escritores. Fue el que promocionó famosos médicos, astrónomos, matemáticos e investigadores, y el que alumbró atletas y deportistas extraordinarios. La política trajo al primer plano de la popularidad un nuevo ente, el político. El político accede al poder con los votos del pueblo, y tiene que contar con el apoyo del pueblo para continuar en el poder. Tienen que mimar al pueblo, conceder al pueblo todo lo que el pueblo quiera. ¿Cuáles han sido las consecuencias al cabo de doscientos setenta y seis años de independencia? La política lo domina todo y la masa impone su ley a los políticos. El pueblo no quiere trabajar tanto, y los políticos se apuntan como un triunfo conseguir que se vote una ley rebajando en unos meses el Servicio de Trabajo Obligatorio. La época de los Aznar nos dejó una buena renta de obras gigantescas, de ciudades bien construidas, de industrias que atendían a las necesidades de la nación, de un Ejército y una Armada Sideral poderosos y eficientes, con unos cuadros de mandos que sentían de verdad la vocación castrense. Durante un siglo largo VALERA vivió de las rentas acumuladas, y vivió bien. Todavía nos quedaba algo del hábito del trabajo, del sentido de la responsabilidad, del orgullo de sabernos una raza fuerte y despierta. Luego vino la educación por el sistema de inducción directa de información y conocimientos al cerebro. ¿Sabe usted qué es eso?

—La señora Tule me lo explicó esta tarde. Parece un gran invento.

—Lo sería si las bases de la educación tuviesen otro contenido. En la práctica, un niño que es instruido por una cinta magnética recibe un lavado de cerebro. Las impresiones grabadas en él influirán decisivamente en el adulto. Esta es una educación dirigida. Dirigida a enseñar al pueblo a no protestar, a no tener ideas propias, a dejarse conducir por sus gobernantes. Se masifica la opinión. La máquina se prepara para que diga al niño que la época del militarismo y el gobierno de los Aznar fueron nefastos para la nación, y en esos términos opinará el resto de su vida ese hombre. Se estimulan la ociosidad y la indiferencia por los asuntos públicos. Uno entre mil descubrirá que las casas actuales están mal construidas, que las cañerías se atascan a cada momento, que los

materiales y el diseño de sus aparatos domésticos son de mala calidad, que hay deficiencia en los servicios de agua y electricidad, que los graderíos de los estadios se vienen abajo causando miles de víctimas, y que dados todos estos desastres hay algo en alguna parte que anda mal. Entonces empezará a pensar por sí mismo y creará su propia opinión. La gran masa seguirá inhibiéndose de todo problema. Nuestra sociedad contemporánea deja las decisiones en manos de una pandilla de charlatanes. Todo le parecerá bien con tal que no se le exija más trabajo, que no le falte comida en la sartén y un televisor para no perderse los partidos de fútbol de la Liga Nacional.

—¿Pero cuál es la razón de que tantas cosas anden mal? — preguntó Miguel Ángel sorprendido.

—La primera razón ha sido la sucesiva reducción en los años del Servicio de Trabajo Obligatorio. Toda la riqueza de VALERA está en los brazos de sus trabajadores. Si faltan brazos para atender a todas nuestras necesidades es lógico que muchas cosas queden sin hacerse o se tengan que hacer mal, deprisa y corriendo. La segunda razón fue el implantamiento de la educación dirigida. Los cerebros electrónicos enseñan a nuestros alumnos a resolver ecuaciones, a ordenar los componentes de una fórmula química, a citar de memoria los hechos más notables de nuestra Historia. Pero un médico no llegará a ser nunca un buen cirujano sin varios años de práctica en el quirófano, ni todas las matemáticas del mundo servirán para que un albañil coloque bien un ladrillo. Se necesita un deseo de superación, la conciencia de dejar un trabajo bien hecho, y eso no puede enseñarse por inducción directa al cerebro. El grave problema de nuestro tiempo es la falta de vocación. Tenemos estupendos futbolistas, extraordinarios atletas y ases del tenis y el ciclismo, pero escasean los cirujanos, los investigadores, los ingenieros y los oficiales en las Fuerzas Armadas. Desaparecieron las universidades, y con ellas toda una tradición de enseñanza humanística. La educación ha quedado a cargo de unas cuantas máquinas susceptibles de ser manipuladas por los enemigos de la cultura. Vivimos en un mundo en decadencia, y contra todo ello se levanta la voz de una minoría consciente y responsable. En vanguardia de los descontentos y los inconformistas está el G.A.N. o Grupo de Acción Nacional, que se identifica con el impropiamente

llamado partido “aznarista”.

—¿Por qué en una república democrática se pone fuera de la ley a una ideología determinada? —preguntó Miguel Ángel—. ¿No garantiza nuestra Constitución libertad de pensamiento, libertad de expresión y libertad de reunión por igual para todos los ciudadanos?

—El Parlamento puso fuera de la ley al GAN alegando que la ideología “aznarista” era “marcadamente reaccionaria y contraria al espíritu de la democracia en su interpretación universalmente reconocida, constituyendo por lo tanto un peligro para el libre ejercicio de la libertad del pueblo”. Con diversas alternativas, el partido “aznarista” actúa desde hace más de un siglo, habiendo sufrido sus miembros persecución y confinamiento, adormeciéndose por temporadas para resurgir siempre que las cosas andan mal en VALERA.

—¿Pero cuál es la ideología de ese partido? ¿Pretende tal vez volver las cosas al estado en que estaban cuando el autoplaneta regía bajo las Ordenanzas Militares? ¿Es una dictadura militar lo que quiere?

—Aunque sea la acusación más frecuente contra los aznaristas, yo no creo, honradamente, que pretendan retornar a la situación anterior al advenimiento de la independencia, sino devolver al pueblo la ausencia de aquellas virtudes que nos llevaron a realizar las más grandes y audaces empresas.

—Parece que simpatiza con ellos. ¿Es usted aznarista, doctor?

—Este es un equívoco en el que frecuentemente cae el espectador mal informado. El GAN es un partido. El aznarismo, aunque se le identifique con aquél, es otra cosa. No es una filiación política con nombres registrados en un fichero, ni tiene estatutos ni bandera. Es una ideología, una forma de ver y sentir las cosas, un estado de conciencia. Si el simpatizar con esa ideología es ser aznarista, entonces diga que somos muchos.

—Pero de todo este cuadro que usted me pinta, ¿en qué lugar encajo yo? —preguntó Miguel Ángel.

—No es fácil de explicar. Durante casi tres siglos se ha venido execrando la actuación de la familia Aznar por todo el tiempo que ejercieron su autoridad en el autoplaneta. Han tenido que transcurrir doscientos setenta y cinco años y comprobar los

resultados de una política desastrosa, para volver la vista atrás y establecer comparaciones entre el pasado y el presente. Historiadores y sociólogos de prestigio han sometido a una revisión el proceso histórico de VALERA, llegando a la conclusión de que, considerando la época que les tocó vivir, la actuación de los almirantes no fue tan mala, y en muchos aspectos puede decirse que fue providencial. El particular carisma de los Aznar impulsó empresas que todavía hoy, con mejores medios, se consideran gigantescas. Actualmente existe una tendencia a idealizar la época de nuestros grandes almirantes. En cada momento dramático de nuestra Historia surgió la figura salvadora de un Aznar. Usted es el último descendiente por rama directa de nuestros almirantes, se da por descontado que es depositario de aquel carisma singular, y es por derecho natural el jefe del movimiento aznarista. Durante mucho tiempo los aznaristas han estado pidiendo que se le reanimara, pero el Gobierno ha ido demorando este momento ateniéndose a sus instrucciones de usted de que no se le despertara hasta que ocurriera algo que verdaderamente mereciera te pena de ser vivido. La presión ha sido tan fuerte en los últimos meses, a la vista del circumplaneta, que el Gobierno se ha visto obligado a sacarle por fin de la bóveda de hibernación.

—¿Y qué esperan que haga ahora? ¿Que me ponga al frente de los aznaristas y protagonice un alzamiento militar? —preguntó Miguel Ángel.

—Eso depende de usted.

—¡Ah, no! Jamás me prestaré a esa clase de juego. Los aznaristas deben comprender que no es posible retroceder a la época de mis venerables abuelos. Históricamente el mandato de los grandes almirantes se justifica por las dramáticas circunstancias que marcaron su tiempo. El régimen militarista de los Aznar pasó a mejor vida. Murió con el advenimiento de la República. ¡Está muerto y enterrado! Las cosas hoy están de otro modo. No es posible, ni justo, imponer al pueblo una forma de pensar y de vivir.

—¿Ni siquiera aunque el pueblo esté equivocado?

—No. Creo que deben haber otras formas de hacer ver a la masa sus errores.

—¿Quiere saber una cosa, Almirante? —dijo el doctor haciendo una mueca—. Sus amigos se van a sentir defraudados.

—Lo siento por ellos.

—Bien —suspiró el doctor levantando los hombros en actitud de impotencia—. ¿Querrá comer ahora?

—Sí, voy a tomar esa cena, gracias.

El doctor Cowan abandonó silenciosamente la habitación.

CAPÍTULO III

ALMIRANTE AZNAR

Un día nuevo y tranquilo, el doctor Ferrand, visitó a Miguel Ángel Aznar. La mañana siguiente, el doctor Ferrand, visitó a Miguel Ángel Aznar. —¿Por qué no vino el doctor Cowan? —preguntó Miguel Ángel, sospechando que el doctor estuviera enojado.

—Tiene el día libre.

Aquella mañana Miguel Ángel se levantó de la cama y paseó por la habitación. Luego se sentó en un sillón. Por la tarde vino la señorita Zorio.

—Lo siento —dijo la enfermera—. Estuve en la Hemeroteca Nacional, pero no me fue posible sacar los rollos magnetoscópicos. Toda la documentación referente a la historia de los Aznar es materia de uso restringido.

—¿Restricción en este caso quiere decir lo mismo que prohibición?

—Más o menos, sí.

—Bien, no importa. Mi memoria está funcionando perfectamente. Ayer tuve una charla con el doctor Cowan que me ayudó mucho a comprender mi situación. Creo que soy una especie de preso político.

En el boletín de noticias de la tarde, la televisión dio en imágenes la salida de una cosmonave (un crucero sideral de la Armada) destinada a llevar a cabo una exploración preliminar del circumplaneta. Repleta de aparatos de medición, detectores de alta sensibilidad, cámaras fotográficas y de televisión, la cosmonave se adelantaría en varias semanas a VALERA, transmitiría por radio el resultado de sus observaciones y regresaría al autoplaneta con

muestras del aire, el agua, la tierra y la vegetación del nuevo mundo.

La cosmonave no llevaría tripulación. Ningún ser humano habría sobrevivido a las altas aceleraciones, ni a las brutales deceleraciones a que estarían sometidas las máquinas a bordo del crucero. Este tipo de misiones rápidas sólo podía ser realizado por los pilotos robots dirigidos por control remoto. La constitución humana, frente a la resistencia de los robots, era de una fragilidad ridícula.

Después de comer Miguel Ángel siguió viendo televisión. Al final de una larga tarde, la señorita Zorio entró con la cena. La joven enfermera tenía una distinción especial que encantaba a Miguel Ángel.

—¿Sabe lo que se dice por el Hospital? —dijo la señorita Zorio—. ¡Han detenido al doctor Cowan!

—¿Al doctor Cowan? ¿Por qué?

—Se relaciona su detención con la política. Inspectores de lo Social fueron a buscarle a su casa.

Miguel Ángel se sintió preocupado por el doctor. Sin embargo, las inclinaciones políticas del doctor no eran problema suyo. Se desentendió del asunto y durmió bien, sin pesadillas. Al despertar al día siguiente se levantó de la cama, se duchó, se afeitó y esperó en el sillón la llegada de la señorita Zorio con el desayuno.

—¿Se sabe algo del doctor Cowan? —preguntó él.

—Nada de nuevo. El doctor Ferrand quiere que vaya usted al gimnasio si es que se siente con fuerzas para empezar los ejercicios.

Nada deseaba tanto Miguel Ángel como completar cuanto antes su recuperación. El policía que le vigilaba le siguió al gimnasio. En ningún momento perdió de vista a Miguel Ángel mientras éste realizaba sus ejercicios gimnásticos.

Fatigado, aunque satisfecho, Miguel Ángel Aznar regresó a su habitación con el guarda pisándole los talones.

Aquella tarde, después de comer, estaba durmiendo la siesta cuando fue despertado por la señora Tule que encendía todas las luces.

—Incorpórese, tiene visita.

—¿Quién me visita?

—El Secretario del Interior.

Casi a continuación se abrió la puerta y entraron dos hombres

seguidos por el doctor Ferrand. Los dos vestían casi igual, una especie de guerrera de cuello cerrado sin bolsillos ni adornos, una prenda de singular austeridad que era lo que debía estilarse a juzgar por lo que Miguel Ángel había visto en la televisión. La única diferencia estaba en el color del tejido, gris uno y azul eléctrico el otro.

—Señor Aznar —dijo Ferrand—. Le presento al señor Rosmaro, Secretario del Interior. El señor Alejo, subsecretario de lo Social.

—¿Cómo está usted, Almirante? —saludó el hombre del traje gris tendiendo su mano. El hombre del traje azul también estrechó la mano de Miguel Ángel.

El doctor Ferrand y la enfermera traían solícitos sendas sillas para los dos personajes. Luego, tanto el doctor como la señora Tule se retiraron discretamente.

—Su aspecto es muy bueno —dijo el Secretario del Interior—. ¿Cuántos años tiene usted, almirante?

—Según como se mire. Tenía ochenta y cinco cuando me eché a dormir. Ahora bien, si hubiera que sumarle...

—Es usted un hombre joven, todavía tiene un amplio porvenir por delante. Supongo que habrá hecho planes para el futuro.

—La verdad, no. Como quien dice, recién acabo de llegar. Parece, sin embargo, que mi futuro no me pertenece por entero. Al menos no podré hacer planes mientras esté detenido.

—¿Detenido? —protestó el Secretario—. ¿Quién le ha dicho que esté detenido?

—Si no lo estoy, ¿qué significado tiene poner un policía a la puerta de mi habitación?

—La presencia de un agente en su puerta no tiene más objeto que protegerle —dijo el subsecretario de lo Social.

—¿Protegerme? ¿De quién o de quiénes? —preguntó Miguel Ángel.

—Como usted sabe, existe un partido ilegal llamado Grupo de Acción Nacional, situado del lado de la reacción. En el confuso ideario de esta facción se fija como meta la regresión al estado militarista de la época de los grandes almirantes; claramente se trata de imponer al pueblo una dictadura militar. Este partido, también llamado “movimiento aznarista”, le tiene a usted por depositario de las condiciones castrenses que distinguieron a los

Aznar. En consecuencia, esperan que usted asuma el liderazgo de la reacción.

—Y ustedes, es decir, el Gobierno, tratan de impedir que me reúna con los supuestos partidarios de mi ideología.

El Secretario del Interior negó rotundamente con la cabeza.

—Ahora sabemos que su ideología no va por ese camino, lo cual, dicho sea de paso, resulta altamente tranquilizador para el Gobierno.

—¿De veras? —preguntó Miguel Ángel irónico—. ¿No creen que pueden estar equivocados?

—Su conversación con el doctor Cowan fue altamente reveladora.

—¡Mi conversación con el doctor Cowan! ¿Fue el doctor Cowan quien les habló de nuestra charla?

—Tenemos micrófonos en la habitación de arriba.

—¡Micrófonos ocultos! —exclamó Miguel Ángel indignado—. ¿Consideran ética la práctica del espionaje?

—Cualquier práctica es legal si se lleva a cabo en nombre de la seguridad del Estado. Necesitábamos conocer su punto de vista de usted y recurrimos al más sencillo de los medios —dijo el subsecretario de lo Social—. También pudimos administrarle una droga hipnótica, e incluso explorar las capas más profundas de su intimidad por medios electrónicos.

Miguel Ángel Aznar escuchaba sorprendido las palabras de aquellos hombres.

—Y ahora que conocen mi posición respecto al partido aznarista, ¿qué se proponen hacer conmigo? —preguntó.

—Una declaración pública, en el sentido de que rechaza toda identificación con el movimiento aznarista, clarificaría el ambiente y sería muy provechoso para todos —aseguró el Secretario.

—No esperen de mí que me preste a hacer semejante cosa —repuso Miguel Ángel con rotundidad.

El señor Secretario del Interior pareció sorprendido.

—¿Por qué no, si ya se ha manifestado privadamente?

—Hay diferencia entre hacer un comentario privadamente y dirigirme a millones de hombres para destruir en ellos la imagen que se formaron de mí. ¡Me maldecirían!

—¿Qué importancia tiene eso, si la imagen que se formaron de

usted es una imagen falsa? Quizá los aznaristas le maldigan, pero ellos son una minoría, tal vez no sumen ni cien mil. En cambio, doscientos millones de valeranos se sentirán mucho más tranquilos. Puede incluso que muchos se reconcilien con el recuerdo de los aborrecidos miembros de la familia Aznar.

—No lo haré. Rotundamente, no. Después de todo no conozco muy bien el ideario de los aznaristas. Es posible que ni siquiera hayan pensado jamás en implantar una dictadura. El doctor Cowan negó eso.

—El doctor Cowan es un aznarista y va a ser juzgado por sus manifestaciones.

—¿Es realmente un activista, o desde ahora se castiga también a los hombres por lo que piensan en la intimidad de su “yo” profundo? —protestó Miguel Ángel.

—Si es activista lo averiguaremos —dijo el subsecretario de lo Social con expresión torva.

—¿Le torturarán para arrancarle una confesión?

—No vivimos en la Edad Media, señor Aznar. Aquí no se tortura a nadie.

—Supongo que lo que quiere decir es que ya no se amarra a los reos al potro ni se aplican hierros candentes a la planta de los pies —contestó Miguel Ángel—. Actualmente la Policía dispone de medios más refinados: drogas hipnóticas, sueros de “la verdad” o algo todavía más sutil. La aplicación de electrodos en determinadas zonas del cerebro para desnudar el pensamiento de todas sus ideas. ¿Cuál es la diferencia? El reo no sufre, pero el despojo de su intimidad no resiste el interrogatorio de los inquisidores. ¿Cuál cosa es peor?

El Secretario del Interior se puso en pie con enojo manifiesto. También el subsecretario.

—Le concederemos algún tiempo para que medite mejor su respuesta —dijo secamente el Secretario—. No se le pide mucho, solamente que se muestre ante la televisión y conteste a unas preguntas que le harán los periodistas.

—Dentro de un año, no antes —contestó Miguel Ángel.

—No nos ofrece usted alternativas. Buenas tardes, Almirante —dijo fríamente el Secretario.

Sin apretones de manos, sin sonrisas esta vez, los dos hombres

abandonaron la habitación. Furioso, Miguel Ángel cogió los mandos a distancia y encendió la televisión.

Durante el resto de la tarde estuvo haciendo quiméricos planes de fuga; golpear al policía, salir del Hospital y escapar a la calle para mezclarse con la gente. Pero sus fuerzas eran todavía escasas para luchar a puñetazos con su guardián, no tenía ropa, y probablemente le atraparían antes que pudiera salir del edificio.

Su situación sólo le merecía el calificativo de estúpida. Ignorante de cuanto ocurría más allá de la puerta de su habitación, en el mundo actual, a doscientos setenta y seis años del día que voluntariamente se sumió en el sueño de la hibernación, se veía al despertar involucrado en una pendencia entre tirios y troyanos, sin pertenecer a ninguno de aquellos bandos, pero cogido entre ellos cómo una nuez entre dos piedras.

Temperamental e individualista, Miguel Ángel no estaba dispuesto a permitir que terceras personas interfiriesen en su vida llevándole a situaciones que deseaba evitar. Ignoraba en aquel momento que los acontecimientos, ajenos a su voluntad, iban a desbordarle en breve.

Durmió mal, con numerosas pesadillas. A las dos de la madrugada hizo sonar el timbre para que acudiera la enfermera y le diera unas pastillas para dormir. Al día siguiente se aplicó con interés a los ejercicios de recuperación.

Por la tarde vino la señorita Zorio, pero aunque le gustaba la muchacha, Miguel Ángel empezaba a desconfiar de todos cuantos le rodeaban. Se mostró seco con la enfermera, y ella lo notó.

Pese a que el Almirante no hizo comentario al respecto, Alicia Zorio se enteró en el Hospital de la visita del Secretario del Interior. Nadie allí parecía conocer el objeto de la visita de tan importante personaje. Más por si esto valía como indicio, el servicio de seguridad montado en torno al Almirante fue reforzado de inmediato. Un policía en la puerta de la habitación, otro junto al ascensor, un tercero en la escalera y un riguroso control de las visitas fueron las medidas que se adoptaron. Además, los dos únicos pacientes que quedaban en aquella ala del edificio fueron trasladados a otra parte.

Alicia Zorio, que observaba todo este aparato policial con asombro, creyó adivinar algo de lo que se preparaba cuando a las

ocho de la tarde, estando cenando el Almirante, fueron a visitarle el director del Hospital y el doctor Ferrand.

Hombre de gran experiencia, el director entabló una amena conversación con el Almirante Aznar, referida a los tiempos en que el autoplaneta obtuvo su plena independencia después de luchar contra el gobierno de Redención. La entrevista duró alrededor de una hora retrasando la hora de la cena de Alicia Zorio.

Alicia se encontraba en el corredor cuando el director y el doctor Ferrand salieron de la habitación del Almirante y pasaron junto a ella.

—Su estado es excelente —dijo el director—. No le encuentro síntomas de amnesia y en este sentido voy a informar al señor Secretario...

Alicia no alcanzó a oír el resto de las palabras del director. Evidentemente, la visita había tenido una motivación muy concreta, comprobar que la memoria del Almirante Aznar funcionaba perfectamente. ¿Por qué tuvo que ocuparse personalmente el director de esta tarea? El “señor secretario”, al que iban a informar, ¿era el Secretario del Interior?

La presencia del director en la Sección Tercera había retrasado la hora de la cena de Alicia Zorio. Eran más de las nueve cuando Alicia bajó a cenar al casi desierto comedor del Hospital. No había terminado cuando la llamaron a través del altavoz:

—Enfermera Zorio, la llaman de Recuperación, Sección Tercera.

Echando reniegos en su interior, Alicia subió a la planta tercera. Allí, la enfermera encargada, señorita Dunia, le dijo que se presentara en el despacho del doctor Ferrand, que estaba en la planta primera.

—Podían haberme dicho que me presentara allí directamente —refunfuñó Alicia.

Bajó en el ascensor y llamó a la puerta del despacho. El doctor Ferrand estaba acompañado del doctor Cayo, jefe de la Sección Psiquiátrica. Ferrand entregó a la enfermera un frasquito de cristal que estaba sobre su mesa, miró su reloj de muñeca y dijo:

—Inyéctele esto al señor Aznar. Intravenosa. Perderá aparentemente el sentido en cinco o seis minutos, pero en realidad sólo resultará afectado en su sistema nerviomotor. Él seguirá escuchando y también viendo cuanto ocurra a su alrededor. Subiré

a verle en quince minutos.

Alicia abandonó el despacho parándose en el corredor para leer la etiqueta del frasco. Era neuroaquiletina, un tipo de preparado que sólo solía utilizarse en psiquiatría en casos muy especiales, concretamente dementes y criminales. No había razón alguna, al menos que supiera Alicia, para administrar la droga al Almirante Aznar. Solía utilizarse en los casos de esquizofrenia para “remodelar” la personalidad, pero aplicado a un hombre mentalmente sano podía tener otro significado más siniestro.

El cerebro humano funcionaba de forma parecida a una computadora electrónica. Era capaz de recibir información, de clasificarla y almacenarla, conservándola durante mucho tiempo para una posterior utilización.

Uno de los misterios más grandes con que se había enfrentado la neuropsiquiatría había sido la codificación empleada por el cerebro para archivar toda la copiosa información que era capaz de almacenar. Resuelto este problema se llegó rápidamente al sistema de inducción directa al cerebro, que se utilizó con sorprendentes resultados en la educación. Los conocimientos y la información que se deseaba trasladar al cerebro estaba grabada en clave en una cinta magnética y era transferida directamente a la memoria sin intervención de la vista ni el oído, a través de unos electrodos conectados a la zona sensitiva del cerebro. Un copioso caudal de información se introducía en los distintos niveles de la memoria sin intervención de la voluntad humana.

Una variante del sistema consistía en volver a la inversa todo el proceso, es decir, extraer por el mismo conducto los conocimientos contenidos en el cerebro hasta dejar la memoria en blanco. La memoria quedaba prácticamente “vacía”, y luego se volvía a “llenar” inculcando en el paciente distintas vivencias e ideas que modificaban de base la personalidad del individuo.

Modificar, en el caso del Almirante Aznar, podía entenderse también como sinónimo de “destruir”.

“No es posible —se dijo Alicia estremeciéndose de horror—. Aplicar ese procedimiento contra un hombre sano va contra la Ley. ¿Quién se atrevería a hacerlo?”

La respuesta era de puro sentido común. La misma Policía, o quienes estaban tras ella, podían hacerlo.

Por alguna razón oculta se proponían cambiar la personalidad del Almirante “reeducándole” al modo y conveniencia de los altos intereses políticos del Estado.

Alicia Zorio, como el resto del pueblo, había sido educada en un respeto reverencial a las disposiciones del gobierno instituido. Pese a todo, esta experiencia era como un amargo despertar a la realidad de que quienes dictaban y hacían cumplir las leyes tenían también el poder de burlarlas e ignorarlas.

“Tal vez me equivoque —se dijo—. En todo caso debo cumplir lo que me ordenan.”

Pero en vez de tomar el ascensor subió por la escalera. De una forma inconsciente, trataba de retardar el momento en que tendría que inyectar la droga al Almirante. ¡Pobre señor Aznar, tan simpático y amable!

En la Sección Tercera el policía de la escalera la saludó con una sonrisa amistosa. Alicia se dirigió al mostrador donde la encargada bostezaba de aburrimiento.

—Anótalo en el registro —le dijo Alicia mostrándole el frasco—. Debo inyectar al Almirante.

La señorita Dunia, cuya obligación consistía en llevar el control del movimiento de la Sección, abrió el libro registro y echó mano del bolígrafo. En este momento sonó el zumbador del interfono.

—Recuperación Sección Tercera, ¿sí? —dijo la enfermera encargada.

—Encargada, soy el doctor Ferrand. Orden del señor Director, no anote en el libro la inyección que le van a administrar al Almirante Aznar. ¿Me ha entendido?

—Sí, doctor —contestó la enfermera cruzando una mirada de sorpresa con Alicia Zorio.

En el mismo instante se escuchó un estruendo de cristales rotos en una de las habitaciones de los números impares. Todas las habitaciones de aquel lado estaban vacías. Del otro lado del corredor sólo la 320 estaba ocupada por el Almirante Aznar.

El estrépito hizo saltar de su silla al policía que guardaba la puerta de la 320. También fue escuchado por el policía del ascensor, quien dio un paso adelante y se quedó mirando hacia las enfermeras sin atinar qué hacer. El policía de la 320 fue el primero en reaccionar. Cruzó el corredor y empujó la puerta de la

habitación 315, que era la que quedaba enfrente de la 320.

Al contrario de los números pares, que eran todas interiores, las habitaciones del lado opuesto tenían ventana al exterior. La habitación 315 estaba a oscuras pero el policía vio una figura gigantesca que parecía ocupar todo el hueco de la ventana y se recortaba en silueta contra el espacio iluminado por las luces eléctricas del exterior del Hospital.

Sin saber todavía de qué se trataba, el policía dio un paso adelante y desabrochó nerviosamente la funda de la pistola. Antes que alcanzara a empuñar el arma, algo le golpeó contundentemente en la cara.

Los que se encontraban en el pasillo vieron reaparecer al policía que salía andando hacia atrás y daba traspiés hasta caer de espaldas al suelo. Inmediatamente detrás del policía salió una figura gigantesca, una especie de monstruo negro vestido de “diamantina” de pies a cabeza.

La “diamantina” era un cristal ligero de extraordinaria dureza, resistente a los golpes, al frío y a altas temperaturas. Con este cristal se construían las armaduras de vacío de los astronautas. La armadura aislaba herméticamente al astronauta del ambiente exterior y tenía entre sus paredes dobles una provisión de oxígeno suficiente para 12 horas. La escafandra que cubría toda la cabeza era de forma esférica y tenía un aparato de radio. Pero además estaba provista de medios auditivos para que el astronauta pudiera escuchar los ruidos que se producían a su alrededor, y de igual modo podía hacerse oír a través de un amplificador y un pequeño altavoz situado en la parte delantera y baja de la escafandra. Este era el “monstruo” que Alicia Zorio, la señorita Dunia y el policía del ascensor vieron salir de la habitación 315.

El hombre de la armadura llevaba adosada a la espalda una caja metálica de perfiles redondeados, una especie de mochila conocida con el nombre de “back”.

El “back”, o aparato volador individual, era una caja de perfiles redondeados, aproximadamente del tamaño de una mochila adosada a una joroba de la armadura de cristal. El metal de esta caja era “dedona”, una materia que se encontraba formando la corteza del planetillo VALERA y tenía un peso específico de 20.000 kilogramos en su estado natural, aunque los valeranos habían

llegado a concentrarla hasta formar con ella una materia 40.000 veces más pesada que el hierro. La “dedona” tenía la rara propiedad de repeler la fuerza gravitatoria al ser inducida por una corriente eléctrica de determinada longitud de onda.

En el interior de la caja funcionaba una pila atómica que generaba la electricidad necesaria para inducir a la “dedona”, así como para activar un motor de propulsión fotónica. Cuando el portador del “back” hacía girar el botón regulador de corriente, la caja de “dedona” tendía a separarse del suelo creando una poderosa fuerza ascensional. Ya en el aire, el portador de la armadura se impulsaba con el motor fotónico, que era capaz de imprimir una velocidad superior a mil kilómetros por hora.

Un hombre vestido con una armadura de “diamantina” ofrecía un aspecto impresionante, sobre todo si era un individuo alto, como era el caso del asaltante que acababa de salir por la puerta de la habitación 315. El frente de cristal azul de la escafandra no permitía distinguir las facciones del hombre. Éste empuñaba en una mano un fusil de “luz sólida”, arma terrible que disparaba intermitentes cintas de luz de dos pulgadas de ancho y un centímetro de grosor, y en la otra mano un cilindro de latón, más o menos de la forma de un extintor de tamaño pequeño.

El policía estaba tratando de incorporarse en el suelo cuando el gigante de la armadura extendió el brazo y lanzó sobre su cara un chorro de algún líquido pulverizado del cilindro de latón.

Casi inmediatamente detrás del primer asaltante, otros dos hombres vestidos de “diamantina” salieron por la puerta de la habitación 315 y apuntaron con sus mortíferos fusiles a las enfermeras y al policía que vigilaba el ascensor al final del corredor.

En otras partes del edificio cercanas al ala donde estaba la Sección de Recuperación se escuchaba el apagado ruido de cristales rotos y de puertas que se abrían y cerraban con violencia.

El asalto, lanzado masivamente sobre el Hospital General de la Armada, procedía de las oscuras aguas del Lago Mayor, junto al cual se alzaba el enorme edificio. Casi un centenar de “comandos” equipados con “backs” y armaduras de “diamantina” acababan de surgir de la oscuridad de la noche. Volando a ras de las aguas, se habían desparramado en abanico sobre el jardín del Hospital, dirigiéndose a cubrir distintos objetivos previamente calculados.

Desde el lugar donde se encontraba, el policía que vigilaba la escalera en la planta tercera de la Sección de Recuperación no podía ver el corredor, pero escuchó el ruido de cristales y vio a su compañero que vigilaba el ascensor levantando las manos. El policía comprendió que algo estaba ocurriendo, y puesto que estaba allí para vigilar al Almirante Aznar e impedir que escapara o alguien le ayudara a escapar, se dijo que debía avisar a su oficial de lo que ocurría.

El oficial que mandaba el destacamento de policía se encontraba en el vestíbulo del edificio junto con dos de sus hombres, pero el asalto se desarrolló de una manera tan fulminante y perfectamente coordinada que no pudo hacer nada. Dos hombres vestidos de “diamantina” se precipitaron en el vestíbulo por la puerta de la calle, volando a ras del piso impulsados por sus respectivos “backs”, y en un abrir y cerrar de ojos estuvieron dentro apuntando al oficial y a los dos agentes con sus mortíferos fusiles de “luz sólida”.

El policía que intentaba escapar por la escalera se vio desagradablemente sorprendido al doblar el rellano y encontrarse de frente con dos hombres vestidos de “diamantina”. Antes que pudiera retroceder, uno de los asaltantes le echó a la cara el chorro frío de un pulverizador que llevaba en la mano. El líquido en polvo, aspirado por el agente, le dejó instantáneamente sin sentido.

Mientras tanto, en su habitación insonorizada y climatizada, el Almirante Aznar permanecía recostado en la cama siguiendo con interés una película de la televisión.

Era una película de las genéricamente llamadas de “aventuras”. La acción se desarrollaba en GANÍMEDES, satélite del planeta SATURNO. Eran los tiempos heroicos en que el autoplaneta VALERA hacía su primer viaje a los planetas terrícolas para liberar a la doliente humanidad del yugo de los Hombres Grises (thorbod). ¡Dios, cuántos milenios habrían transcurrido en GANÍMEDES desde los lejanos tiempos que se rodó aquella película!

En un campo de prisioneros dos Hombres Grises se hallaban sentados ante una emisora de radio. De pronto se abrió la puerta de la choza y apareció un terrícola enfundado en una armadura de cristal azul, empuñando resueltamente una metralleta. Los Thorbod se volvían y miraban aterrados aquella aparición singular... el terrícola apretaba el gatillo de su arma y las balas explosivas

barrían literalmente la cabaña haciendo pedazos a los Thorbod y también a la emisora de radio...

Precisamente en este momento se abría la puerta de la habitación y, como arrancados de la pantalla y trasladados a la realidad, dos hombres enfundados en armaduras de cristal, empuñando fusiles de “luz sólida”, se presentaban a los sorprendidos ojos del Almirante Miguel Ángel Aznar.

El Almirante quedó con la boca abierta mirando la aparición. Los dos increíbles personajes entraron resueltamente en la habitación y se acercaron a la cama.

—¡Vamos, Almirante, levántese! Venimos a liberarle.

En la pantalla de televisión, dos “comandos” casi idénticos se habían encaramado a una pila de troncos y gritaban a los sorprendidos prisioneros:

—¡Terrícolas, animaos! ¡Venimos a liberaros!

Una mano enguantada de vidrio se tendió en dirección al Almirante Aznar.

—Vamos, Almirante, no hay tiempo que perder —dijo una voz brotando de la escafandra del individuo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Miguel Ángel.

—¿Qué importa? Somos amigos. Hemos asaltado el Hospital, pero no disponemos de mucho tiempo. ¿Dónde está su ropa?

—No tengo ropa —contestó Miguel Ángel—. Tampoco deseo ser “liberado”. Estoy perfectamente bien aquí y espero salir de este Hospital por mi propio pie, sin necesidad de su ayuda.

—Mejor que venga con nosotros.

—¡No!

La decidida actitud de Miguel Ángel Aznar debió desconcertar a los asaltantes. Estos permanecieron inmóviles, como sin saber qué hacer.

—¡Vaya, esto no lo esperábamos! —exclamó uno de los asaltantes en voz baja.

—¡Déjese de tonterías, Almirante! —dijo la voz irritada del otro—. Corre peligro aquí, tiene que acompañarnos, ¿no lo comprende?

—No.

Uno de los asaltantes llevaba en la mano algo parecido a un bote alargado de hojalata. El otro se lo arrebató bruscamente diciendo:

—Lo siento, Almirante. Se lo explicaremos más tarde... en otro

lugar.

El fino chorro de un “spray” humedeció el rostro de Miguel Ángel Aznar. Éste, al aspirar involuntariamente el líquido pulverizado, sintió que le abandonaban las fuerzas. Intentó hablar, pero se le trabó la lengua. Y perdió el sentido.

CAPÍTULO IV

LOS CONSPIRADORES

LUCIO, el hijo de Miguel Ángel, Azor durmió en todas formas en un campo de tiempo que llevaba sin sentido cuando despertó a bordo de un aerobús de la Armada Sideral. Se encontraba tendido en una camilla en el pasillo central, de lo que coligió que fue de esta forma cómo le sacaron del Hospital.

A derecha e izquierda había asientos dobles, y todos estaban ocupados. El aerobús iba completamente lleno de hombres enfundados en armaduras de cristal, pero ya todos se habían despojado de sus escafandras, las cuales conservaban sobre las rodillas, al igual que las armas. Los “comandos” guardaban silencio.

Al agitarse Miguel Ángel en la camilla, uno de los hombres que iban junto a él se inclinó para hablarle:

—¿Se siente bien, Almirante?

—¡Al diablo, me siento como si saliera de una borrachera! — exclamó Miguel Ángel malhumorado—. ¿Quiénes son ustedes?

—Oficiales de la Armada, señor.

—¿Qué es esto, una conspiración? —preguntó Miguel Ángel—. ¿Quién es su jefe?

—Prefiero no responder a esa pregunta, usted me disculpará, señor —fue la respetuosa respuesta del hombre.

Miguel Ángel cerró los ojos. Después de todo, ¿qué importaba quién fuera el jefe de aquella conspiración? Sentía un terrible dolor de cabeza y como un comienzo de náuseas. No tenía ganas de hablar y todavía le duraba cierta somnolencia.

Debió quedar medio adormilado hasta que sintió que levantaban

la camilla. Abrió los ojos, en efecto, varios brazos enfundados de cristal levantaban en vilo la camilla por encima de los respaldos de los asientos.

—No se molesten, si me dejan en pie creo que podré sostenerme —dijo Miguel Ángel.

Volvieron a depositar la camilla en el piso. Varias manos solícitas se tendieron hacia él para ayudarle. Miguel Ángel se puso en pie. La cabeza todavía le daba vueltas mientras avanzaba por el pasillo hacia la puerta del aerobús. Le ayudaron a apearse. Una vez en tierra firme Miguel Ángel se desasíó con cierta brusquedad de las manos que le sostenían.

—¡Déjenme, puedo valerme yo solo!

Miró a su alrededor. La “Luna” de VALERA brillaba sobre su cabeza con una luz suave y plateada. El aerobús se había posado en el suelo ante un edificio de planta circular. El piso era de consistencia dura, como lava volcánica, formando a modo de una pista en torno al edificio. Un paisaje de romas colinas cubiertas de verde musgo rodeaba al edificio. El ambiente era húmedo y frío. Esto, y la notable falta de gravedad, dio a entender a Miguel Ángel que se encontraba en algún lugar en las proximidades de los polos del planetillo, seguramente no demasiado lejos de una base de la Armada.

El planetillo VALERA era un pequeño mundo lleno de sorprendentes singularidades. Una de ellas era que, al tratarse de una esfera hueca, colocados sus habitantes en la cara interior, no hubieran pesado absolutamente nada. Ciertamente, bajo sus pies existía una masa de “dedona” de cien kilómetros de espesor, pero la fuerza de gravedad de esta masa quedaba contrarrestada por las masas que a su alrededor y por encima de sus cabezas también tiraban de los objetos. Es decir, bajo sus pies tenían los valeranos una masa pequeña, pero próxima, y sobre sus cabezas, cerrando como una bóveda, una masa considerablemente mayor, aunque ejerciendo su influencia desde lejos. El resultado, estando el planetillo inmóvil, habría sido una falta total de gravedad o “peso”.

Tal inconveniente habría hecho la vida humana imposible en el interior del planetillo, pues la falta de gravedad tenía efectos perniciosos sobre el organismo a largo plazo. Los valeranos habían resuelto el problema de la forma más sencilla, haciendo girar el

planetillo constantemente sobre un eje al modo de la Tierra.

En la Tierra el efecto era contrario, porque los terrícolas vivían sobre la superficie del planeta y la fuerza centrífuga resultante de este giro tendía a separar las cosas del suelo, cosa que no llegaba a ocurrir porque la fuerza de atracción del planeta era muy superior a la fuerza de “expulsión” o fuerza centrífuga.

Sin embargo, en los polos de la Tierra los objetos pesaban MÁS que sobre la línea del Ecuador, porque en los polos el giro de la Tierra era más lento.

En VALERA, donde la vida se desarrollaba la parte interior de la esfera hueca, la fuerza centrífuga empujaba los objetos contra el suelo en valores semejantes al peso de una persona sobre la Tierra. Esta fuerza o “peso” alcanzaba su valor máximo en la línea del Ecuador valerano, donde era también máxima la velocidad lineal de giro del planetillo, y disminuía progresivamente a medida que uno se alejaba del Ecuador en dirección a los polos. Sobre los polos de VALERA la fuerza de gravedad era nula.

Era por esta razón que todas las ciudades de VALERA se levantaban sobre una franja de mil kilómetros a cada lado de la línea imaginaria del Ecuador; una zona de dos mil kilómetros de anchura donde también se encontraban situados los mares interiores del planetillo.

Sin embargo, también los valeranos sacaban su utilidad a este aparente inconveniente. La materia de la que estaba constituido el planetillo, la “dedona”, era costosa de extraer y todavía más difícil de manejar debido a su considerable peso. Pero en las proximidades de los polos de VALERA, incluso la “dedona” se volvía tan ligera como el aserrín.

Las minas de extracción, y la mayoría de las industrias que utilizaban “dedona” en la elaboración de sus productos, estaban ubicadas en los alrededores de los polos. También se encontraban aquí las grandes bases de la Armada Sideral Valerana.

Los cascos de las grandes aeronaves de combate, a las que seguía llamándose “buques” en el argot de la Armada, estaban hechos de “dedona” concentrada. Cualquiera de estos mastodontes podía acercarse a tierra y posarse en el suelo con la ligereza de una pluma, pero siempre a condición de que por sus cascos circulara la corriente eléctrica que daba a la “dedona” la curiosa propiedad de

rechazar las fuerzas gravitatorias. Si estando en tierra cualquiera de estas aeronaves se hubiese interrumpido de repente la corriente eléctrica, intencionada o accidentalmente, el propio peso de la “dedona” habría aplastado el buque convirtiéndolo en una oblea. Es decir, los “buques” de la Armada Sideral podían sostenerse indefinidamente en el aire a condición de estar consumiendo energía eléctrica en cantidades considerables.

Como quiera que en las travesías del espacio el autoplaneta VALERA invertía decenas de años, y durante este tiempo la Armada solía permanecer inactiva, los valeranos habían llevado las bases de su Armada a las proximidades de los polos, donde debido a la ausencia de gravedad los “buques” podían sostenerse en el aire con un considerable ahorro de energía.

—¿Vamos, Almirante? —invitó a Miguel Ángel el hombre que estaba a su lado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Miguel Ángel.

—En un Arsenal cualquiera de la Armada, ¿qué importancia tiene eso?

Miguel Ángel echó a andar. No había tenido en cuenta la diferencia de la fuerza de gravedad, y al calcular mal el esfuerzo necesario para moverse casi se vio levantado del suelo, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse. Los hombres que le escoltaban le sostuvieron por los brazos.

—Gracias —dijo Miguel Ángel secamente.

Le soltaron y de allí en adelante puso más cuidado en sus movimientos. Seis hombres le escoltaron hasta el interior del edificio. En el amplio vestíbulo esperaban tres hombres con uniforme blanco y gorra de plato con visera galoneada. Sobre sus hombros unas simples láminas de acero azul con los distintivos de su mando; eran dos almirantes y un contraalmirante. Le saludaron militarmente llevando los dedos a la visera de sus gorras.

—¿Pereira? —gruñó Miguel Ángel Aznar creyendo reconocer a uno de los almirantes, hombre de unos 80 años, aunque no debía representar más allá de treinta y cinco.

El otro le tendió la mano, que Miguel Ángel estrechó sin entusiasmo.

—En efecto, soy Pereira, aunque no el que usted conoce. El otro Pereira es mi padre.

—Su parecido es extraordinario, aunque bien mirado no podía tratarse de la misma persona. Ambos teníamos parecida edad, pero he estado mucho tiempo hibernado, de lo cual me olvido con frecuencia. ¿Vive todavía el viejo Almirante?

—Sí, aunque bastante acabado. Tiene ahora trescientos cincuenta y dos años y es el más antiguo en el escalafón. Lleva un corazón, un riñón y una próstata artificiales, pero tiene problemas con el sistema circulatorio. Permítame presentarle al Almirante Raymond. El Contraalmirante Corrochano.

Miguel Ángel Aznar hizo como que no veía la mano tendida de los almirantes, limitándose a saludarles con un frío movimiento de cabeza.

—¿Tiene la bondad de seguirme, Almirante? —invitó el Almirante Pereira con un ademán.

Miguel Ángel Aznar siguió a Pereira a través de una puerta de cristales hasta un espacioso despacho en el que imperaba el frío y despersonalizado estilo de todos los despachos militares de los incontables arsenales, depósitos y bases de la Armada en el autoplaneta. Un globo de cristal que pendía del techo, ampliaciones fotográficas de distintos modelos de aeronaves de combate, una mesa de fibra de cristal, un sillón giratorio, dos butacas y un diván en un rincón junto a una lámpara de lectura.

El Almirante Pereira señaló uno de los sillones, pero Miguel Ángel permaneció de pie preguntando:

—¿Qué sentido tiene todo esto? Me han sacado a la fuerza del Hospital y me traen a la fuerza a un lugar desconocido para entrevistarme con personas también desconocidas. Creo tener derecho a saber el porqué de todo lo que me está ocurriendo.

—Por supuesto —respondió Pereira—. ¿Quiere tomar asiento, por favor?

Miguel Ángel Aznar se dejó caer en el sillón. Pereira se sentó en el otro sillón y Raymond y Corrochano lo hicieron en el diván.

—Somos un grupo de amigos que queremos ayudarle a usted —empezó diciendo Pereira—. Teníamos informes confidenciales que aseguraban que la Policía iba a someterle a usted a un lavado de cerebro. ¿Sabe lo que es eso?

—Más o menos —repuso Miguel Ángel incrédulo.

Pero el Almirante Pereira continuó como si no le hubiera

escuchado:

—Le clavan unos alfileres de platino a través de la corteza craneal hasta unas determinadas zonas del cerebro. A través de esos alfileres una máquina sondea su más recóndito pensamiento. Todo lo que sabe, lo que piensa, sus anhelos más íntimos, lo que ama y lo que aborrece, es extraído de su cerebro como sorbido por un aspirador. Sueños eróticos, recuerdos de su niñez, cosas que nos avergüenzan o nos inculpan, pensamientos jamás confesados, fluyen como un torrente de impulsos eléctricos que graban una cinta magnética y son introducidos más tarde en otra máquina que los traduce a imágenes de televisión a los ojos de los inquisidores. Ellos analizan implacables ese “yo” oculto que todos llevamos dentro. Su juicio será determinante, y tal vez decidan que debemos ser corregidos. En tal supuesto extraerán todo el contenido de nuestro cerebro hasta dejarlo en blanco, tan vacío como el cerebro de un recién nacido. Los electrodos son conectados a una computadora que contiene, grabada en impulsos magnéticos codificados, la nueva educación que vamos a recibir. Después de una sesión de una hora, el hombre sometido a esta experiencia habrá olvidado toda su vida anterior y sólo tendrá memoria de aquellos hechos y aquellos conocimientos que la máquina haya transferido a su cerebro. No se trata de una simple amnesia u olvido de nuestra existencia anterior, nada de eso. Todo aquello que le relacionaba con su pasado ha sido extraído de su memoria, no existe y por lo tanto no forma parte de usted. Con unas cuantas sesiones más usted será un hombre nuevo, distinto, con otra personalidad y otras ideas.

Miguel Ángel Aznar escuchaba al Almirante Pereira con asombro e incredulidad.

—¿Quiere decir que algo parecido a eso iban a hacer conmigo? —preguntó.

—Usted se negó a secundar los deseos del Secretario del Interior, en cuanto a repudiar públicamente la ideología del movimiento llamado “aznarista”. Políticamente es usted un enemigo potencial del Estado.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Se le considera a usted heredero y depositario del prestigio de los grandes almirantes de VALERA. Al retirarse del mundo hace doscientos setenta y seis años puede decirse que es un hombre que

regresa del pasado al mundo de hoy. No fue educado por inducción, ni está tarado por las ideas que a nosotros nos inculcaron desde niños, conserva intacta su personalidad. Algunos políticos poderosos consideran aconsejable acallarle antes que usted se ponga a pensar por sí mismo y a hablar por su propia voz.

—No les creo una palabra —dijo Miguel Ángel—. Si lo que buscan es un pretexto para justificarse, ¿por qué no me cuentan algo más verosímil?

—¿Por qué se niega a creernos? —replicó el Contraalmirante Corrochano—. De seguro iban a hacer con usted una monstruosidad.

—Me trataron bien en el Hospital. Al sacarme de allí por la fuerza me involucran en una facción política a la que realmente no pertenezco.

—Merece que le devolviéramos allá —dijo Corrochano malhumorado.

—Sí, háganlo —contestó Miguel Ángel—. Al fin y al cabo yo no les pedí que me “liberaran”.

Los conspiradores cambiaron entre sí una mirada de perplejidad.

—Le dejaremos en libertad de regresar —dijo el Almirante Pereira—. Pero antes quisiera que nos escuchara y se esforzara por comprender nuestra posición.

—Les escucharé —aseguró Miguel Ángel—. Si me dan su palabra de dejarme en libertad de decidir después.

—Bien, no es fácil de explicar —dijo el Almirante Pereira—. Nos acusan de reaccionarios, de querer implantar un estado oligárquico en el que el poder estaría detentado por las Fuerzas Armadas en alianza con la élite intelectual de la República...

—¿Y no es así? —preguntó Miguel Ángel indiferente.

—No, en modo alguno. A las Fuerzas Armadas ni a los intelectuales nos importa que el gobierno siga siendo representativo, a condición que los políticos basen sus programas en realidades. Desgraciadamente, no parece que esto sea posible. El camino que conduce al poder es muy duro para los políticos en un mundo donde, socialmente hablando, pocas metas quedan por alcanzar. Tenemos un gobierno paternalista. El Estado asume el papel de padre condescendiente, y el pueblo son los hijos que trabajan por la prosperidad y el bienestar de la familia. Pero los

padres de la nación no son padres naturales, sino que deben elegirse por votación popular. Y aquí es donde comienzan los problemas, porque los gobernados pueden escoger entre muchos candidatos a gobernante. Ahora bien, para recibir algo hay que dar algo a cambio.

—Sé lo que va a decirme —dijo Miguel Ángel interrumpiendo al Almirante Pereira—. Los políticos se han visto obligados a hacer promesas, y algo fácil de hacer y que pueden contentar a todo el mundo es reducir el período de servicio en el Trabajo Obligatorio. Como consecuencia de ello, los valeranos tienen ahora peores casas, bastantes deficiencias en los servicios y algunas comodidades menos. A mí todas estas cosas me parecen pequeñeces. No justifican en modo alguno un alzamiento militar. Si somos un millón de valeranos que opinamos que las cosas pueden mejorar, no esperemos a convencer a ciento noventa y nueve millones para que nos ayuden a emprender esas mejoras. Pongámonos a trabajar mañana mismo, hoy mismo.

—¡Dios mío! ¿Pero no es eso mismo lo que estamos haciendo? En nuestra sociedad no existen cargos retribuidos. La seguridad del autoplaneta, la salud pública, el desarrollo de nuevas técnicas están en manos de un reducido número de profesionales, controladores, médicos, ingenieros, físicos nucleares y otros muchos que vienen trabajando durante años, desempeñando abnegadamente sus funciones en beneficio de la comunidad.

—Bueno, siempre fue así —dijo Miguel Ángel—. ¿De qué se quejan ahora nuestros profesionales?

—Se quejan del vacío que les rodea, de la falta de interés público por su trabajo, de la crisis de vocaciones que amenaza con dejar desiertos todos estos cargos de responsabilidad. Lo menos a que puede aspirar un profesional es que se reconozca el mérito de su entrega. Los políticos se sorprenden de que nos mostremos disgustados y dicen: “¡toma, si no les gusta su trabajo déjenlo, nadie les obliga a hacerlo!”. Esa es una respuesta estúpida. Si todos los profesionales abandonáramos mañana mismo nuestros puestos de trabajo, la nación quedaría paralizada. El autoplaneta marcharía a la deriva por el espacio, reinaría el caos en la industria, los hospitales no atenderían a los enfermos y el Ejército y la Armada quedarían paralizados por falta de mandos.

—Bien. Si es así, ¿por qué no organizan un plante a escala nacional que demuestre al gobierno el auténtico poder de decisión de nuestras minorías?

—Es mucho más fácil poner de acuerdo a las Fuerzas Armadas que a medio millón de intelectuales —contestó el Almirante Raymond—. Los intelectuales suelen ser una gente bastante rara; vanidosos, celosos unos de otros y poco realistas en general.

—Estamos preparados para llevar a cabo un alzamiento militar en veinticuatro horas —dijo el Almirante Pereira—. Los mandos del Ejército y la Armada nos son afectos en su mayoría. Sólo nos falta la figura de un líder que asuma la jefatura y sea capaz de aglutinar a todas las fuerzas de la oposición, incluidos los intelectuales. Usted es el hombre idóneo. Tiene entidad y prestigio para dar a la revolución un carácter nacional y multitudinario.

—No cuenten conmigo si se trata de un alzamiento militar —respondió Miguel Ángel—. ¿Quieren saber por qué? Pues porque yo mismo soy un demócrata convencido. Ningún sistema de gobierno es lo suficiente perfecto para dar satisfacción a todos, pero incluso admitiendo sus defectos, la democracia es el único sistema capaz de contentar a la mayoría.

—¿Qué papel jugamos entonces las minorías? —preguntó el Contraalmirante Corrochano—. ¿Tendremos que resignarnos a ser siempre los perdedores?

—Luchen.

—¿Cómo?

—Con las armas de la legalidad. Si creen estar en posesión de la verdad, hagan oír su voz para que la nación conozca sus ideales. Tal vez encuentren más comprensión de la que esperan.

—Es inútil, Almirante —dijo Pereira meneando la cabeza con aire pesimista—. Las verdades que nosotros gritamos son incómodas, impopulares. Todo el mundo nos da la razón cuando decimos que hay que trabajar más y poner mayor interés en nuestras tareas para que esta sociedad funcione mejor. Todos estamos de acuerdo en que nuestras ciudades necesitan renovarse, que hay que reponer el desgastado material de nuestros ferrocarriles y modernizar la Armada. Pero póngale una herramienta en la mano al ciudadano y dígame “vamos a hacerlo”, y el hombre le contestará, “esperemos a que vengan los demás”. La ley del mínimo es una ley

natural, y en nuestra sociedad está fomentada por los políticos ambiciosos y parlanchines. Esta situación no puede prolongarse por más tiempo.

—Bueno, si hace años que dura, no importa que se prolongue unos meses más, ¿verdad? Al fin y al cabo no es tan urgente romper el orden de las cosas instituidas.

—Yo no diría que no es urgente —argumentó el Contraalmirante Corrochano—. Durante casi tres siglos hemos viajado ininterrumpidamente esperando alcanzar la fuente de aquellas señales misteriosas que habrían de conducirnos a un nuevo mundo. Aquí, a nuestra vista, tenemos ese circumplaneta gigantesco, pero nada sabemos de él. Si hubiera allí un enemigo y ese enemigo nos atacara mañana, nuestro autoplaneta podría verse en una situación comprometida, cuyos alcances y consecuencias ni siquiera somos capaces de imaginar. Frente al peligro que pueda llegarnos de allá, sólo disponemos de una Armada Sideral anticuada y un Ejército Autómata oxidado por la falta de uso. Peor que eso, no tenemos una industria preparada para la guerra, ni oficiales experimentados, ni astronautas de profesión. El personal de la Armada, reclutado por el sistema de obligatoriedad, lo constituyen un puñado de jóvenes sin vocación militar. Toda la instrucción que han recibido es la inducción directa, y es buena. Pero a fin de cuentas lo que hace al astronauta no es lo que aprende, sino la voluntad de desempeñar una misión más allá del tiempo estrictamente estipulado por la ley de Servicio Obligatorio.

—¿Pero de verdad es tan grave nuestra situación?

—Más que grave, es desastrosa. Los efectivos actuales de nuestra Armada suman cien mil hombres, que no llegan ni para quitar el polvo periódicamente a trescientos mil cruceros siderales. Pero hay más. Si se ordenara una movilización general en las próximas veinticuatro horas, nuestra Armada no podría salir al espacio antes de dos meses. ¿Por qué? Pues porque después de casi tres siglos de inactividad nuestros buques necesitan recargar sus pilas nucleares. Esta es la consecuencia de doscientos setenta y cinco años de política antimilitarista.

Miguel Ángel Aznar guardó silencio. Bien que conocía el término “antimilitarista”. Después que el autoplaneta se alejó de los planetas de Redención, antes incluso que se llevara a cabo el referéndum que

decidiría la forma de gobierno en el futuro, se había desatado a nivel popular una fobia contra todo lo militar.

Las razones de este antimilitarismo había que buscarlas en el pasado, y en cierta forma estaban justificadas. En efecto, desde que VALERA se creó como autoplaneta (planeta dotado de medios de traslación propios), en toda su dilatada historia, las generaciones que lo tripularon habían tenido que sostener interminables guerras en uno y otro lado del Universo. Aquellas campañas habían exigido de los valeranos tremendos esfuerzos, y en ocasiones dramáticos sacrificios en millones de vidas humanas. Durante siglos, VALERA había sido un transporte militar que, aunque gigantesco, regía bajo las severas leyes y ordenanzas militares. La suprema autoridad “a bordo” del autoplaneta era su Almirante Mayor o “superalmirante”, que fue casi siempre un Aznar. Fue la época que se recordaba como “la de los grandes almirantes”.

Al declararse VALERA independiente, los valeranos estaban hartos de los Aznar y de todo cuanto ellos representaban. Miguel Ángel, el último de la dinastía de los Aznar, no contaba con ninguna probabilidad de ver triunfante su candidatura a la presidencia de la nueva República. Pero aunque por sí mismo no era ambicioso, se dejó convencer por sus amigos quienes, lógicamente, se resistían a dejar la posición de privilegio que durante tanto tiempo habían detentado.

Fue una debilidad de la que Miguel Ángel tuvo que arrepentirse, hasta impulsarle a sumergirse en el largo sueño de la hibernación, esperando tal vez incorporarse a la vida en un mundo menos politizado. Pero he aquí que al regreso se encontraba en un mundo que poco había cambiado, excepto para empeorar. De nuevo los intereses de un grupo minoritario le buscaban para proclamarle líder de su facción. ¿Le habrían buscado también si su apellido fuera Pérez, o García, o cualquier otro que no fuera Aznar? Seguramente no.

Después de pintar la situación con tan sombríos colores, probablemente los conspiradores interpretaron equivocadamente el silencio de Miguel Ángel.

—¿Y bien, Almirante? —preguntó Pereira—. ¿Podemos contar con usted?

—Me reitero en lo que dije antes, Almirante —contestó Miguel

Ángel—. Decididamente, no.

Los almirantes se miraron unos a otros sin ocultar su decepción.

—Creo que nos equivocamos de hombre —dijo el Contraalmirante Corrochano con reticencia.

—Téngalo por seguro —fue la respuesta de Miguel Ángel Aznar.

—¿Por qué no se toma un tiempo para pensarlo? —propuso el Almirante Pereira.

—Es inútil, Almirante. Nunca participaré en un alzamiento. La misión de las Fuerzas Armadas es servir a la nación, no crearle problemas.

—¡Bah! —gruñó Corrochano despectivamente. Y salió del despacho pegando un portazo.

—Discúlpele —dijo Raymond—. Ha sufrido una gran decepción. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Devuélvanme al Hospital, eso es todo lo que tienen que hacer —repuso Miguel Ángel.

Pereira meneó la cabeza con tristeza.

—Usted no me ha creído cuando le dije que iban a someterlo a un lavado de cerebro. Naturalmente, puede regresar al Hospital si lo desea, pero yo en su lugar no lo haría. Le teníamos preparada ropa adecuada y una documentación falsa presentándole como un oficial de la Armada en disfrute de licencia temporal. Siga mi consejo y acepte el disfraz.

—Bien, lo aceptaré —contestó Miguel Ángel.

El Almirante Pereira hizo un gesto afirmativo a su colega el Almirante Raymond. Éste se dirigió a un armario metálico que formaba parte del mobiliario de la oficina, en tanto que Pereira sacaba una llave del bolsillo y abría un cajón de la mesa. Del cajón sacó una gastada billetera de símil-cuero que entregó a Miguel Ángel.

La billetera contenía una tarjeta de identidad expedida por la Armada a favor de Daniel Balmer Garía, teniente de navío adscrito a la Segunda Flota de transportes siderales. La fotografía de la tarjeta mostraba a un hombre de rostro risueño, ojos azules y cabellos rubios, el cual vestía el uniforme blanco que parecía estar de moda actualmente en la Armada Sideral de Valera. Se parecía a Miguel Ángel, pero no era el mismo.

—¿Soy yo? —preguntó por pura curiosidad.

—No, desde luego. Daniel Balmer Garía existe realmente con la graduación y destino que figura en la tarjeta. Le escogimos por su parecido con usted.

Otros papeles de la billetera eran un permiso de fecha actual, otro de una licencia anterior, una cartilla de cupones de racionamiento y varias tarjetas de visita ya viejas y manoseadas.

—¿Qué es esto? —preguntó Miguel Ángel mostrando la tira de pequeños cupones.

—Su cartilla de racionamiento. La necesitará para comer durante sus quince días de permiso.

—No sabía que los alimentos se racionaran ahora en VALERA.

—Hay muchas cosas del VALERA actual que usted ignora —dijo Pereira con una sonrisa triste—. Su pasaporte le da derecho a solicitar hospedaje en cualquiera de las residencias para transeúntes de cualquier ciudad. Pero le pedirán los cupones de racionamiento por los días que permanezca en la residencia.

—Aquí está su ropa —dijo el Almirante Raymond depositando sobre la mesa una bolsa de viaje de cuero negro.

Miguel Ángel abrió la cremallera de la bolsa y sacó entre el índice y el pulgar una prenda. Era una guerrera blanca de marcada austeridad, sin bolsillos ni adornos, excepto una fila de botones dorados y unas placas de acero azul sobre los hombros con los galones de teniente de navío de la Armada.

—¿Es el uniforme de faena que se lleva ahora?

—Es su uniforme de diario y de gala —contestó el Almirante Raymond—. El programa de austeridad nos alcanzó a todos. Aquellos viejos uniformes de brillantes colores, los cascos dorados con cimera de plumas y las dagas con empuñadura de piedras preciosas pertenecen al pasado, como tantas cosas en este autoplaneta.

—No me gusta.

—Póngaselo. Le esperamos afuera —dijo Pereira.

Los dos hombres abandonaron la habitación. Miguel Ángel sacó de la bolsa una muda doble de ropa interior, calcetines, zapatos, unos pantalones blancos y una gorra de plato.

La puerta del armario tenía un espejo por su parte interior y Miguel Ángel se contempló en él con su nuevo atuendo. El uniforme le caía bien, aunque no podía compararse ni mucho menos con

aquellos vistosos uniformes del pasado.

Guardó el pijama y la ropa sobrante en el bolso y salió al vestíbulo, donde le esperaban Pereira y Raymond.

—¿Lleva consigo la documentación? —preguntó Pereira.

—Sí.

—¿Dónde quiere ir?

—Regresaré a Nuevo Madrid.

—Mi padre vive allí. Acuda a él para cualquier problema que se le presente. Avenida de la Reina Amatifu, número doscientos doce, piso catorce, puerta nueve. El viejo se alegrará de verle. Voy a darle una tarjeta.

Miguel Ángel Aznar tomó el pedazo de cartulina y lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Los dos hombres le acompañaron hasta el exterior del edificio. Un aerobote de la Armada estaba posado en el suelo, la portezuela abierta y el piloto esperando ante los mandos. Miguel Ángel estrechó la mano del Almirante Pereira y el Almirante Raymond. Visiblemente emocionados los dos hombres le saludaron militarmente.

Después de breve vacilación, Miguel Ángel Aznar correspondió a su saludo llevándose los dedos a la visera de la gorra. A continuación giró sobre los tacones y se dirigió al aerobote.

Al amanecer saltaba del aerobote al suelo en los arrabales de Nuevo Madrid, entre la arboleda de un parque.

—Siguiendo derecho por la avenida llegará a la estación del metropolitano —le indicó el piloto.

—Gracias, adiós —contestó Miguel Ángel.

El aparato se elevó verticalmente dejando oír un suave zumbido y luego desapareció.

CAPÍTULO V

VALERA, HOY

T Miguel Ángel Azor de apaga en la estación, sube vagón de la Plaza de España. En otro tiempo funcionaban en este lugar unas escaleras mecánicas, pero en la actualidad había que subir peldaño tras peldaño hasta el nivel de la plaza.

La Plaza de España no había cambiado en absoluto. Los mismos rascacielos de mármol y cristal elevaban al cielo sus airosas cúpulas. Entre ellos, el Palacio Residencial, guardador de emotivos recuerdos para Miguel Ángel por haber vivido en él durante ochenta y cinco años.

Sólo por curiosidad, Miguel Ángel se acercó a la alta verja de barrotes de “dedona” que protegía la entrada al palacio y también a la Cámara de Control del autoplaneta. Los soldados que montaban la guardia vestían uniformes verdes, mal cortados y de una vulgaridad lamentable...

Posiblemente el uniforme no hiciera mejores ni peores soldados, pero remontándose al pasado y recordando el siempre vistoso espectáculo del relevo de la Guardia en aquel mismo patio, Miguel Ángel no podía evitar cierto sentimiento de nostalgia.

Más decepcionante resultó a Miguel Ángel advertir el escaso número de automóviles que circulaban por la plaza. Era todavía muy temprano y los ciudadanos pasaban montados en bicicleta llevando consigo sus raquetas de tenis, sus bastones de jockey, sus palos de golf y sus zapatillas especiales para correr o para saltar.

En el parterre central de la Plaza de España, donde confluían las grandes avenidas, la monumental fuente de mármol lanzaba al aire

sus potentes surtidores. El aire estaba limpio y flotaba el perfume de los magnolios en flor.

Miguel Ángel tomó por la Avenida del Capitán Fidel adelante mientras la vida ciudadana iba cobrando ritmo.

La Avenida del Capitán Fidel tenía veinte kilómetros de longitud desde la Plaza de España a los arrabales de la ciudad. Su anchura era de un kilómetro, dividida en un paseo central de 500 metros, y dos calzadas laterales de 250 metros cada una. Todos los cruces con las demás calles se practicaban a distintos niveles, habiendo sido en otro tiempo una de las arterias de más congestionado tráfico. Sin embargo, ahora no ocurría esto. Los automóviles eléctricos habían desaparecido prácticamente de las calles de la ciudad, y en su lugar sólo se veían bicicletas.

El paseo central de la avenida había sido un cuidado parque con arbolado, setos, jardines, fuentes y estanques, con numerosos bancos por todas partes que invitaban al descanso y se convertían, al llegar la noche, en lugar de reunión para las parejas de enamorados.

Al volver a pasar ahora por este lugar, Miguel Ángel vio con tristeza que habían desaparecido los bancos y los que quedaban aparecían rotos e inservibles. Apenas si quedaba un leve rastro de los lugares donde se alzaron los setos, y todavía peor suerte habían corrido los arriates de flores, totalmente borrados de la faz de la tierra pateada y endurecida, donde ahora los chavales jugaban tranquilamente al fútbol. Las fuentes no manaban agua y los estanques estaban llenos de agua y hojas putrefactas.

Empezando por los desvencijados vagones del “metro” y siguiendo por la falta de escaleras mecánicas, el desaliño de los soldados de la Guardia y el descuidado aspecto del parque urbano, Miguel Ángel se daba cuenta de que algo realmente había cambiado.

Mientras Miguel Ángel andaba por la Avenida, iban llegando nuevos contingentes de hombres y mujeres de toda edad. Indiferentes a la gente que les rodeaba se quitaban la ropa y quedaban en pantalón corto y camiseta de deportes. Unos se dedicaban a desarrollar tablas de gimnasia, otros daban largas carreras o saltaban a la comba, y algunos organizaban partidos informales de fútbol o voleibol, tendiendo las redes de árbol a

árbol.

Como que era casi imposible andar por allí sin recibir un balonazo o chocar con alguna señora entrada en años que hacía sus ejercicios matutinos, Miguel Ángel cruzó la calle por un paso subterráneo de peatones y salió a la superficie en una de las amplias aceras laterales.

Los rascacielos de Nuevo Madrid eran de construcción abierta. Cada edificio se levantaba algo apartado de sus contiguos, quedando entre ellos amplias zonas verdes con árboles y jardines, piscinas y pistas de tenis o baloncesto. Aunque también llenos de gente que hacía deporte, estos jardines en general estaban mejor cuidados que el parque público. La razón debía ser que estos jardines, considerados de propiedad privada, eran cuidados y atendidos por los vecinos.

Poco después Miguel Ángel pasaba ante uno de los grandes almacenes de la Intendencia del Estado. Aunque era pronto todavía y el almacén no había abierto, la cola formada a partir de él daba la vuelta a todo el edificio, integrándose en ella hombres y mujeres que esperaban pacientemente con los cestos de compra al brazo o el carrito a sus pies. Eso sí, la gente guardaba ejemplar compostura.

Eran casi las nueve de la mañana y Miguel Ángel empezaba a sentirse cansado y hambriento. ¿Dónde encontrar una de aquellas residencias para transeúntes?

Sacó del bolsillo su hoja de permiso y miró al dorso. Allí figuraban relacionados con sus direcciones cuarenta residencias en las veinte ciudades principales de VALERA.

La residencia más cercana estaba a sólo un kilómetro de Miguel Ángel. Éste llegó a tiempo de desayunar. Se registró con su nombre falso, entregó los cupones de racionamiento y recibió una habitación de dos camas bastante confortable. No había dormido en toda la noche y se sentía cansado, de modo que se echó en una de las camas y quedó dormido.

Despertó sobresaltado al mediodía, se espabiló en el cuarto de baño y reconsideró su situación asomado a la ventana que daba a la calle. Estaba solo, sin familiares ni amigos a quienes acudir. ¿Debería regresar al Hospital? ¿Qué podía ocurrirle si regresaba? ¿Le someterían a un cambio de personalidad, tal como habían estado a punto de hacerle, según la versión de los hombres que le

secuestraron?

Necesitaba saberlo. ¿Quién podría sacarle de dudas?

—La enfermera —se dijo—. La señorita Zorio tal vez sepa algo.

Decidió que si la señorita Zorio tenía una posible respuesta a la pregunta que tanto le inquietaba, lo inmediato era ir a buscarla donde estuviera. El turno de la señorita Zorio terminaría a la una y media, después de servir la comida a los internados del Hospital.

Se abrochó la guerrera, se caló la gorra y salió del Hotel marchando en dirección a la más próxima estación del “metro”.

Al venir en el “metro” aquella mañana el tren iba casi vacío. Pero tomar el “metro” a mediodía en el centro de la ciudad era otra cosa.

El público, correcto en cualquier otra parte, adoptaba una actitud típica cuando se trataba de tomar el “metro”. Se trataba simplemente de librar una feroz batalla de empujones, codazos y pisotones. Como energúmenos, los más fuertes se lanzaban al asalto del tren sin respetar mujeres, niños ni ancianos.

Después de un viaje de pesadilla, sufriendo apretones y pisotones, el vagón donde viajaba Miguel Ángel empezó a vaciarse. Más allá de los arrabales los únicos viajeros eran prácticamente los empleados del hospital situado al final del trayecto.

Miguel Ángel se apeó en la estación del Hospital y se metió en los lavabos. Al salir de los lavabos el andén estaba vacío. Poco después empezó a llegar gente: médicos, enfermeras, celadores, cocineros y personal de la limpieza del Hospital que acababan de terminar su turno.

La enfermera Zorio llegó con otras dos compañeras y subió al tren. Miguel Ángel subió al mismo vagón, pero manteniéndose a distancia.

Al llegar a la altura de la Calle de Umbita la enfermera se apeó. Miguel Ángel lo hizo detrás, pero no la abordó hasta que salieron a la superficie.

—¡Hola! ¿Cómo está usted?

Alicia Zorio le miró como quien ve un fantasma.

—No se detenga, sigamos —dijo él cogiéndola de un codo y obligándola a andar—. ¿Vive cerca?

—Sí. Pero...

—Es preciso que hablemos. ¿Vive sola?

—Estoy sola. Mis padres se marcharon esta mañana a visitar a una hermana que vive en Veracruz. Pero no puedo llevarle allí. Si nos hubiera seguido la Policía...

—Vengo siguiéndola a usted desde que tomó el Metro en el Hospital y no he visto que nadie la siguiera.

—La Policía nos interrogó después de lo de anoche. Creían que había cómplices entre el personal de la Sección.

—¿Fue duro el interrogatorio?

—Nos hicieron un sondeo mental. De este modo supieron que me había retrasado deliberadamente cuando tenía que inyectarle la droga... Se lo contaré después.

Cruzaron un jardín y entraron en el vestíbulo de un edificio. Un ascensor les dejó en la planta novena, Alicia Zorio sacó un llavín de su bolsa y entraron en el apartamento.

El apartamento de los Zorio no tenía nada de particular, era uno igual a otros en el mismo edificio, parecido a tres millones de hogares en la misma ciudad, sin otras diferencias que aquellos detalles personales que los inquilinos fueron capaces de aportar por sí mismos.

—¿Se da cuenta que me pone en un grave compromiso, Almirante? —dijo Alicia con voz temblorosa—. Si la Policía volviera a interrogarme yo no podría negar que le llevé a mi casa.

—¿Es eso un delito realmente? ¿Soy acaso un criminal? —respondió Miguel Ángel.

—Quítese la gorra y póngase cómodo —respondió la chica tras breve vacilación—. Voy a ducharme.

—¿Seguro que no va a telefonear a la Policía?

—El único teléfono de la casa es el que usted ve ahí encima —señaló la muchacha—. Si no confía en mí...

—Sólo he venido para que me responda a una pregunta. ¿Es cierto que iban a practicarle un lavado de cerebro?

—Sí. Me llamaron a las nueve y media para que me presentara en el despacho del doctor Ferrand. Me dieron una droga para que le inyectara a usted. Era aquiletomina, le privaría a usted de todo movimiento conservando intactas sus facultades de ver, oír y pensar. Conozco la droga y saqué mis propias deducciones del hecho que quisieran administrársela, iban a llevarle a la "máquina" para modificar su personalidad. Debo confesar que sentí lástima de

usted. Subí por la escalera en vez de hacerlo con el ascensor, sólo con el propósito de retardar el inevitable momento en que tendría que aplicarle la droga.

—Gracias, era todo cuanto necesitaba saber.

Miguel Ángel Aznar se dirigía a la puerta cuando Alicia Zorio le retuvo tocándole en el brazo.

—Espere, ¿a dónde va?

—No quiero comprometerla más con mi presencia en este apartamento.

—¿Pero no comprende que ya estoy comprometida? Salvo que me ordenaron que le inyectara la droga, yo ignoraba realmente lo que se proponían hacer con usted. Mi deber se limitaba a cumplir órdenes, no a deducir consecuencias por cuenta propia.

—Siento haberla involucrado en este asunto. Era muy importante para mí conocer la verdad. Los hombres que me sacaron del Hospital me dijeron...

—¿Por qué no me lo cuenta después? Tome asiento, no voy a tardar.

La muchacha desapareció camino del cuarto de baño. En el fondo Miguel Ángel no sentía deseos de marcharse. ¿Dónde ir? Era un solitario en una ciudad de doce millones de habitantes, sin parientes, ni familiares ni amigos a quienes acudir. Colgó la gorra de la percha y se dejó caer en el diván, frente al apagado televisor. Del baño llegaba el rumor del agua saliendo a presión de la ducha.

Pasado un rato reapareció Alicia Zorio envuelta en una bata, con una toalla enrollada a la cabeza a modo de turbante. Calzaba unas chinelas y parecía más pequeña. Sus mejillas tenían el sonrosado frescor de la auténtica juventud.

—¿Quiere tomar algo, una copita de sake?

—¿Sake? ¿Qué es eso? —preguntó Miguel Ángel.

—Una antigua bebida japonesa. Se obtiene por fermentación del arroz.

—¿Contiene alcohol?

—Sí, por supuesto.

—¿No está prohibido el alcohol?

—Sí. Es sake de fabricación casera. No fabricado por nosotros, a mi padre no le gusta. Unos amigos me regalaron una botella. Lo tenemos para obsequiar a las visitas.

—Nunca probé el alcohol.

—¿Quiere una limonada?

—Una limonada, sí.

Alicia Zorio entró en la cocina. Regresó con una bandeja llevando un jarro empañado por el frío y un par de vasos largos y estrechos. Se sentó en el diván, depositando la bandeja sobre una mesita baja de cristal. La bata se entreabrió dejando ver las piernas desnudas, pero hasta que llenó ambos vasos la chica no pareció darse cuenta y no se cubrió.

Miguel Ángel bebió con avidez el refrescante líquido. La muchacha le observaba, hasta que dijo:

—¿Sabe? Le encuentro mucho más joven con ese uniforme.

—Debe ser un fenómeno psicológico asociado con el grado militar. A menor graduación, mayor juventud. No le parecería igual con galones de almirante.

Alicia se echó a reír.

—No, no es eso.

—Sí lo es.

—De veras no representa los años que tiene. Está en su talante. En geriatría suele decirse que un hombre no es realmente viejo hasta que su espíritu no envejece.

—Eso mismo se decía ya en mis tiempos. ¿Cuántos años tiene?

—Veinte.

—Es una niña.

—Tengo la experiencia de una mujer madura.

—¡Vamos, no me diga!

—Usted olvida que en la moderna enseñanza por inducción directa al cerebro se incluyen experiencias de todo tipo, tanto profesionales como de tipo físico y moral.

—¿Es cierto eso? ¿Se pueden introducir experiencias por inducción al cerebro, instruyendo a un astronauta como si hubiese realizado de verdad varios vuelos espaciales?

—Sí. La experiencia de un astronauta experimentado se transfiere por medio de impulsos eléctricos a la máquina, y luego la máquina lo graba en el cerebro del alumno formando parte del cursillo de instrucción. No uno, sino millones de astronautas podrían formarse con los conocimientos de un profesional.

—Y esa experiencia suya como mujer, ¿de qué tipo es?

¿Sentimental? ¿También sexual?

—Sí, también sexual.

—¿Ha estado casada?

—No.

—Pero habrá tenido relaciones íntimas con algún muchacho en alguna ocasión.

—No. Las experiencias sexuales que se nos transmiten con el resto de nuestra educación son muy útiles para nosotras. Por supuesto, pertenecen a otras mujeres que las vivieron en la realidad, pero están en nosotras y podemos recordarlas como si fueran propias; son perfectamente reales a todos los efectos. En base a esta experiencia, una chica no tiene que salir en busca de sensaciones desconocidas.

—¡Fantástico! —Miguel Ángel la miraba sonriendo.

—La educación por inducción directa también tiene aspectos positivos —dijo Alicia.

—De hecho debería producir hombres y mujeres más perfectos. ¿Dónde está el fallo?

—En que no se usa como es debido. La máquina es manejada por los hombres, por lo tanto sólo será perfecta en el grado que lo sean quienes introducen en ella la información que deberán recibir los alumnos.

Alicia se puso en pie.

—¿Vamos a comer algo? Estoy hambrienta, voy a ver qué hay en la nevera.

—¿Puedo ayudar?

—No es necesario, descanse. Le pondré el televisor.

Alicia se metió en la cocina mientras aparecían las primeras imágenes en el televisor. Una escena de extraordinaria violencia tenía lugar en la pantalla. Los acontecimientos se desarrollaban en el marco de la Plaza de España, frente a las sólidas verjas de barrotes de “dedona” ante el Palacio Residencial.

Allí una apretada multitud, esgrimiendo pancartas sobre sus cabezas, se movía como el flujo y reflujo de una marea humana, ora avanzando, ora retrocediendo. Una férrea línea de “tarántulas” mecánicas mantenía a raya a la multitud, impidiendo a ésta llegar hasta la verja.

Desde el bando de los manifestantes, una lluvia de piedras, de

ladrillos y palos volaban por encima de los blindados robot cayendo sobre los soldados de la Guardia enfundados en armaduras de “diamantina”. Los soldados contestaban arrojando bombas de humo. De vez en cuando, un asaltante se deslizaba por entre las férreas patas de las “tarántulas” robot o saltaba sobre el lomo de éstas enarbolando un garrote. Los soldados disparan contra ellos con gruesas balas de goma.

También disparaban de vez en cuando las “tarántulas” con sus dobles cañones. Los proyectiles de goma quebraban brazos, costillas y piernas entre los manifestantes. El asfalto estaba lleno de hombres y mujeres tendidos o que se arrastraban sobre sus piernas y sus caderas rotas.

La confusión era caótica y toda la escena estaba llena de crueldad y salvajismo.

—Alicia, venga a ver esto —llamó Miguel Ángel.

Con una sartén en la mano Alicia Zorio asomó a la puerta de la cocina. Luego se acercó lentamente atraída por las escenas de violencia.

—¿Qué ocurre?

—Mire lo que ponen esas pancartas. “Criminales, devolved al Almirante Aznar”. “Asesinos cínicos y mentirosos, soltad al Almirante”. Y allí otra: “¿Dónde está Miguel Ángel Aznar?”.

Por alguna razón desconocida, sin previo aviso ni aclaración posterior, la pantalla quedó a oscuras y a continuación aparecieron los titulares de un “corto” de dibujos animados para niños.

Miguel Ángel se volvió sorprendido hacia Alicia.

—Han cortado.

—Sí. Alguien “de arriba” habrá dado un telefonazo a los de la televisión ordenando cortar el programa.

—Allí había heridos... tal vez algún muerto también. No es justo que esa gente se esté peleando por mí mientras yo permanezco tan tranquilo aquí. No es cierto que me secuestraran agentes del gobierno. Los que lo hicieron debieron aclararlo. ¿Por qué guardan silencio y permiten que ocurran estas cosas? —protestó Miguel Ángel.

—Bueno, después de todo estaba en la intención de la Policía oficial destruirle como enemigo político en potencia. Si no llegaron a consumar su vileza fue porque sus amigos llegaron antes —dijo

Alicia.

—Y mis “amigos” guardan silencio contribuyendo a crear un estado de confusión entre la gente. ¿Es que nadie juega limpio en esta lucha insensata?

—La política es así. Yo no me preocuparía, no es su problema.

—Si los hombres se pelean y se matan por mi culpa, yo formo parte del problema. Me atañe de alguna forma.

—¿Qué puede hacer?

—Me presentaré en público y haré saber que estoy al margen de cualquier facción política.

—¿Lo está realmente? Dicho de otro modo, ¿lo estará siempre? ¿Sabe que si hiciera eso decepcionaría a un montón de gente?

—¿A quiénes decepcionaría? Me han propuesto acaudillar una rebelión militar.

—Y se ha sentido defraudado. Sin embargo no tiene motivo para pensar que eso es lo mejor y lo único que se espera de usted. Esa gente que acaba de ver luchando en la calle no son los almirantes de la Armada. Están ahí y quieren algo.

—¿Y qué es lo que quieren en definitiva? Reponer su televisor viejo, tener un automóvil, verse libres del engorro de las colas ante los almacenes de la Intendencia... ¡Esas cosas no son serias! No para mí.

—Tal vez detrás de esas peticiones ingenuas haya algo más profundo que ni ellos mismos saben explicar. Nuestros sociólogos se enfrentan a un fenómeno que no tiene fácil explicación. Por ejemplo, ¿cuál es la razón de que los viejos filmes de la época de los grandes almirantes estén a la cabeza de la lista de programas preferidos por el gran público? No es el atractivo de la aventura que uno puede ver cómodamente instalado en un sillón, no sólo eso. Nos referimos a la época de los grandes almirantes con cierto desprecio. Nos enseñaron a compadecernos de las generaciones que vivieron bajo el “dominio” militar. Nuestros textos de Historia cuentan las hazañas de VALERA en millones de muertos, en millones de horas de trabajo invertidas en un gigantesco esfuerzo de producción para alimentar el fuego de aquellas guerras casi apocalípticas, que por cierto no impidieron que perdiéramos los planetas terrícolas, ni que los emperadores de Nahum restauraran su dominio en cuanto VALERA les volvía la espalda. Pero cuando

vemos esas viejas películas, las auténticas, nos damos cuenta de que hubo algo más que se ha silenciado. Aquellas generaciones que lucharon, que trabajaron y sufrieron en este autoplaneta tenían una razón, un ideal. Sabían lo que querían, cosa que no sucede ahora, e imprimieron a su época un estilo, que fue modelo de abnegación y de orgullo. No es cierto que fueran desdichados. Al contrario, fueron felices porque tuvieron todo lo que nosotros tenemos ahora, más el orgullo de sentirse artífices de algo que iba a quedar para la posteridad. Tuvieron una concepción grandiosa de su futuro, y dejaron impresa la impronta de ese espíritu en su obra. Supieron hacer las cosas a lo grande, porque ellos mismos eran grandes. Y esto es precisamente lo que los valeranos de hoy echamos en falta, la grandeza y el orgullo de sabernos grandes. Contra la pereza y la dejadez, frente a un mundo que se cae a pedazos, se levantan las voces de una minoría consciente que clama contra una política nefasta que fomenta el olvido y el abandono de nuestras mejores virtudes. ¿Llamaría usted a esto “pequeñeces”?

Miguel Ángel guardó silencio unos instantes.

—Visto como usted lo cuenta parece distinto —admitió—. Sólo que me pregunto, ¿por qué ha habido que esperar tanto para que nuestra sociedad empezara a despertar?

—Porque la nación, en su mayoría, no es consciente de un modo absoluto. La ley del mínimo esfuerzo es una ley natural a la que también obedecen los astros en su movimiento. Es más fácil renunciar a una cosa que trabajar para conseguirla.

—De haber pensado siempre de ese modo el hombre habitaría todavía en cavernas. Cuando el primitivo deseó una habitación más cómoda tuvo que construirla por sí mismo. Aquí en VALERA todavía vivimos de nuestras rentas. El día que se caigan los rascacielos de Nuevo Madrid, los madrileños no tendrán más remedio que ponerse a trabajar para levantarlos de nuevo —dijo Miguel Ángel.

—Sí, pero mientras tanto vamos tirando. Esta pasividad fatalista es lo que irrita a nuestras minorías, la gente que se preocupa por estas cosas y trabaja para retrasar el momento en que el techo se caiga sobre nuestras cabezas.

—Usted trabaja en el Servicio Obligatorio. ¿Seguirá trabajando después en el Servicio Voluntario?

—No. ¿Sabe por qué? Pues porque pienso que ante la irresponsabilidad general, lo mejor es dejar que las cosas sigan su curso. No retardar ni aminorar sus consecuencias. Cuando nuestro mundo se hunda tendremos que acudir a levantarlo. Cuanto antes ocurra tanto mejor.

—Bueno, es una filosofía muy particular —dijo Miguel Ángel sonriendo—. También podría acelerarse el derrumbe poniendo un barreno en la base del edificio.

—No aprueba mi teoría, lo sé.

—No la apruebo, pero puede ser una solución.

Alicia regresó a la cocina, dejando a Miguel Ángel a solas con sus pensamientos. Poco después Alicia le llamaba a la cocina. Comieron amigablemente. El menú, sopa de pescado, bistec de ternera con patatas fritas, frutas, pan de trigo enriquecido y café. Miguel Ángel observó que todos los alimentos, incluso el café, eran naturales.

—En efecto, actualmente dedicamos grandes extensiones de tierra a la agricultura y la ganadería convencionales —dijo Alicia Zorio—. Descubrimos a tiempo que los alimentos sintéticos estaban transformando nuestro aparato de nutrición. Se debilitaban las dentaduras, se alteraba la compleja función del hígado y se encogían el estómago y el intestino. En cuanto al sabor, que se quiten allá los químicos donde haya unos huevos de auténtica gallina o una taza de auténtico café.

Mientras ayudaba a la chica a fregar los platos, Miguel Ángel se interesó por las circunstancias particulares de su nueva amiga.

—Somos una familia como millones iguales en VALERA. Mi madre tiene cuarenta y cinco años. Mi padre es mucho mayor, se casó dos veces y tiene otra hija de su matrimonio anterior, es la que vive actualmente en Veracruz. No tengo antepasados notables, un abuelo mío fue delantero centro en el equipo de fútbol del Madrid.

Volvieron a la sala de estar para tomar café, sentándose juntos en el diván. Miguel Ángel tomó una copita de sake. No le gustó.

—A mí tampoco me gusta, pero lo tomo a veces como estimulante —le confió Alicia.

—Tal vez debiera marcharme —dijo Miguel Ángel después de mirar la hora de su reloj—. A lo mejor tenía usted otros planes para esta tarde.

Alicia Zorio negó con la cabeza.

—No por mi parte. ¿Los tiene usted?

—¡Dios mío, estoy más solo que la una! —exclamó Miguel Ángel entre bromeando y melancólico—. Esto le pasa a uno cuando decide retirarse del mundo de los vivos para hibernarse durante doscientos setenta y seis años. Al regresar se siente uno tan extraño como si acabara de llegar a otra dimensión distinta de la suya. Tal vez fue un error hibernarme. Un hombre no se pertenece a sí mismo. Uno forma parte de su generación, de los acontecimientos de su tiempo, de su ambiente, de las gentes que le conocen y las que él mismo conoce. El tiempo ni la vida se detienen cuando uno muere; el mundo, simplemente, prescinde de él. La vida ha seguido su curso y uno se encuentra fuera de su tiempo, sin familia, sin parientes, sin amigos.

—Usted se adaptará a este tiempo. Conocerá nuevas gentes, tendrá amigos y formará su propia familia.

—En efecto, pero todo eso pude hacerlo en mi tiempo. ¿Qué he salido ganando con la demora?

Miguel Ángel la miraba a los ojos como implorando una respuesta. Alicia sonrió.

—De momento alguien ha salido ganando. Yo tuve la oportunidad de conocerle —dijo la muchacha.

—Es usted una chica encantadora.

Miguel Ángel acercó sus labios y la besó. Para Alicia aquella era una experiencia inaudita. Le agradaba el Almirante. Era una persona simpática en el Hospital, aunque tan lejana como si no perteneciera a su mundo. Aquí, en la intimidad de su casa, el Almirante no era solamente un personaje de fábula, sino también profundamente humano.

Alicia no había conocido jamás a un hombre como el Almirante. Un extraño magnetismo parecía irradiar de su persona envolviéndole como un halo de luz. Muy de tarde en tarde, la Historia había alumbrado personajes extraordinarios, dotados de un carisma singular que los hacía superiores y distintos de cualquier hombre. El Almirante estaba dotado de este “toque” especial. Lo habían poseído algunos de los hombres de la familia Aznar, y posiblemente éste fuera un don que se transmitía solamente de padres a hijos por línea directa.

La personalidad del Almirante atraía a Alicia con la misma fuerza succionante de un abismo. Le temía y al mismo tiempo deseaba entregarse fatalmente a él.

Las manos del Almirante deshicieron el grueso nudo del cinturón del albornoz. Alicia se le entregó sin resistencia.

CAPÍTULO VI

LA REBELIÓN

Una vez más, sobre pómposos instantáneos en Miguel Ángel Azueta. A Alicia que saltaba de la cama, se ponía una bata y abandonaba la habitación.

La idea de que podían ser los padres de Alicia regresando antes de lo esperado, sobresaltó a Miguel Ángel y lo espabiló impulsándose a buscar su ropa. Mientras se vestía podía oír a Alicia que al parecer contestaba al teléfono. Miguel Ángel echó una mirada al reloj.

Eran las once de la mañana.

Alicia entró en la habitación y explicó:

—Una compañera del Hospital acaba de llamarme por teléfono. Todas las líneas del “metro” están paralizadas, al parecer se trata de una huelga. Mi compañera me pregunta si en estas condiciones voy a ir al Hospital.

—¿Cómo vas a ir si no funciona el metro?

—Podría ir en mi bicicleta, pero hay casi treinta kilómetros hasta el Hospital. Mi sentido del deber no llega a tanto. Me quedaré. Voy a preparar el desayuno.

Miguel Ángel se metió en el cuarto de baño, donde encontró una cuchilla de afeitar del padre de Alicia. Al regresar a la sala de estar estaba encendida la televisión. Escenas de los trabajos de rescate de un accidente ferroviario.

—Ha sido en el “metro” —dijo Alicia.

Hasta que la televisión nacional dio el boletín de noticias del mediodía no pudo conocerse con detalle lo ocurrido.

Un tren del metropolitano, repleto de viajeros, se había detenido por causas desconocidas en el interior de un túnel entre dos estaciones. Eran las ocho y media de la mañana, cuando el “metro” registraba una mayor afluencia de viajeros. Los controles automáticos no registraron la detención del tren. Otro tren, circulando por la misma vía y en el mismo sentido que el anterior, fue a estrellarse violentamente contra el que estaba detenido. Se calculaba en cientos el número de muertos.

A continuación del accidente, como protesta por el deficiente estado del material ferroviario y las instalaciones automáticas, los controladores del “metro” habían parado todo el tráfico en la ciudad y abandonaron sus puestos. La Policía procedía al arresto de los controladores como presuntos autores de un acto de sabotaje. Toda la ciudad estaba indignada.

—¿Es posible que haya gentes tan perversas que ocasionen deliberadamente una catástrofe con cientos de víctimas inocentes? —exclamó Alicia Zorio horrorizada.

—Cálmate, querida. Seguramente todo ha sido debido a un accidente.

A la una de la tarde otro boletín de noticias. Los controladores ferroviarios de otras diecinueve ciudades en VALERA se habían declarado en huelga en solidaridad con sus colegas de Nuevo Madrid, y como protesta ante “las tendenciosas declaraciones del Secretario de Transportes, sugiriendo la posibilidad de un acto de sabotaje en la catástrofe del “metro” de Nuevo Madrid.”

Simultáneamente dejaban de funcionar todos los ferrocarriles en el autoplaneta. En toda la dilatada historia de los transportes de VALERA, era la primera vez que ocurría una cosa semejante.

A Miguel Ángel Aznar y a Alicia Zorio, en pleno idilio amoroso, la huelga de los ferrocarriles les tenía sin cuidado. Cuanto más durara tanto más tardaría Alicia en incorporarse a su trabajo. A las nueve de la noche, cuando estaban cenando, las luces empezaron a debilitarse. El voltaje siguió bajando a tal punto que dejó de funcionar el televisor.

Miguel Ángel levantó la persiana y asomó a la calle. El alumbrado público de las calles brillaba apenas como mortecinas velas. Aunque nada dijo a Alicia, esta vez sí que se sintió preocupado Miguel Ángel.

La ciudad era suministrada de energía eléctrica por seis poderosas plantas nucleares establecidas en un radio de cincuenta kilómetros del centro de la Plaza de España. La energía eléctrica se enviaba en forma de ondas energéticas a través del aire. Cada edificio en la ciudad tenía en la azotea una antena receptora de estas ondas. Un rectificador especial convertía la energía en corriente continua que era utilizada por todos los servicios del edificio.

Más de la mitad de las emisoras de energía tenían que haber dejado de funcionar para que se acusara en la ciudad aquella baja en el voltaje.

—Vamos a llenar de agua todos los cacharros —dijo Miguel Ángel—. Si falla la energía eléctrica tampoco funcionarán las bombas del agua.

En toda la ciudad, una reacción similar produjo el rápido agotamiento de los depósitos de agua. Miguel Ángel ingenió un par de candiles sumergiendo sendas mechas de algodón torcido en recipientes llenos de aceite.

Como la televisión no funcionaba se marcharon temprano a la cama. Más o menos esto mismo debieron hacer todos los habitantes de Nuevo Madrid.

El sol artificial de VALERA debía empezar a iluminar a las cinco y media de la mañana, y un gran número de ciudadanos esperaba con impaciencia ver el nuevo día. Pero el sol no brilló a las cinco y media, ni a las seis ni a las siete.

—Miguel Ángel, ¿qué ocurre? —preguntó Alicia asustada.

Miguel Ángel no podía contestar a esta pregunta. Pero pensaba en los almirantes y en su “golpe” ya preparado.

A las ocho de la mañana, todavía en plena noche, el voltaje del alumbrado acusó una sensible subida, suficiente para hacer funcionar los receptores de televisión. Pero todos los canales permanecían mudos, seguramente por falta de voltaje en las emisoras. Alicia salió al corredor a charlar con unas vecinas. Entró espantada y comunicó a Miguel Ángel.

—¡Ha habido un alzamiento militar!

—¿Cómo se sabe, si hace horas que no funcionan la televisión ni la radio?

En realidad nadie sabía nada. Los rumores eran confusos y,

como solía ocurrir en estos casos, a veces contradictorios.

Miguel Ángel regresó a la ventana y miró al cielo.

Vio las luces destellantes de algunos aerobotes de la Policía que describían círculos sobre la ciudad, pero nada más. Si la Armada y el Ejército se hubiesen levantado en armas, todo el cielo sobre la capital debería estar cubierto por las Unidades de la Armada y las esferas blindadas del Ejército Autómata.

—¡Miguel Ángel, ya funciona la televisión! —gritó Alicia.

Miguel Ángel regresó al interior del apartamento.

En efecto, el Canal cuatro de la Televisión empezaba su emisión con la carta de ajuste. Como fondo marchas militares e himnos patrióticos. En mitad de la expectación general apareció un locutor distinto del habitual.

“En el curso de la pasada noche, fuerzas del Ejército leales al Gobierno de la República sofocaron un alzamiento militar que inicialmente partió de la Base de la Octava Flota Sideral en El Páramo. La rebelión había sido precedida por un paro en el noventa por ciento de las plantas nucleares de todo el autoplaneta, incluyendo las que suministran energía a nuestro sol artificial. En relación con la conflictiva situación creada en todo el planetillo por el movimiento subversivo reaccionario, les habla a ustedes el Jefe del Gobierno”.

El Jefe del Gobierno apareció en imagen y habló a la nación. Dijo que, gracias a la lealtad de los soldados y los oficiales de complemento, había sido sofocado el golpe militarista, compartido por la élite reaccionaria que, en toda la nación, había secundado con actos de sabotaje la actitud agresiva de los altos mandos de las Fuerzas Armadas. El Gobierno —continuó diciendo— había previsto la inminencia del golpe militar desde el momento que el Almirante Aznar, “liberado” del Hospital por comandos de las Fuerzas Armadas, se había reunido con sus amigos de la Armada Sideral para acaudillar un alzamiento que, en el supuesto de haber salido triunfante, habría devuelto a la nación valerana al obscurantismo y la opresión de la época de los grandes almirantes de la familia Aznar.

“El alto grado de educación cívica y democrática de nuestro pueblo —agregó enfáticamente— ha impedido e impedirá en el futuro, que sean suprimidos, aplastados e ignorados, los intocables

derechos del pueblo valerano a escoger su forma de gobierno y sus gobernantes”.

A continuación de esta explosión de malhumor, ya en tono más calmado, el Jefe del Gobierno expuso algunas de las medidas de urgencia tomadas por su Gabinete. De momento quedaba declarado el estado de excepción, lo que suponía la suspensión de ciertas garantías constitucionales. Toda la población laboral debería reintegrarse INMEDIATAMENTE —recalcó con particular energía esta palabra— a sus puestos de trabajo. Se dictaban normas para economizar energía eléctrica, los almacenes de la Intendencia Estatal permanecerían abiertos las veinticuatro horas del día, y como complemento de todas estas disposiciones, el sol artificial de VALERA iba a encenderse ahora y no se apagaría hasta haberse superado las deficiencias en el suministro de energía.

En este momento el sol artificial de VALERA se encendía de golpe, y un clamor de alegría brotaba simultáneamente de millones de gargantas en todo el planetillo.

—¡Vaya si la han armado buena tus amigos los almirantes! —exclamó Alicia Zorio con acento recriminatorio. Y como Miguel Ángel guardara silencio, agregó—: Debo regresar al Hospital. La cosa va en serio esta vez.

Llamó por teléfono al Hospital para preguntar cuándo debía tomar su turno. La respuesta fue: “Preséntese inmediatamente”.

Miguel Ángel la siguió a la habitación, pero ella le rechazó y empezó a vestirse.

—¿Cuándo regresarás? —preguntó él.

—No tengo ni idea. Pero te llamaré por teléfono desde el Hospital cuando lo sepa. Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, pero tendrás que salir al almacén en busca de víveres. Tenemos la despensa vacía. Ahí están los cupones. Pero no se te ocurra salir de uniforme. Tal como están las cosas hoy los uniformes blancos deben gozar de pocas simpatías.

Miguel Ángel la acompañó hasta la puerta. Se despidieron con un beso apasionado.

—Te llamaré, adiós.

La chica se marchó y Miguel Ángel quedó solo en el apartamento. Buscó por los armarios hasta encontrar unos pantalones y una de aquellas prendas, especie de guerrera de

extrema austeridad, que parecía uniformar a todos los ciudadanos de VALERA. Se afeitó, se vistió y salió a la calle provisto de una bolsa de red.

La animación había vuelto a las calles. Funcionaba de nuevo el “metro” con aglomeraciones, pues se había restringido el número de trenes y éstos circulaban más despacio, evidenciando la falta de confianza en su propia competencia de los operarios que reemplazaban a los controladores de oficio.

La cola era larguísima ante el almacén de la Intendencia Estatal. Casi al mismo tiempo que Miguel Ángel llegó un automóvil de la Policía Militar; uniforme verde, casco negro, pistola convencional y fusil lumínico. La presencia de estos soldados era una consecuencia del estado de excepción, pues constitucionalmente la policía militar no tenía jurisdicción sobre el personal civil.

De atrás adelante, los soldados empezaron a pedir la tarjeta de identidad a todos los que formaban la cola, exceptuando a los ancianos y los niños. A una joven que estaba detrás de Miguel Ángel Aznar los soldados la interpellaron con rudeza:

—¿Por qué no está en su puesto de trabajo? ¡Váyase inmediatamente!

Miguel Ángel pensó en largarse, pero tal actitud podía resultar sospechosa. Llevaba consigo su tarjeta de falsa identidad y su pasaporte militar justificando encontrarse en uso de licencia. Un oficial de la Armada en licencia no debía considerársele implicado en el alzamiento. ¿O tal vez sí?

—Su tarjeta de identidad.

Miguel Ángel mostró primero el pasaporte y a continuación la tarjeta.

—Oficial de oficio —murmuró el soldado—. Queda usted arrestado.

De nada sirvieron las protestas de Miguel Ángel. Le apartaron de la cola a empujones y le llevaron al automóvil. Con solo el conductor y un soldado de escolta, el cochecillo echó a andar en dirección a la Plaza de España.

A un kilómetro de la Plaza de España se encontraron con un camión celular. Los soldados hicieron señas para que se detuviera y trasladaron a Miguel Ángel al camión después de devolverle su tarjeta de identidad.

Dentro del coche celular había una mujer y tres hombres vestidos de paisano. La mujer debía haber cumplido los treinta y probablemente se encontraba más cerca de los cuarenta. Es decir, se conservaba en aquella edad indefinida entre la juventud y la madurez, en una época de la vida en que las mujeres valeranas eran más hermosas.

La duración media de la vida en esta moderna sociedad había rebasado los trescientos años. El propio Miguel Ángel tenía ochenta y cinco y no representaba apenas treinta y dos o treinta y tres años.

Entre los hombres, dos de ellos debían estar comprendidos en una edad parecida a la de Miguel Ángel. El de más edad era un hombre muy alto y delgado, de rostro afeitado, aunque con algunas arrugas, y profundas entradas en las sienes, pese a que su cabello se mantenía en un color rojizo. Este hombre le recordaba a alguien conocido, pero Miguel Ángel en un principio no pudo recordar a quién se parecía.

Tanto los hombres como la mujer guardaban silencio.

—¿Por qué les han detenido a ustedes? —preguntó Miguel Ángel.

Nadie le contestó. Sólo uno de los hombres le lanzó una rápida mirada.

—¿Son oficiales de la Armada? —preguntó. Los otros seguían silenciosos y Miguel Ángel insistió—. Yo soy de la Armada. Teniente de navío Daniel Balmer Garía.

—Nosotros no somos oficiales —dijo con aire aburrido uno de los hombres—. Somos técnicos de la Sala de Control.

—¿Pero tuvieron parte en el alzamiento?

—¡Qué alzamiento ni qué porras! No ha habido alzamiento. Unos cuantos oficiales de oficio de la base de El Páramo fueron engañados. Les anunciaron por teléfono que había estallado el alzamiento militar. Mientras la guarnición esperaba indecisa a tener noticias más concretas, se presentaron las fuerzas del ejército y empezaron a disparar contra los cuarteles. Los de la Base se rindieron a los pocos minutos, y eso fue todo lo que ocurrió.

—¿Eso fue todo? —preguntó Miguel Ángel incrédulo.

—¿Qué más quería que sucediera? Era suficiente. El Gobierno necesitaba un pretexto para detener e interrogar a los altos mandos del Ejército y la Armada. Sometidos a interrogatorio algunos

generales y almirantes, no pudieron negar que estaban comprometidos en los planes para un golpe militar que debió haberse producido anoche, pero del cual se había desistido definitivamente veinticuatro horas antes.

—¿Una trampa, eh? —murmuró pensativo Miguel Ángel.

Sus compañeros volvían a guardar silencio.

Miguel Ángel se corrió en el asiento para acercarse a la mujer.

—Dígame —murmuró en voz baja—, ¿quién es el hombre del pelo rojo? Su cara me es conocida.

—Es el ingeniero Ferrer.

—¡Ferrer! Por algo su cara me recordaba a alguien.

En efecto, los Ferrer eran una familia que desde antiguo había dado notables ingenieros. Pero éste no podía ser el Ferrer que Miguel Ángel conoció antes de hibernarse. Debía ser algún descendiente de aquel otro Ferrer, hijo o nieto tal vez.

—Oiga, ¿dónde nos llevan? —preguntó Miguel Ángel.

La mujer se encogió de hombros. Era muy bella, tenía el pelo cobrizo y rizado, los ojos intensamente negros y la boca grande y jugosa.

—¿Y usted cómo se llama? —preguntó Miguel Ángel.

—Soy Terry Ferrer.

—Claro, el profesor es su padre. ¿Cómo no me di cuenta? ¿También ingeniero?

—Hace usted demasiadas preguntas, señor...

—Daniel. Daniel Balmer.

La mujer asintió en silencio. No parecía tener demasiadas ganas de hablar y Miguel Ángel respetó su reserva. El camión celular descendía por la Avenida de Europa. Poco después entraba en el recinto del Estadio Norte, en el extrarradio de la ciudad.

Aquello parecía el día de la final de la Gran Copa de Fútbol a la hora de la salida. Todo el enorme espacio bajo los graderíos estaba lleno de gente. Las voces tenían allí una especial resonancia.

Al abandonar el camión celular, Miguel Ángel fue conducido con sus compañeros a la mesa de identificación, donde había sido instalado un teletipo. Los datos personales de cada ingresado eran tecleados por una muchacha en el teletipo y transmitidos por este conducto a alguna otra parte.

—¿Venía usted con el grupo del profesor Ferrer? —le

preguntaron a Miguel Ángel. Él dijo que sí y siguió a sus compañeros.

Antes de entrar en el estadio, cada preso recibía una manta, un plato, un vaso, una cuchara, un tenedor y una placa de latón con un número de registro. El estadio estaba lleno de gente. Había hombres y mujeres, solos o en grupos, en las pistas de tartán, paseando o tumbados en el verde césped, sentados en las gradas y en todas partes.

Miguel Ángel permaneció junto a los Ferrer. Pero éstos eran personas muy conocidas y pronto empezaron a encontrarse con amigos. Finalmente, los Ferrer se alejaron con un grupo de conocidos y Miguel Ángel quedó solo.

Poco después llegaban unos camiones de la Intendencia del Ejército que descargaron grandes calderos humeantes y sacos de panes. Los prisioneros formaron en largas colas ante los calderos, cada uno con el plato en la mano.

Más de una hora transcurrió desde que Miguel Ángel Aznar se puso en cola y le tocó el turno de recoger un pan y un plato de sopa aguada en la que flotaba un huevo cocido con el caldo.

Los altavoces del estadio estaban llamando a cierto número de prisioneros por sus nombres. Durante toda la tarde no cesaron los altavoces de llamar: “Fulano de Tal, preséntese en la puerta de vestuarios”.

Circulaba un rumor insistente por el estadio. Los prisioneros iban a ser concentrados a bordo de un transporte sideral.

Había cierta lógica en esta decisión de las autoridades, pues el estadio no reunía condiciones como campo de prisioneros. Un transporte sideral era el sitio ideal para convertirlo en cárcel permanente.

Llamados también “discos volantes”, estos gigantescos transportes tenían doce kilómetros de diámetro y un kilómetro de altura. En sus cien pisos o “cubiertas” podían hallar fácil acomodo hasta dos millones de personas con sus correspondientes camas, servicios sanitarios, comedores, hospitales, salas de espectáculos, piscinas y campos de deportes.

Un “disco volante” era tan grande como una ciudad, y de hecho habían funcionado como ciudades en los dramáticos éxodos de la Humanidad.

Durante todo el día y las horas siguientes, en que el sol de VALERA seguía brillando, continuaron llegando contingentes de prisioneros. Éstos no eran solamente jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas, sino también controladores ferroviarios, ingenieros, médicos, científicos, técnicos y operarios de la Sala de Control, directores y mandos de la industria, y todos cuantos de una forma u otra habían tomado parte en la gigantesca huelga que estuvo a punto de dejar paralizada la vida en el planetillo.

En el mismo tiempo, los altavoces seguían llamando por sus nombres, grado y empleo, a los prisioneros que iban a ser internados en el “disco volante”.

Setenta y cinco horas iba a permanecer Miguel Ángel en el Estadio Norte, comiendo la bazofia de la Intendencia del Ejército y durmiendo a ratos tirado por las gradas sobre su manta. Cuando los altavoces dieron su nombre, casi no podía creerlo:

—Teniente de navío Daniel Balmer Garía...

Se presentó en la rampa de acceso a los vestuarios. Allí se encontró con el doctor Ferrer y su bella hija. El grupo lo formaban cincuenta personas que fueron sacadas del Estadio y llevadas a una explanada donde les esperaba un aerobús de la Armada. Pero Miguel no consiguió sentarse cerca de Terry Ferrer.

El aerobús remontó el vuelo y viajó al Norte hacia la zona de transición, dejando atrás lagos y selvas, extensas praderas y cultivos.

Una hora después el aerobús se introducía en un túnel y después de otra hora de viaje salía al espacio exterior.

A través del cristal azul de una ventanilla, Miguel Ángel vio por primera vez el circumplaneta con sus propios ojos. Durante los días transcurridos, desde que despertó en una habitación del Hospital General de la Armada, VALERA había acortado en muchos millones de kilómetros la distancia que todavía le separaba del circumplaneta.

Ahora el circumplaneta estaba allí, a unos cincuenta millones de kilómetros de distancia. Era como una brillante cinta curvada adelgazándose en la lejanía, hasta convertirse en un fino hilo de oro que se perdía más allá del Sol, regresando por detrás de éste y ensanchándose de nuevo por arriba para quedar cortada bruscamente. En realidad el gigantesco anillo era un todo continuo,

pero parte de él, la parte del revés, quedaba en la sombra y tapaba el sector iluminado por el sol desde la perspectiva de Miguel Ángel.

Visto a esta distancia el circumplaneta no parecía tan grande. Pero era hermoso, de una rara y original belleza. Sólo cabía una palabra para describirlo, y esta palabra la pronunció un hombre ya maduro que ocupaba el asiento inmediato al de Miguel Ángel y no había desplegado los labios en las dos horas y pico que duró el viaje.

—¡Fantástico!

El aerobús se deslizó suavemente sobre los cráteres polvorientos de la cara exterior de VALERA y fue a posarse suavemente sobre el techo de un gigantesco disco que medía doce kilómetros de diámetro y ocupaba en su totalidad el fondo de un enorme cráter.

El férreo suelo sobre el cual se hallaba posado el aerobús empezó a descender. El aerobús se movió hacia adelante introduciéndose en una especie de callejón oscuro, se detuvo, volvió a ponerse en marcha y salió a un enorme hangar. Los pasajeros fueron invitados a desembarcar.

Mientras la mayoría de los pasajeros del aerobús miraban a su alrededor con asombro, impresionados por las enormes dimensiones del hangar, Miguel Ángel Aznar se sentía tan a gusto como quien regresa a casa, donde todo es familiar.

El colosal tamaño de los “discos volantes” obligaba a éstos a permanecer siempre en la cara exterior del planetillo. Muchos valeranos nacían y morían sin haber visitado jamás una de estas formidables moles.

Una escolta de astronautas armados esperaba a los viajeros para guiarles a su alojamiento. Como los oficiales de complemento, se trataba de hombres y mujeres en el desempeño del Servicio Obligatorio de Trabajo. En la táctica del gobierno para mantener bajo control el poder de la Armada, había sido una buena estrategia introducir entre los oficiales “de oficio” estos mandos intermedios formados por el sistema de instrucción directa o inducción al cerebro.

Para la Armada había sido motivo de constante disgusto la introducción en sus cuadros de estos oficiales de complemento, que no tenían ni tradición ni vocación astronáutica, y sólo ejercían durante catorce meses para ser licenciados y sustituidos por otros

de idénticas características.

Con el piquete de escolta esperaba a los viajeros un comisario superior de Policía provisto de una lista. El alto personal de la Policía estaba formado por funcionarios “de oficio” reconocidamente afectos a la política del gobierno. Vestían uniforme negro y eran muy temidos por el pueblo por su energía e incorruptibilidad.

El Comisario llamó en voz alta:

—Doctor ingeniero José Ferrer y doctor ingeniero Terry Ferrer.

Los dos Ferrer, padre e hija, fueron separados del grupo y llevados aparte bajo la vigilancia de dos astronautas.

—Almirante Miguel Ángel Aznar Polaris.

Una conmoción nerviosa sacudió a todos cuantos se encontraban en aquel rincón del enorme hangar, soldados y viajeros del aerobús. Miguel Ángel palideció, pero no se movió. El Comisario le miraba sonriendo con ironía.

—Lo llamaré por su otro nombre —dijo—. ¡Teniente de navío Daniel Balmer Garía!

Era inútil, estaba descubierto. Miguel Ángel recobró su aplomo y dio un paso adelante.

El Comisario entregó la lista al oficial que mandaba el piquete de escolta y dijo:

—Puede llevarse a los demás.

Los demás eran todo el resto del grupo que acababa de llegar en el aerobús. Quedaron solos el Comisario y los dos soldados, con los Ferrer y Miguel Ángel Aznar.

—Vengan conmigo, por favor —dijo el Comisario amablemente—. Ustedes forman parte de nuestros huéspedes distinguidos.

Entraron en un enorme montacargas. Mientras descendían en el montacargas Miguel Ángel preguntó:

—¿Cuándo me descubrieron?

—Fue cosa fácil, Almirante —respondió el Comisario siempre con su acento amable, casi deferente—. Al ser interrogados los almirantes Pereira y Raymond tras su fracasado golpe militar, supimos que se habían entrevistado con usted la noche que le secuestraron.

—Entonces sabrán también que yo me negué a secundar el alzamiento —dijo Miguel Ángel.

Pero el Comisario no respondió a esto y continuó:

—Sabíamos desde el primer momento que se ocultaba usted bajo el falso nombre de Daniel Balmer. Más tarde supimos que se había alojado en un Hotel de Nuevo Madrid bajo ese nombre, pero usted no volvió por allí. La verdad es que no esperábamos encontrarle fácilmente, pero usted no fue muy cuidadoso y cayó en la gran redada de la Policía Militar.

—¿Por qué tenía que ser cuidadoso? —replicó Miguel Ángel—. No me sentía culpable de delito alguno, excepto de usar falsa identidad, pero a eso me obligaron ustedes. No se portaron bien conmigo al querer intervenir en mi psiquis y tratar de cambiar mi personalidad.

—Ignoro de qué me habla, Almirante —dijo el Comisario, y parecía sincero—. En mi lista no aparece usted como implicado en el alzamiento, sólo como simpatizante de las fuerzas de la reacción, lo mismo que el doctor Ferrer y su distinguida hija.

—¿Es eso un delito, suponiendo que fuera cierto?

—La situación es muy confusa todavía, estamos bajo estado de excepción, lo cual autoriza al Gobierno a realizar detenciones, interrogatorios y registros sin previa autorización judicial. Pero tranquilícense, ya ha pasado lo peor. Estarán cómodos aquí. Esto es muy grande y podrán moverse a sus anchas.

El montacargas se detuvo a la altura de uno de los pisos intermedios y el Comisario les invitó a salir con un gesto amable.

Un “disco volante” era, sin más, un transporte de tropas. Se habían utilizado para transportar el ejército de invasión a la Tierra, a los planetas de Nahum y a Redención. Pero algunos fueron contruidos para realizar otro tipo de misiones, como servir de transporte a multitudes humanas en largos viajes a través del cosmos.

Generalmente los “discos volantes” llevaban nombre de isla, pues uno de estos gigantes era como una isla. El ISLA DE CUBA era uno de estos transportes habilitados para albergar a dos millones de habitantes.

En el lugar donde los Ferrer y Miguel Ángel Aznar salieron del montacargas el techo se encontraba a 25 metros de altura, cubriendo una plaza rectangular de veinte mil metros cuadrados, en la cual desembocaban varias calles. Las fachadas de los “edificios”,

de una monotonía agobiante, eran de ladrillo simulado, con amplias y regulares aberturas para las ventanas y los portales.

Todas las “casas” tenían ocho pisos y una planta baja con un portal. La luz era brillante sin causar fatiga y procedía de grandes plafones pegados al techo. Las calles tenían una calzada de 20 metros de ancho, con aceras de cinco metros cubiertas de baldosas de alegres colores. El ingenio humano había hecho cuanto era posible para animar un poco la monotonía aplastante de estas ciudades-concha, y por esta razón la plaza ofrecía al sorprendido visitante una línea de árboles a todo alrededor, y en el centro una gran fuente de surtidores rodeado de una zona de césped y arriates de flores, con ligeros bancos de madera que invitaban al descanso.

Sorprendentemente circulaban por allí buen número de automóviles eléctricos, lujo del que carecían los habitantes de las ciudades del interior de VALERA. Estos cochecillos, rojos, amarillos, verdes y blancos, daban una nota de color y animación a la plaza. El tráfico estaba regulado por semáforos.

Un comité de recepción esperaba a los Ferrer y a Miguel Ángel Aznar a la salida del montacargas. Aunque no conocía a ninguno, Miguel Ángel podía recordar muchos de los apellidos que allí sonaban; los Castillo, los Valera, los Balmer, los Ferrer y tantos otros que habían dado gloria e impulsado el continuo desarrollo de la nación valerana en el transcurso de incontables generaciones. Los padres y los abuelos de muchos de estos hombres y mujeres habían sido amigos personales de Miguel Ángel Aznar en la época anterior a la independencia del planetillo.

Miguel Ángel se sintió como transportado a un mundo situado a casi tres siglos de distancia en el tiempo. Por todas partes apretones de mano, frases de amistad y bienvenida, golpecitos cariñosos en la espalda...

El apellido Aznar todavía significaba algo en el autoplaneta.

El comité de recepción tenía cierta prisa por abreviar los actos de ritual de la bienvenida. El crucero sideral que se despachó días atrás iba a retransmitir por televisión su llegada al circumplaneta.

CAPÍTULO VII

EL DESAFÍO

El profesor Mario Valera más grabado en el apartamento que en el salón-comedor. Un hijo suyo, Alejandro, de parecida edad que Miguel Ángel Aznar, había traído a los Ferrer y al Almirante hasta aquí explicando por el camino:

—Papá no quiso separarse de la televisión por si llegaba tarde al comienzo de la emisión.

Casi una docena de personalidades en el campo de la Ciencia siguieron a los Ferrer y a Miguel Ángel hasta el apartamento de los Valera. Al entrar se acomodaron en sillas y butacas mientras el profesor Mario Valera saludaba a Miguel Ángel.

—De niño me encantaba escuchar a mi tatarabuelo contando las grandes hazañas de los Aznar. Nuestras familias respectivas siempre fueron grandes amigos. Espero que nosotros lo seamos también. Siéntese por ahí.

Alguien le cedió un sitio en el diván, entre un desconocido y Terry Ferrer. Los espectadores formaban un ancho círculo de cara al televisor, y detrás estaba el resto de pie.

—¿Por qué nos ocultó que era el Almirante Aznar cuando nos conocimos en el camión celular? —preguntó Terry Ferrer en voz baja acercando su boca al oído de Miguel Ángel.

—¿Me habría visto con más simpatía de saberlo?

Terry Ferrer pareció pensarlo. Después afirmó:

—Un Aznar es un Aznar, ¿qué duda cabe?

—Un Aznar es un hombre como otro cualquiera —dijo Miguel Ángel.

—Yo no diría eso —dijo la mujer en voz baja, y sus hermosos ojos chispearon de malicia.

—¡Cállense, va a comenzar la emisión! —ordenó el profesor Valera.

Cesaron los cuchicheos y el arrastrar de sillas.

Precedida de los pitidos de contraseña apareció en la pantalla una foto fija en colores del circumpianeta.

El profesor Valera explicó:

—Estas fotos ya las recibimos en el curso del viaje de aproximación de nuestro crucero. Las imágenes que vamos a ver no corresponden al momento presente, no son en directo. Se filmaron hace veinticuatro horas y el crucero nos las envía ahora mientras regresa al autopianeta. La información complementaria sobre magnetismo, campos gravitatorios y cinturones de radiación no la veremos directamente. El crucero las transmite por medio de señales de radio en cifra, que luego son descifrados y clasificados por una computadora.

Las sucesivas fotos fijas mostraban un dilatado territorio con manchas pardas y grises, que quedaba oculto en algunas zonas por bancos de nubes blancas. Estas manchas se iban ensanchando a medida que el crucero explorador se acercaba al circumpianeta.

La información obtenida por los aparatos de a bordo del crucero era copiosísima, y comprendía, además de las citadas por el profesor Valera, observaciones directas sobre las partículas ionizadas y demás fenómenos eléctricos y magnéticos de las altas capas de la atmósfera; densidad y composición del aire a distintos niveles, análisis de partículas de polvo, medida del calor irradiado, ortofotografías y composición de mapas, estudio geológico y geotérmico...

Pero la única información para los espectadores era la que recibían directamente por medios visuales.

Desde que el crucero tocó las altas capas de la atmósfera las cámaras de televisión habían funcionado ininterrumpidamente ofreciendo un interesante reportaje.

El crucero descendió a una velocidad moderada buscando un claro entre las nubes. Una compacta masa verde parecía subir al encuentro del espectador, luego se destacaba la línea brillante de un curso de agua, pero ésta quedaba a un lado, salía de la pantalla y se

perfilaban los detalles del terreno.

El SÍDNEY descendía directamente sobre una vasta selva. Se suponía al circumplaneta un mundo tropical, donde las radiaciones solares incidían perpendicularmente sobre todo el territorio, determinando un clima regular, sin estaciones, con abundantes lluvias y mucha humedad. La primera impresión visual corroboraba esta opinión.

El crucero sideral se detuvo en el aire y luego empezó a descender verticalmente sobre la selva. Ésta era tan tupida que no dejaba ver un palmo del suelo. El crucero siguió descendiendo hasta tocar las ramas altas de los árboles.

Mientras los científicos allí presentes trataban de designar una familia a las especies arbóreas, las ramas se rompieron bajo el peso del aparato y éste fue a posarse suavemente en el suelo.

Una puerta se abrió en el costado del buque sideral, quedó tendida una pasarela en rampa y un extraño ser apareció moviéndose pausadamente...

Era un robot, una máquina metálica moviéndose sobre un par de piernas ridículamente delgadas. El cuerpo del robot tenía la forma de una lata cilíndrica y su cabeza era una esfera en la que destacaban un par de ojos formados por sendos tubos telescópicos. Cada brazo estaba rematado por una mano con tres vástagos de metal, cada uno de los cuales podía oponerse al otro a modo del índice y el pulgar del ser humano.

Llevando una pala corta en una mano, y en la otra una bolsa de plástico que contenía un tarro de cristal, el robot avanzó por la pasarela, se detuvo y adelantó un pie para tantear la consistencia del terreno.

Si un habitante del circumplaneta hubiese presenciado el acontecimiento de la llegada de una cosmonave extragaláctica a su mundo, aquél hubiera podido pensar que el horrible ser que descendía de la nave tenía inteligencia propia, y habría formado un juicio totalmente erróneo respecto a la naturaleza y apariencia física de los terrícolas.

El robot realizó sin equivocarse todo el trabajo que se le había encomendado. Tomó muestras del suelo a distintas profundidades y guardó la tierra en el bote de cristal, que luego cerró herméticamente. Utilizó el borde afilado del hacha para cortar

ramas y arbustos y guardó muestras de todo en la bolsa de plástico. La aeronave había sido cuidadosamente esterilizada, tanto interior como exteriormente, así como el robot, la bolsa, el tarro y la herramienta que utilizó.

El robot se movía con lentitud exasperante y durante todo el tiempo que duró su toma de muestras, varias de las personas que presenciaban el programa en el salón del profesor Valera se levantaron y regresaron a su sitio. Trajeron cosas de comer; empanadas, confituras, pastelillos, galletas. Y limonadas y jugos de fruta.

Concluida su misión, el hombre-robot regresó a la aeronave. El crucero sideral retiró la pasarela, cerró la escotilla y se elevó en el aire saliendo por el mismo agujero en la espesura que abrió al aterrizar.

Elevándose con rapidez y levantando la proa, el SÍDNEY encendió sus motores lumínicos y aceleró escalando en breves minutos las altas capas de la atmósfera. A continuación voló horizontalmente al terreno que quedaba muy lejos allá abajo...

Ante los maravillados ojos de los espectadores desfilaban continentes inmensos, dilatadas selvas, caudalosos ríos, lagos azules, praderas, altas cordilleras de montañas, inhóspitos desiertos y luego el océano...

De nuevo descendió el crucero, esta vez para sobrevolar el océano y acabar tomando muestras por succión de cierta cantidad de agua. Realizó una inmersión para explorar la fauna marina. El océano estaba animado de una intensa vida ictiológica.

—Todo parece confirmar la perfecta habitabilidad de ese mundo —comentó Miguel Ángel—. ¡Qué gran país para ser colonizado!

—Si no estuviera habitado —añadió el profesor Ferrer.

—¿Está habitado?

—No lo sabemos —admitió Ferrer—. Aunque se me hace difícil admitir que un mundo, en el que parece perfectamente posible la vida, esté deshabitado.

En la pantalla, el SÍDNEY se elevaba de nuevo en el aire, encendía sus motores de luz y emprendía el regreso al autoplaneta. La retransmisión había durado tres horas y media, pero la excitación hacía olvidar el cansancio.

Se encendieron las luces de la sala y todos se pusieron a hablar

al mismo tiempo. La discusión, entablada a alto nivel científico, giraba en torno a la posibilidad de habitar el circumplaneta. Pero Miguel Ángel preguntó:

—¿Cuáles son los planes del Gobierno respecto al circumplaneta? ¿Se piensa colonizar?

—¿Quién lo va a colonizar? —contestó un joven científico con ironía—. Ser colono en un mundo virgen exige una serie de renunciaciones que no pertenecen a la idiosincrasia de nuestro pueblo.

—Siempre hemos colonizado. Fuimos colonos en Venus, en Redención y en los planetas Thorbod. Lo fuimos cuando nuestros medios eran mucho más modestos que ahora y disponíamos de menores contingentes humanos. Los terrícolas que llegaron a Redención con el autoplaneta RAYO eran seis mil cuatrocientos ochenta, y en poco más de dos siglos convirtieron aquel mundo en un próspero imperio.

—Nuestra nación ha perdido toda perspectiva de futuro —aseguró el doctor Valdés, eminente filósofo y sociólogo de la nueva ola, profesor de la Universidad y escritor—. Disfruta inconscientemente de una herencia en bienes que recibió de las generaciones que nos precedieron, sin ocurrírsele pensar que toda riqueza experimenta una mengua con el uso. Uno de estos días escuchaba una conversación entre dos muchachos en el “metro”. Uno le preguntaba al otro si se alistaría para colonizar el circumplaneta en el caso que el Gobierno solicitara voluntarios. “¿Qué habría que hacer allá?” preguntó uno, y el otro lo expuso toda una serie de trabajos de Hércules: manejar “bulldozers”, talar la selva, abrir canales, construir plantas nucleares y levantar ciudades. El otro escuchó un rato y le interrumpió preguntando: “¿para qué, si ya tenemos todo eso?” Naturalmente, el joven quería decir que ya teníamos todo eso AQUÍ, en nuestro sofisticado autoplaneta.

En opinión de la tertulia, no podía contarse con la nación valerana para ninguna empresa de envergadura que implicara renuncia de lo que ya poseía.

Preguntó entonces Miguel Ángel Aznar:

—¿Qué haría nuestra sociedad actual si tuviera que acometer una tarea tan gigantesca como lo fue crear este mismo autoplaneta?

—Sencillamente —contestó don Mario Valera—. Jamás se

construiría un segundo VALERA. ¿Para qué si ya tenemos uno y funciona bien?

Se escucharon risas y éste fue el comienzo de la disgregación del grupo. Las despedidas duraron largo rato, no faltando ninguno que no estrechara la mano de Miguel Ángel Aznar. Finalmente quedaron solos los Ferrer con los Valera y el Almirante.

Se habló de la conveniencia de buscar alojamiento para los recién llegados y el joven Valera se ofreció a acompañar a sus amigos. Se despidieron de don Mario y salieron a la calle.

—Tenemos un Comité de Acoplamiento que es quien se ocupa de acomodar a los que llegan —dijo Valera.

Este Comité funcionaba en la misma plaza donde Miguel Ángel Aznar y los Ferrer habían sido recibidos horas antes. Los nuevos huéspedes recibieron ropas de cama, toallas y una bolsa personal con útiles de higiene.

—Vuelvan por los víveres que necesiten. El almacén permanece abierto a todas horas.

Un joven guía, plano en mano, acompañó a los nuevos huéspedes hasta varias calles más lejos, donde encontraron dos apartamentos vacíos.

Los apartamentos de la ciudad-concha estaban magníficamente dotados, mucho mejor que las casas de Nuevo Madrid, por citar una ciudad cualquiera. Los apartamentos eran muy espaciosos, (tres habitaciones y cuarto de baño, más cocina y salón-comedor) y todo su equipamiento se conservaba nuevo, a estrenar. Pero había que sacar de ellos el polvo acumulado durante siglos de inactividad.

Miguel Ángel quitó sólo el polvo de una de las habitaciones y de la cocina y se echó a dormir. Terry Ferrer entró poco después en el apartamento, le vio dormido y volvió a salir.

Cuando se despertó siguió limpiando el salón y el cuarto de baño, hasta que se cansó y pasó al otro lado del descansillo de la escalera. Terry Ferrer se preparaba para salir en busca de víveres. Marcharon juntos.

Pese a lo temprano de la hora las calles de la ciudad-concha estaban llenas de animación. Esta animación era particularmente acusada en la plaza, donde acababan de llegar simultáneamente los pasajeros de dos aerobuses. Durante todo el día seguiría llegando prisioneros y no sólo civiles. Bajo la ciudad de los científicos estaba

la ciudad donde eran internados los hombres de las Fuerzas Armadas.

En los apartamentos de la ciudad-concha los televisores funcionaban como en cualquier otro lugar del interior del autoplaneta. Miguel Ángel Aznar había sido invitado a comer con los Ferrer. Durante la sobremesa, el boletín de noticias informó de una decisión lamentable; cuatro almirantes y dos generales habían sido condenados a muerte por el Supremo Tribunal de Justicia. Eran los generales Fernández y Pocaterra, y los almirantes Ensenada, Molinos-Aznar, Raymond y Pereira.

La pena de muerte sólo se autorizaba por la Constitución en casos extremos; bajo el estado de excepción y de guerra. Miguel Ángel palideció.

—Yo podría encontrarme entre los reos si hubiese aceptado dirigir la rebelión —murmuró muy impresionado.

—Tal vez no —dijo el profesor Ferrer—. Si usted hubiese dirigido la rebelión el golpe seguramente habría triunfado. Lo injusto de esta condena es que la rebelión realmente no llegó a producirse. Los almirantes no han sido condenados por lo que no hicieron, sino por lo que habían planeado hacer. Las Fuerzas Armadas habían desistido de iniciar toda acción después que usted les negó su apoyo. Mientras estábamos encerrados en el estadio hablé con oficiales comprometidos que me afirmaron esto; veinticuatro horas antes de los sucesos de El Páramo se había desistido de llevar a cabo el alzamiento.

—¿Por qué este ensañamiento? ¿Qué es lo que realmente se proponen los políticos?

—La maniobra es clara —contestó Terry—. Durante dos siglos y medio, casi a continuación de la declaración de independencia, la política ha vivido bajo el temor del poder de las Fuerzas Armadas. Esta operación señala el fin definitivo de las Fuerzas Armadas, la desaparición de los oficiales y mandos tradicionales.

El boletín de noticias no había terminado. Al final el locutor anunció la presencia del Presidente de la República ante las cámaras de televisión a las ocho de la tarde, “para dirigir un mensaje de trascendental importancia a la nación”.

Durante la tarde, Miguel Ángel Aznar y los Ferrer formaron uno de los comités de recepción para recibir a uno de los grupos que

constantemente estaban llegando, en números de varios miles diarios, en aerobuses y a través de los montacargas que, debajo del “disco volante”, comunicaban éste con el interior del planetillo.

Había expectación por escuchar el mensaje del Presidente a la nación. Antes de las ocho ya estaban los Ferrer y Miguel Ángel Aznar cenando, atentos a la pantalla de televisión.

Apareció el Presidente de la República, un hombre de 200 años que había participado activamente en política durante toda su larga vida. Y empezó a hablar.

La nación —dijo— se encontraba en un momento crucial de su historia. Era el rompimiento total entre las antiguas formas de convivencia del pasado y un nuevo estilo en la concepción de las normas sociales con proyección al futuro.

Las generaciones pasadas —continuó diciendo— habían impuesto a la nación valerana una herencia de preceptos e instituciones que, sobreviviendo al tiempo, se resistían a cualquier forma de evolución o cambio. Una de las instituciones más firmemente arraigadas en la tradición era la de las Fuerzas Armadas. Pero las Fuerzas Armadas acababan de sellar su propio fin con el fracasado intento de rebelión. Con ello terminaba el imperio del temor que durante siglos había pesado sobre la nación.

Pero las Fuerzas Armadas no eran la única oposición al gobierno constitucional. Desde hacía tiempo los intelectuales, desde su posición de privilegio, criticaban los programas del gobierno y propugnaban la implantación de reformas radicales que deberían devolver a la nación el pulso de gloriosas épocas pasadas. Estas minorías, impuestas en su carácter elitista, no habían querido aprender que la voluntad del pueblo era la voluntad del gobierno, y a un programa de ejemplar austeridad oponían su punto de vista de una sociedad de consumo y despilfarro.

“Cuando estamos devorando el mundo sobre el que habitamos, no podemos permitirnos alegrías ni despilfarros. Cada caloría que consumimos, la luz que nos alumbramos, el aire que respiramos, los abonos que hacen germinar nuestras plantas, proceden de un mismo origen, la corteza de “dedona” de nuestro mundo. Y nuestro mundo es finito. Durante largos lustros la élite intelectual no ha desaprovechado ocasión para hacernos saber su disgusto. Es la ley implacable de las democracias; las minorías tienen que aceptar la

voluntad de la mayoría. Pero nuestras minorías se han negado a aceptar las normas de la convivencia y aquí, en los dramáticos días pasados se han aliado con las fuerzas reaccionarias del Ejército y la Armada queriendo imponernos un estado oligárquico, en el que el poder estaría detentado por una minoría elitista, haciendo de esta nación un pueblo de esclavos.

“Pues bien, aunque anuncié que iba a dirigirme a la nación, ahora me dirijo exclusivamente a nuestras minorías arrojándoles un reto. Ahí, a nuestro alcance, está el circumplaneta, un mundo enorme para ser colonizado y habitado. Nuestras minorías tienen ahora la oportunidad de hacer un mundo a su medida. No están ya obligados a convivir con nosotros en la estrechez de este pequeño cascarón. Los que quieran abandonar este planetillo pueden marcharse con sus sueños de grandeza al circumplaneta. Les daremos todo cuanto necesiten para establecerse en su nueva patria, transportes siderales, máquinas, herramientas y equipo, todo para que su tarea sea más fácil y puedan realizarse en la sociedad que siempre han deseado. Los que no acepten esta salida y prefieran quedarse, tendrán que aceptar su condición minoritaria y abstenerse de obstaculizar el normal desarrollo de la democracia.

“Señores almirantes, y generales, distinguidos sabios y profesores, el pueblo de VALERA, y en su nombre el Gobierno de la República, les arroja este guante. Esperamos su respuesta”.

En el “disco volante” ISLA DE CUBA, los señores generales y almirantes y los “distinguidos” sabios y profesores, quedaron con la boca abierta ante las pantallas de los televisores.

Todavía no habían reaccionado de su sorpresa los prisioneros del ISLA DE CUBA, cuando la televisión, sacando sus cámaras a la calle, ofrecía un reportaje de primera mano de los acontecimientos que tenían lugar en Nuevo Madrid y, simultáneamente, en subsiguientes conexiones, en otras diecinueve ciudades importantes del autoplaneta.

La reacción del pueblo al durísimo discurso del Presidente fue unánime multitudinaria. La gente se echó a la calle y marchó en impresionante manifestación hacia la Plaza de España, lanzando gritos de insultos contra los causantes de la rebelión y el boicot, que habían hecho tambalear el orden y el normal desenvolvimiento de la vida en VALERA.

¡Que se marchen! —decían las pancartas agitadas por una multitud furiosa—. ¡No les necesitamos! ¡Que se larguen al circumplaneta! ¡Militares y científicos, fuera!

Y no cabía dudar de la espontaneidad de esta reacción.

—Vamos a ver lo que dice don Mario Valera —propuso el profesor Ferrer.

Al contrario que las calles de Nuevo Madrid, las de la ciudad-concha aparecían silenciosas y casi desiertas. En el portal de la casa coincidieron con el doctor Valdés y otros amigos que venían a comentar con don Mario el discurso del Presidente.

Otros habían coincidido en la misma idea y se encontraban ya en el apartamento del profesor Valera. En pocos minutos llegaría tanta gente que casi no iban a poder moverse en el salón-comedor.

—Don Mario, ¿qué le ha parecido el chaparrón que nos largó el Presidente? —preguntó el profesor Ferrer.

—Ese hombre está loco. Su demagogia es del más vulgar de los estilos —contestó don Mario Valera.

—Pero nos ha lanzado un desafío —dijo Miguel Ángel Aznar—. O recogemos el guante, o quedamos en ridículo ante todo el país.

—Ni siquiera sabemos si el circumplaneta se puede habitar —dijo don Mario—. Todavía no tenemos el resultado de los análisis de las muestras. Podrían existir bacterias extrañas, incluso podría estar habitado.

—¿Y eso qué importa? —contestó Miguel Ángel Aznar—. Si no puede ser habitado, no vamos a suicidarnos desembarcando en él. Lo que no podemos hacer es escudarnos en evasivas sobre si será o no será habitable. O estamos dispuestos a ir allí, o no lo estamos.

—¿Lo está usted? —preguntó una voz.

—Aunque jamás hubiese pensado hacerlo, después de lo que he escuchado, sólo se me ocurre una respuesta: sí —contestó Miguel Ángel Aznar.

Siguió una acalorada discusión, en la que las opiniones parecían divididas. Unos, los más ofendidos, estaban dispuestos a recoger el guante y dar una pronta respuesta afirmativa. Otros propugnaban un estudio más detenido de la situación.

—La mayoría no podemos decidir por nosotros mismos —expuso un físico nuclear—. Tenemos una familia. Si nuestras esposas y nuestros hijos no quieren ir al circumplaneta, muchos optaremos

por quedarnos.

—Yo no tengo esposa ni hijos —dijo Miguel Ángel—. No estoy atado a nadie y puedo decidir por mí mismo. Y mi decisión es contestar al Gobierno. Al menos uno va a responder al desafío. Miguel Ángel Aznar.

—Apúnteme a mí —dijo Terry Ferrer—. En último caso, entre usted y yo poblaremos ese circumplaneta.

Miguel Ángel enrojeció mientras estallaban risas a su alrededor. En menos de cinco minutos, quince nombres se habían agregado a la lista.

—Voy a intentar hablar por teléfono con el Presidente —dijo Miguel Ángel Aznar.

Media hora más tarde, vencidos una serie de impedimentos, Miguel Ángel Aznar se entrevistaba con el Comisario Bennet, ante quien expuso una serie de peticiones: comunicación telefónica con el Presidente de la República, permiso para utilizar el circuito interior de televisión para dirigirse a los prisioneros, autorización para abrir una oficina de alistamiento, y medios tipográficos para una campaña de propaganda a favor de la emigración al circumplaneta.

En contra casi de lo que esperaba, Miguel Ángel Aznar encontró en el Comisario un bien dispuesto colaborador.

—Venga conmigo a la Cámara de Control. Trataremos de comunicar con el señor Presidente.

Trasladados a la Cámara de Control del “disco volante”, el Comisario Bennet empezó un largo e intrincado camino para tratar de comunicar a Miguel Ángel con el Presidente. Pero lo más lejos que llegó fue hasta el Secretario del Interior.

El señor Secretario apareció en imagen en la pantalla de televisión.

—Dígame a mí lo que desea el señor Aznar, que yo se lo transmitiré al señor Presidente.

—El Almirante Aznar está aquí, señor Secretario.

—Bueno, que se ponga, hablaré con él —dijo el Secretario del Interior con aire malhumorado.

Miguel Ángel Aznar se situó ante el objetivo de la cámara.

—Señor Secretario —dijo—, hemos escuchado la alocución del señor Presidente. Me es grato comunicarle que he aceptado su

desafío. Emigraremos al circumplaneta.

—¿Usted y cuántos más? —preguntó el Secretario con ironía.

—El número se lo comunicaré a su debido tiempo. Muchas de las decisiones no pueden tomarse a título individual. Mis amigos deben consultar con sus familias, y para esto es necesario que alguien autorice al Comisario Bennet para que los presos puedan comunicarse por teléfono con sus esposas e hijos en VALERA.

—Bien, autorizaré esas llamadas.

—De igual modo, deben eliminarse las barreras que nos impiden comunicarnos con los presos del piso de abajo.

—Pide usted muchas cosas, Almirante.

—Todavía no he terminado. El señor Presidente ha dirigido esta tarde una alocución televisada a toda la nación, y muy particularmente se ha dirigido a las minorías de la oposición. Me acojo al derecho de réplica para dirigirme a la nación y a las minorías, por los mismos medios de audiovisión, a la misma hora, por igual tiempo y con igual cobertura que el señor Presidente.

—¡Está usted loco! —chilló el Secretario del Interior—. No puede reclamar ese derecho cuando de lo que se trata es de subvertir y confundir al pueblo. Pueden hacer lo que les dé la gana dentro del “disco volante”, pero renuncie a hacer propaganda fuera de los muros de su prisión.

—¿Es ése su concepto de lo justo?

—¡Déjeme en paz, no quiero seguir hablando con usted!

Brusca, groseramente, el señor Secretario del Interior cortó la comunicación dejando la pantalla a oscuras.

Todavía se encontraba Miguel Ángel Aznar en la Cámara de Control cuando sonó el teléfono y llamaron al Comisario Bennet, éste atendió al aparato y regresó junto a Miguel Ángel Aznar.

—El señor Secretario me ha autorizado por teléfono a atender las peticiones de los presos en la medida de lo prudente. Yo le digo lo que él dijo: pueden hacer lo que les dé la gana, excepto escapar del transporte, asesinar a la tripulación o asaltar el arsenal.

—¿Puedo utilizar el circuito cerrado de televisión para dirigirme a los presos?

—Sí.

Minutos después, en todos los televisores a bordo del “disco volante”, un locutor anunciaba: “atención, les habla el Almirante

Aznar desde la Cámara de Control”.

Miguel Ángel Aznar apareció en voz e imagen. Su voz, apacible y enérgica, tuvo el poder de magnetizar a sus escuchas.

“Los políticos en el poder nos lanzaron hoy un desafío. Sencillamente nos invitan a poner en práctica los programas con los que tanto tiempo les hemos estado azuzando. Las cañas se han vuelto lanzas y nos han puesto de espaldas a la pared. En algo tienen razón. Si por nuestra condición minoritaria no hemos podido realizar nuestra política, ahora se nos ofrece la oportunidad de formar un mundo a la medida de nuestros deseos. Ahí tenemos el circumplaneta, un mundo enorme, al parecer deshabitado, donde podemos realizar nuestros ideales de una patria grande, moderna, fuerte y poderosa; un planeta donde se puedan cumplir los deseos de futuro de nuestra Humanidad, llamada a expandirse por los universos-islas. Personalmente, he aceptado el reto, y en este sentido acabo de dirigirme al Gobierno de la República. No sé cuántos iremos al circumplaneta, pero de seguro uno irá allá, yo mismo. Bien es cierto que mis condiciones particulares pueden ser muy distintas de la mayoría. Muchos de ustedes aun deseándolo no podrán acompañarme, si el precio de esta aventura exige la separación de sus familias. Desde este momento ustedes podrán comunicar telefónicamente con sus familias y consultarles. También es cierto que nuestra emigración está supeditada a los resultados de los análisis que determinarán la posible o imposible habitabilidad del circumplaneta. A mi entender, no es prematura mi respuesta al Gobierno, antes al contrario. Sería terriblemente irónico que nos reserváramos de manifestarnos a espera de lo que digan los análisis. Si el resultado de las investigaciones fuera desfavorable, quedaría siempre en la duda lo que habríamos hecho si el circumplaneta hubiese sido habitable. Nuestra respuesta debe ser SÍ, en una total unanimidad. Siempre habrá tiempo de volverse atrás para los que no quieran o no puedan ir. Lo que no podemos hacer es esconder la cara y escudarnos en pretextos vagos, pues entonces seríamos el hazmerreír de doscientos millones de valeranos a quienes hemos ofendido con nuestro plante total. VALERA dice que nos vayamos, que no nos necesita. Nuestra disconformidad nos obliga a ser consecuentes con nuestra conducta. No podemos hablar de más trabajo, de más producción y más ambiciones, y volver la espalda

cuando los que hemos de trabajar y sacrificarnos somos nosotros. Amigos míos, queda abierta la inscripción para los inconformistas y los soñadores. Venid conmigo, hagamos un mundo a nuestra imagen. Os espero.”

Las palabras de Miguel Ángel, concisas, ponderadas, iban a tener el poder de galvanizar a setenta mil prisioneros en el ISLA DE CUBA. El peculiar carisma de los Aznar realizaría de nuevo el milagro de abatir reservas y aunar voluntades. Las minorías insolidarias tenían un líder.

Media hora después la capacidad de las líneas del transporte sideral resultaba insuficiente para atender a las llamadas telefónicas destinadas al interior del planetillo.

En la Plaza de La Habana, en un edificio destinado a la administración de la ciudad-concha, Miguel Ángel Aznar montaba aquella misma noche su oficina de alistamiento, auxiliado por jóvenes y entusiastas voluntarios.

Mientras se formaba una larga cola ante la oficina, en otra habitación del mismo edificio, Miguel Ángel Aznar reunía al profesor Ferrer y a un grupo de técnicos en muy variadas materias para redactar la lista de los materiales y equipo que solicitaría al Gobierno. Esa misma noche, Miguel Ángel Aznar iba a dirigir al Presidente de la República un escrito de petición de indulto para los cuatro almirantes y los dos generales condenados a muerte, respaldado por las firmas de un millar de intelectuales, científicos, investigadores, médicos y sociólogos de prestigio.

La petición sería rechazada. A la mañana siguiente los reos eran fusilados.

CAPÍTULO VIII

EL ÉXODO

La visión, de los cabezillos rebeldes, contraindicada en el esperado. El pueblo vio con disgusto aquella escena de crueldad inútil (no hubo una sola víctima en la pretendida rebelión) y muchos criticaron la actitud desafiante del Presidente. Éste, al lanzar su desafío a las minorías, les obligaba a tomar una decisión heroica que de otra forma quizá hubieran rechazado.

El Presidente había dicho “no les necesitamos”, pero esto no era verdad. La crema de la nación, las inteligencias más eminentes, los sabios más prestigiosos, los ingenieros, los arquitectos, los físicos, los investigadores, hasta los generales y almirantes más eficientes estaban comprendidos en aquellas minorías, al lado de gentes más modestas; artesanos, mecánicos, controladores ferroviarios, técnicos de televisión, mandos intermedios de la industria... Era la legión de los sacrificados, hombres y mujeres de toda condición que sirvieron a la sociedad más allá del deber, sin relevo ni recompensa, sirviendo su vocación y a sus ideales.

La nación necesitaba a estas minorías.

Ciertamente, el Estado podía formar técnicos y científicos casi tan buenos como aquéllos. Podría fabricar mil Marios Valera, mil Ferrer, mil Castillos. Lo malo era que estos sabios sólo permanecerían en sus empleos el tiempo estricto al que les obligaba la Ley. ¿Qué labor de continuidad podían desarrollar estos científicos sin vocación ni estímulo?

Pero los políticos, llevando su error al máximo extremo, no lo consideraban de igual modo. Lo importante era librarse de aquella

minoría incordiante.

Formarían legiones de técnicos por el sistema de enseñanza por el sistema de inducción directa al cerebro, aunque para cubrir los huecos que dejaban los exilados tuvieran que retirar mano de obra de otras actividades; la industria, la agricultura y los servicios. ¡Porque ni en sueños podía pensarse en aumentar en una semana los catorce meses del Servicio de Trabajo Obligatorio! ¡No en aquellos momentos, tal como andaban las cosas!

Rencorosos y malhumorados, los funcionarios del Estado se mostraron cicateros y tacaños a la hora de conceder a los exilados el prometido equipo. ¿Para qué querían aquellos tipos mil cruceros siderales? ¡Ni que fueran a guerrear contra el Imperio de Nahum! Tendrían doscientos, y aún era demasiado. ¿Otro transporte sideral? ¡Si no iban a llenar el que les llevaría al circumplaneta! ¡Anda la mosca, dos mil unidades de ferrocarril y cien locomotoras!

Por aquellos días, la táctica de Miguel Ángel Aznar consistía en calcular sobradamente el equipo, multiplicarlo por diez y pedir ese número al Gobierno. Los funcionarios del Estado hacían la operación al revés; dividían el pedido por diez y regateaban por si quedaba en algo menos.

Como los funcionarios eran cargos políticos y no técnicos, y como todo andaba manga con hombro en VALERA, a veces se recibían contrapropuestas sorprendentes.

El material ferroviario escaseaba en VALERA, pero a cambio podían ceder mil plantas nucleares móviles del Ejército Autómata “por si podían servirles”.

La carga del equipo no ofrecía dificultades cuando se trataba de maquinaria, perfiles o bobinas de plancha metálica procedentes del almacén, pues todo ello se había reducido previamente de tamaño utilizando la técnica de “compresión de la materia”, o reducción de los espacios vacíos.

Las Fuerzas Armadas se habían unido a los civiles y las familias de los exilados estaban llegando con regularidad. Aquellos que no iban a participar en el viaje al circumplaneta eran trasladados a otro “disco volante”. Su hueco fue llenado por 64.000 jóvenes procedentes de todos los lugares de VALERA, atraídos por la llamada de la aventura.

Probablemente habrían llegado muchos más, de no ser porque el

Estado no permitía la salida de aquellos que estaban cumpliendo el Servicio Obligatorio de Trabajo o estaban en edad de realizarlo próximamente. Todas las tentativas de Miguel Ángel por traer a bordo a Alicia Zorio resultaron inútiles.

Ya iban adelantados los preparativos de marcha cuando el crucero explorador SÍDNEY regresó a su base de VALERA. Un equipo de técnicos, bajo la dirección del profesor Mario Valera, trabajaba sobre los datos recibidos por radio desde el crucero.

A la vista de estos resultados, y a falta del examen y análisis de las muestras traídas por el SÍDNEY, no parecía existir obstáculo para que los hombres de la Tierra habitaran aquel mundo. Los detectores de neutrinos no registraban la presencia de partículas desprendidas de algún generador atómico. Si en el circumplaneta vivían seres inteligentes, éstos no conocían el uso de la energía atómica, ni probablemente la radio.

Todo esto chocaba con la naturaleza misma del circumplaneta y las señales que en un pasado no tan remoto enviaba a través del espacio. Ahora bien, cabía que las señales procedieran de otro lugar, y que el circumplaneta, en contra de la teoría del profesor Valera, fuera obra de la Naturaleza, y no de una supervivencia.

En vísperas de la partida del ISLA DE CUBA, se hallaban concentradas a bordo 730.000 personas; hombres, mujeres y niños. La razón de tan elevado número había que buscarla en la particular estructura de la sociedad valerana.

Extraer una persona de VALERA era como querer sacar una cereza de un cesto. Se tiraba de una y salían en racimo. El prolongado período de vida hacía posible la permanencia de hasta doce generaciones en una misma familia. La familia no estaba formada sólo de marido, mujer e hijo. Cada cónyuge aportaba además dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos.

Más allá de la tercera generación se diluía el parentesco.

Las despedidas, en todo caso, no iban a ser tan dramáticas en esta ocasión como las que tuvieron lugar en otras etapas de la historia del autoplaneta, cuando separarse de los familiares significaba la certeza de no volver a verlos jamás.

El autoplaneta iba a permanecer por tiempo indefinido en una órbita interior al cinturón que formaba el circumplaneta alrededor

del Sol. Ciento noventa y nueve millones de valeranos se disponían a ser espectadores de la atrevida aventura de Miguel Ángel Aznar y su gente.

Las muestras traídas por el crucero explorador estaban desde hacía dos días en los laboratorios del Instituto Nacional de Exobiología, pero por alguna razón no llegaban los resultados del análisis.

—No importa —dijo el profesor Valera—. De todos modos no voy a fiarme de los resultados obtenidos por un grupo de ineptos. Cuando lleguemos al circumplaneta antes de desembarcar tomaremos nuestras propias muestras y haremos nuestros propios análisis.

Miguel Ángel Aznar decidió partir. La policía del Comisario Bennet y la guarnición del “disco volante” abandonaron la nave. Los oficiales de la Armada ocuparon simultáneamente la Cámara de Control.

Horas después, el gigantesco transporte se elevaba lentamente, abandonaba el cráter y empezaba a moverse con creciente rapidez. Doscientos cruceros siderales le escoltaban.

Se notaba cierto nerviosismo a bordo, pero no demasiado. La patria, VALERA, iba a proyectar su sombra protectora desde el espacio por mucho tiempo. No era una despedida definitiva, al fin y al cabo.

Se había calculado que la travesía del espacio invertiría tres semanas. A dos días de VALERA don Mario preguntó por radio si estaban listos los análisis de las muestras. La respuesta del laboratorio fue:

—Llevará tiempo determinar el carácter de algunas bacterias extrañas.

—¿Qué quiere decir “extrañas”? —preguntó don Mario.

—Pues que son nuevas para nosotros. Las hemos aislado y estamos estudiando su efecto en las cobayas. Se le informará a su debido tiempo.

El profesor Valera se mostraba preocupado.

—No importa, disponemos de tiempo —le dijo Miguel Ángel.

—No es cuestión de tiempo. No queda en el laboratorio nadie con competencia para facilitar un informe de confianza —gruñó don Mario.

El “disco volante” se alejaba cada vez más aprisa de VALERA, pero los viajeros casi no notaban esta lejanía. Recibían con toda normalidad las emisiones de radio y televisión del planetillo, veían sus programas y estaban al día de cuanto ocurría a través de los numerosos boletines de noticias. Uno se sentía como en casa.

A la semana de viaje se hizo evidente que algo estaba ocurriendo en VALERA. Primero fueron declaraciones de algunos médicos asegurando que no existían motivos para creer que se hubiera declarado una epidemia. Al día siguiente era el Secretario de Salud Pública quien aparecía en la televisión para desmentir los rumores y asegurar que “se habían registrado algunos casos aislados de tifus, pero estaban bajo riguroso control sanitario”. El tifus, al parecer, había sido causado por contaminación de las aguas “por deficiencias en las estaciones depuradoras”.

Los medios de difusión estaban en VALERA bajo control del Estado. Eran propiedad del Estado. Una curiosa particularidad de la República de Valera era que, a juzgar por las declaraciones de los funcionarios públicos, las cosas marchaban sobre ruedas en el planetillo. Todo era perfecto, nadie cometía errores.

No era posible con este sistema saber lo que estaba ocurriendo realmente en VALERA. Al tercer día de desmentir los “rumores”, la radio y la televisión “recomendaban” la conveniencia de vacunarse. ¿Vacunarse contra qué? Finalmente estalló la bomba. “Estamos siendo atacados por un virus desconocido. Nuestros laboratorios se esfuerzan por aislar el germen patógeno”.

El profesor Valera intentó comunicar por radio con el Centro de Investigación Biológica. El caos más completo parecía reinar en aquel centro. Parecía imposible dar con alguien con autoridad. Finalmente contestó un médico desconocido.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Valera.

—Nadie lo sabe. La gente está muriendo como moscas.

—¿Tifus? ¿Peste bubónica?

—Es una enfermedad desconocida. Todo empezó en el Instituto Nacional de Exobiología. Los virus llegaron con las muestras que trajo la aeronave exploradora. Es algo nuevo... ¡y terrible!

Colgaron el teléfono antes que don Mario pudiera pedir detalles más concretos. La cortina triunfalista del Estado se rasgaba. Tras la cortina aparecía la incompetencia acumulada durante lustros de

alegre irresponsabilidad. El operador de radio de la Sala de Control del autoplaneta fue mucho más expresivo que la radio y la televisión.

—La epidemia recuerda aquellos relatos bíblicos de las plagas de Egipto. La gente muere a millares cada día. Los crematorios no dan abasto... los cadáveres se amontonan en las calles... pero nadie acude a recogerlos, porque todos han desertado de sus puestos. La gente asaltó los almacenes y corrió a encerrarse en sus casas. No funciona el metro... la industria quedó paralizada..., la basura sale por las ventanas de las casas y se amontona en las aceras con los cadáveres putrefactos. La Policía ha desertado..., las calles están silenciosas y desiertas. Todo es desolación, horror y muerte...

Mientras tanto, la televisión seguía dando películas románticas y de aventuras. Los Thorbod..., la Humanidad de Silicio..., los Hombres de Titanio.

Alguien debió pensar que convenía distraer a la nación mientras las gentes esperaban en sus casas la llegada de la misteriosa e implacable enfermedad.

Un boletín de noticias dio la escueta noticia de la muerte del Presidente de la República. Dos días de luto nacional. Llamamiento a los soldados para que regresaran a los cuarteles, amenazas, esperanzas de una pronta solución...

Miguel Ángel Aznar reunió a su “staff”. ¿Deberían tomarse medidas preventivas también a bordo?

—Cuando partimos del planetillo todavía no había estallado la epidemia allá —informó el doctor Castillo.

Ningún caso de enfermedad epidémica se había producido a bordo. La salud de los exilados era envidiable. Cobraba forma un temor. ¿Sería exterminada la población de VALERA hasta el último hombre? ¿Quedaría reducida a los 720.000 exilados toda la raza humana?

—Tenemos que hacer algo para ayudar a VALERA —dijo Miguel Ángel Aznar—. Si allá no han sido capaces de combatir ese virus, tal vez nosotros podamos.

—Sinceramente me considero obligado a ello —afirmó don Mario—. Me siento como un desertor. Tal vez, si nos hubiésemos quedado allá, no habría ocurrido esta catástrofe.

—Yo había pensado llegar hasta el circumplaneta y tratar de

aislar ese germen mortal. Pero si ustedes lo deciden de otro modo regresaremos inmediatamente a VALERA —dijo Miguel Ángel—. Nos encontramos a mitad de camino entre el circumplaneta y nuestro planetillo.

—Nuestra gente no va a querer volver a VALERA —objetó Terry Ferrer—. Aunque se sientan entristecidos por lo que ocurre allá, consideran una suerte haber escapado con tiempo de la peste.

—No vamos a pedir a nuestra gente que entre en el autoplaneta. Sólo desembarcaríamos los que de alguna forma podemos ser útiles —apuntó don Mario.

—No —se opuso el doctor Castillo con rotundidad. Y añadió—: No tendría ninguna utilidad práctica regresar a VALERA, excepto que fuera para aportar alguna solución inmediata. El Almirante Aznar razona con lógica. Si los gérmenes letales están en el circumplaneta, debemos buscarlos allí y encontrar la forma de combatirlo.

—Pero si encontramos la forma de combatirlo tardaremos mucho tiempo en estar de regreso en VALERA.

—Nada de eso. Desde el circumplaneta enviaremos la vacuna, el antídoto o lo que sea a bordo de los cazas DELTA —dijo Miguel Ángel—. Nadie podría hacer el viaje más rápido que esos aparatos.

Miguel Ángel estaba en lo cierto. Los aparatos de combate DELTA, propulsados por “luz sólida”, eran tan rápidos y tenían tal poder de aceleración que no podían ser tripulados por seres humanos. Un hombre a bordo de ellos quedaría destrozado bajo la tremenda fuerza de aceleración. Por esta razón aquellas aeronaves eran dirigidas por control remoto.

Los DELTA sólo podían ser tripulados por seres humanos a condición de no sobrepasar ciertas fuerzas “g” (siendo cada “g” una vez la fuerza de gravedad sobre la Tierra).

Miguel Ángel Aznar seguía pensando en ello después de abandonar la reunión. Pensaba en VALERA y en Alicia Zorio. ¿Qué habría sido de ella? ¿Habría muerto también y yacería su cadáver tirado en la acera ante su casa, sin que nadie fuera a recogerlo?

En el apartamento que ocupaba solo, después de acostarse, seguía dándole vueltas al asunto. Se levantó, cogió el teléfono y llamó al profesor Valera. Se puso Alejandro al aparato, luego don Mario.

—Don Mario, lo he decidido. Voy a ir al circumplaneta.

—No le entiendo, Almirante. ¿Qué quiere decir?

—El “disco volante” tardará todavía diez u once días en alcanzar el circumplaneta. En la mitad de ese tiempo yo podría ir, recoger las muestras y estar de regreso. Adelantaríamos una semana. Suponiendo que encontráramos una vacuna para ese virus, en una semana podríamos salvar miles..., tal vez millones de vidas.

—¿Cómo lo haría?

—Volando en un DELTA.

—Tenía entendido que ningún ser humano podía volar en esos meteoros.

—Se puede, hay incluso espacio para dos tripulantes. Todo consiste en graduar la velocidad de salida de modo que no le aplaste a uno contra el respaldo. Conozco bien esa máquina, podré hacerlo con el equipo adecuado.

—Pera usted no sabe de las precauciones que hay que tomar para aislarse de las bacterias.

—Todavía no hemos hecho nada tan hermético como una armadura de vacío. Ese es el equipo que voy a utilizar. Al regreso pueden rociarme con lo que quieran, agua, fuego o ácido sulfúrico...

—Espere un momento, Almirante. La idea me parece buena en principio. Un momento...

Escuchó lejanamente la voz del profesor hablando con alguien. Luego don Mario debió destapar el micrófono y dijo:

—De acuerdo, Alejandro irá con usted.

—¿Alejandro? No, él no ha volado nunca en un DELTA. Hay que tener una constitución de hierro y estar bien entrenado para soportar las fuerzas de aceleración que desarrolla ese aparato...

—Si usted puede, Alejandro podrá también. Es robusto, y en cuanto a entrenamiento..., usted acaba de salir de la cripta de hibernación, donde ha permanecido durante doscientos setenta y seis años, así que...

—Basta, me ha convencido. Que venga Alejandro. A mi casa, lo estaré esperando en el portal.

Al colgar el teléfono y levantar la cabeza, Miguel Ángel se encontró ante Terry Ferrer que estaba en la puerta. La joven entró y cerró la puerta.

—¿Qué es lo que he oído acerca de volar en un aparato DELTA?
—preguntó Terry.

—Alejandro Valera y yo vamos a volar hasta el circumplaneta. Tomaremos muestras y estaremos de regreso en seis días..., tal vez antes.

—Entiendo que eso es muy arriesgado...

—No hay riesgo alguno. Ganaremos una semana. En ese tiempo se pueden salvar muchas vidas humanas en el autoplaneta.

—La gente del autoplaneta te trató bastante mal. ¿Están pensando en salvar muchas vidas, o te acuerdas de aquella chica? Perdona, he dicho una tontería...

Miguel Ángel había hablado alguna vez a Terry de Alicia Zorio. Ahora se daba cuenta de que, de alguna forma, Terry se sentía celosa. Terry había estado casada, se divorció y no ocultaba que había estado con algún otro hombre después. Era una mujer apasionada y Miguel Ángel había sentido que la tenía al alcance de su mano. Sin embargo, nunca se había insinuado, manteniéndose en una posición de reserva y espera.

—Terry, debo salir. Hablaremos a mi regreso. De aquella chica... y de ti.

Terry estaba junto a la puerta cuando Miguel Ángel se disponía a salir. Él se detuvo, la estuvo mirando y luego la besó.

CAPÍTULO IX

ENCUENTRO

Muchos de los hombres parecían seres de otro planeta, sobre los que los científicos de su mundo parecían tener poca información. Los DELTA eran una máquina casi tan irreal como ellos mismos.

El caza DELTA, curiosamente, parecía una regresión a los tiempos de la aviación heroica, cuando las aeronaves iban impulsadas por ensordecedores motores de keroseno que quemaban combustible en cantidades fantásticas y apenas tenían un radio de acción de dos o tres mil kilómetros. El DELTA se parecía a uno de aquellos prehistóricos aviones, al menos en el tamaño y la forma.

Era como un dardo negro, con una proa en forma de flecha, y las cortas alas, muy robustas, retrocediendo en ángulo muy acusado. Hacia atrás, del extremo del fuselaje, sobresalía una cola en forma de timón, más pequeño que los de aquellos antiguos aviones de chorro.

El DELTA también era propulsado por un motor de chorro, sólo que la fuerza impulsora que salía en chorro, por la tobera no eran gases malolientes, sino un puro, dorado y tenso rayo de luz. El panel vertical de la cola no desempeñaba ninguna función que se pareciera a la de un timón; simplemente servía como soporte de una hilera de pequeños faros en el borde de ataque, y para mantener en línea recta el aparato en los torbellinos de aire de la atmósfera gaseosa de los planetas o en inmersión bajo el agua del océano.

Pero los DELTA no habían sido concebidos para moverse en el aire o en el agua. Su elemento era el “no elemento”, es decir, el vacío intergaláctico, los enormes espacios sin obstáculo, el abismo frío y oscuro donde podía moverse a sus anchas, devorando miles

de kilómetros en un segundo, raudo como una centella, cabalgando sobre una barra de luz.

Sus cortas y gruesas alas, obviamente, tampoco le servían para volar. En sus bordes de ataque se veían sendas hileras de pequeños proyectores, montados en un hueco de forma ingeniosa para permitirles moverse en todas direcciones, excepto hacia atrás. Estos proyectores, del tamaño de faros de automóvil, era la terrible arma del caza DELTA, la “luz sólida”.

El poder de penetración de estos rayos luminosos era tan enorme, que podían atravesar limpiamente un muro de acero de seis metros de espesor, abriendo un agujero tan perfecto como hecho con un taladro.

Cuando lanzado a diez mil kilómetros por segundo el DELTA disparaba sus rayos, toda la máquina experimentaba una sacudida que habría hecho pedazos a un piloto humano. De aquí que toda la aeronave y sus complejos mecanismos tuvieran que ser contruidos de una robustez a toda prueba. Toda la aeronave estaba hecha de “dedona” pura, contruida por el sistema llamado “integral”, es decir, de una sola pieza, sin juntas, ni remaches ni soldaduras. Solamente la cubierta de la carlinga formaba una pieza aparte, y estaba asegurada firmemente para que no saliera disparada en las rápidas evoluciones, aceleraciones y retenciones que en combate solía sufrir la máquina.

Los tripulantes iban sentados uno detrás de otro, en un espacio bastante angosto. Por encima de sus cabezas y por los lados les cubría una cubierta de “diamantina”, el mismo cristal del que estaban hechas sus armaduras. Opcionalmente, una segunda cubierta exterior de “dedona” podía accionarse eléctricamente y cubrir la cubierta de cristal.

Incrustados en sus asientos, amarrados con los cinturones, los dos tripulantes saludaron con la mano antes que se cerrara la cubierta de cristal polarizado.

El DELTA fue empujado por los hombres del servicio del hangar hasta el interior de una especie de cajón oscuro. Al cerrarse la compuerta detrás del caza se encendió una luz roja. Hasta los auriculares de los dos hombres, en el interior de su escafandra, llegó la voz del controlador de vuelos:

—Avión en cámara. Listo para salir.

—Preparado —dijo Miguel Ángel concisamente.

Ante la proa del aparato se descorrió a derecha e izquierda una puerta de doble hoja. La cámara estaba llena de aire y al escapar este empujó suavemente al DELTA hacia afuera. Al mismo tiempo el piloto encendía el motor lumínico. Un chorro de luz brotó por la tobera y empujó por reacción al aparato hacia adelante.

El DELTA salió al espacio por un costado del gigantesco “disco volante”, cerca del borde superior. Por delante, a través del negro cristal polarizado, Miguel Ángel podía ver el cerco brillante del circumplaneta, más cerca de como jamás lo había visto. Aun a esta distancia era impresionante.

—Vamos allá, Alejandro. Empieza el martirio.

Abrió suavemente el reostato. Atrás el chorro de luz se hizo más brillante, más intenso. La respuesta del aparato fue inmediata y los dos tripulantes sintieron como si una poderosa prensa hidráulica les aplastara el pecho contra el respaldo, cortándoles el resuello. No era una sensación agradable, pero había que hacerlo así para adquirir pronto una velocidad de crucero respetable.

—¿Lo a-guan-tas bi-en? —preguntó Miguel Ángel entrecortadamente.

—Si —fue la respuesta de Alejandro desde atrás.

Sintiendo como si su caja torácica fuera a estallar, los dos hombres soportaron aquel horrible martirio durante tres minutos. Automáticamente el motor redujo su potencia y los tripulantes pudieron respirar.

Durante dos días el DELTA aceleraría continuamente manteniendo la potencia de su motor en límites tolerables para la tripulación. Metidos en sus armaduras, los dos hombres distaban mucho de sentirse cómodos. No podían rascarse, ni estirar las piernas, ni levantarse, y se quitaban las escafandras sólo para comer. El crucero explorador SÍDNEY había detectado la presencia de numerosos aerolitos en las inmediaciones del circumplaneta, materia desprendida de éste y que giraba con el gigantesco anillo.

Después de dos días de continuo acelerar, a mitad de camino, Miguel Ángel hizo voltear el aparato de modo que éste cayera a plano hacia el circumplaneta. Debajo de las alas y del fuselaje, cuatro proyectores de “luz sólida” frenaban continuamente a la aeronave mientras el motor de popa permanecía apagado.

—Bueno, Alejandro, ahora viene lo duro —dijo Miguel Ángel.

Había tomado mucha velocidad en el transcurso de aquellos días, y ahora había que absorber aquella energía cinética con una desaceleración enérgica.

Fueron unas horas muy duras, aplastados contra el asiento, como si una tonelada de plomo gravitara sobre sus cabezas, sus hombros y sus nalgas, sobre sus muslos y sus pies. Cuando estaban a punto de desvanecerse Miguel Ángel aflojaba. Se tomaban unos minutos de respiro, y siempre parecía demasiado pronto cuando Miguel Ángel decía:

—Bueno, vamos a ello otra vez.

El DELTA entró planeando en las altas capas de la atmósfera del circumplaneta.

—Ha sido una paliza mortal —dijo Alejandro Valera.

—Ya pasó lo peor. ¿Dónde vamos a tomar tierra?

—El robot tomó muestras en una selva húmeda. Creemos que los gérmenes letales estaban en el mantillo putrefacto o las hojas de los vegetales que el robot tomó como muestras.

Miguel Ángel guardó silencio un largo rato. Inclinando la máquina sobre un ala señaló abajo y dijo:

—Allí hay algo parecido a lo que vimos por televisión. Si no es la misma selva será algo parecido. Vamos a bajar.

El DELTA descendió a mil metros de altura y sobrevoló la selva buscando un claro. Poco después Miguel Ángel distinguía un calvero que salía de la selva como una concha de tortuga. Describió un círculo perdiendo velocidad, inmovilizó el aparato en el aire y bajó verticalmente sobre el calvero.

La aeronave, que carecía de tren de aterrizaje, se detuvo a un metro de altura del suelo. El piloto apretó un botón y la cubierta de cristal se deslizó a ambos lados dejando entrar los rayos del Sol. Los dos tripulantes llevaban calada la escafandra. Sus armadas estaban conectadas por tubos elásticos a la toma de oxígeno de los depósitos del DELTA, y por extensiones eléctricas a la línea telefónica interior.

Hechas las desconexiones y soltados los cinturones se movieron torpemente para salir de la carlinga.

—¡Dios mío, tengo los huesos anquilosados! —dijo Alejandro Valera. Ahora ambos estaban comunicados por sus respectivos aparatos de radio.

Alejandro se descolgó por un lado del aparato hasta un ala. Miguel Ángel le tendió una pala y una bolsa de plástico en cuyo interior había otras dos bolsas esterilizadas. A continuación extrajo del fondo de la carlinga un fusil de “luz sólida”. No esperaban encontrar ser viviente alguno, pero habían traído el arma por si eran atacados por alguna bestia.

La selva rodeaba completamente el calvero y los árboles estaban como a un centenar de metros de distancia. Había que tomar las muestras de “allí”. Valera echó a andar torpemente. No tenía costumbre con la armadura, y además sus piernas estaban agarrotadas. Miguel Ángel le siguió un poco rezagado llevando su fusil y mirando a todos lados con recelo.

Lo primero que advirtió fue la presencia de un número considerable de insectos. Unos de éstos vino a pararse en el frente de cristal transparente de su escafandra. Parecía un mosquito, sí. ¡Pero un mosquito del tamaño de una libélula! Algo volaba sobre las copas altas de los árboles. Parecían pájaros, si bien su forma de volar era muy distinta. Cuando uno de estos pájaros pasó volando raudamente cerca de él, vio con asombro que era una libélula. ¡Una libélula como una mesa de billar!

Quizás la vida animal fuera allí tan exuberante como la vegetal. Los árboles eran enormes y la hierba en algunos sitios cubría totalmente hasta la cabeza de Alejandro.

El joven Valera llegó hasta los árboles y todavía se adentró un trecho buscando la materia orgánica en descomposición que formaba el mantillo. Desde el borde de la selva Miguel Ángel le veía excavar y echar paletadas de mantillo en una bolsa. Luego tierra húmeda. Una nube pasó cubriendo el sol y cayeron algunas gotas de lluvia.

Encerrado en su hermética escafandra. Miguel Ángel no podía oír ningún sonido exterior, sólo los resoplidos y algún que otro comentario sin trascendencia de su compañero. Luego recordó que sí podría escuchar los sonidos si conectaba su amplificador a los micrófonos exteriores, sobre los lados de la escafandra.

Lo hizo así y al punto oyó un murmullo de vida intensa; el rumor de las hojas agitadas por el viento, el zumbido de las libélulas gigantes y el trompeteo de los enormes mosquitos. Y otro sonido, un chirrido potente y desapacible que jamás había oído

antes. Lo más aproximado era el canto de una cigarra, pero distinto.

Valera había terminado con la tierra y estaba cortando ramas de un arbusto que luego metía en una bolsa.

—¿Qué ruido es ese, Almirante? —oyó a Alejandro por los auriculares.

—¿Cuál de ellos?

—Sólo oigo uno, un chirrido molesto.

Miguel Ángel no cayó en seguida en ello... Miraba a su alrededor preguntándose de dónde procedía aquel exasperante chirrido intermitente... hasta que de pronto se dio cuenta de una cosa. ¡Si Alejandro sólo oía un ruido no estaba escuchando lo mismo que él!

Cierto, Alejandro seguía escuchando por la radio. Pero en el oído de Miguel Ángel se mezclaban los ruidos de la selva y los que recogía su radio. Lo comprobó desconectando los micrófonos exteriores. Ahora sólo escuchaba la radio... ¡y por la radio llegaban aquellos raros chirridos!

Y entonces tuvo como una premonición.

—Alejandro, apresúrate. Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Esta radio ha estado silenciosa como una tumba hasta que empezaron esos chirridos. Escúchalos bien, no son una interferencia. Es un sonido modulado. Corto... largo... baja de tono... se hace más agudo. La voz de los habitantes de este mundo no tienen que ser forzosamente como la nuestra ¿verdad?

—Entiendo lo que quieres decir. ¡Vamos!

Alejandro salió corriendo entre los árboles con una bolsa de plástico en cada mano. Miguel Ángel le siguió ladera arriba. Levantó la cabeza y lo vio. Un aparato picaba sobre el calvero descolgándose de las nubes. Vio el pestañeo de unas bocas de fuego y empujó a su compañero tirándolo al suelo. Una nube de proyectiles cayó sobre el DELTA y se corrió tronchando la hierba en dirección a ellos. El reguero de balas pasó a menos de un metro levantando pellas de tierra.

El aparato pasó sobre sus cabezas y recobró la horizontal perdiéndose de vista.

—¡Ahí llega otro! ¡Corre, métete debajo del DELTA!

Otro aparato picaba casi en vertical sobre el calvero. Miguel

Ángel no lo dudó un segundo. Levantó el fusil, apuntó y disparó. Una cinta dorada brotó del arma y atravesó al enemigo. Por un instante pareció como si una aguja de oro ensartara a un escarabajo negro azulado.

El aparato hizo un visible esfuerzo por recobrar la horizontal, pero sólo lo consiguió a medias. Pasó con estruendo sobre las cabezas de los terrícolas y se estrelló en la selva cercana en medio de una enorme llamarada y una explosión que llegó a los oídos de Miguel Ángel incluso a través de la escafandra. Todo el suelo tembló y una nube de humo se elevó en el aire como una seta.

—¡Sube al aparato, el otro no tardará en volver!

Alejandro tiró los sacos dentro de la carlinga y se encaramó al ala. Miguel Ángel vigilaba el cielo gris. Distinguió vagamente al segundo aparato que estaba dando vueltas como un buitre a espera de una presa. El Almirante saltó sobre el ala y de ésta a la cabina. Pulsó una tecla y esperó. Los proyectores de “luz sólida” de los bordes de las alas y el borde de la cola se movieron con rapidez apuntando al cielo. Brotaron una docena de rayos dorados, empujando al DELTA hacia atrás.

El sistema de puntería por radar era infalible y el avión desconocido recibió una andanada de lanzazos luminosos que lo dejaron un segundo como clavado al cielo. De pronto explotó como una bomba en el aire. Sus pedazos cayeron dando volteretas y echando humo sobre la selva.

Miguel Ángel trepó a la carlinga, tiró el fusil a un rincón y corrió la cubierta de cristal. Impulsado por los proyectores, el DELTA ascendió verticalmente al cielo. Luego levantó la afilada proa y encendió el motor de popa. Escalando el azul del cielo, el aparato pronto llegó a una zona en la que el cielo ya no era azul, sino negro.

Acelerando constantemente el DELTA se alejó del circumplaneta.

—¿De modo que el circumplaneta no está deshabitado, después de todo? —dijo Alejandro después de un rato.

—Eso parece, ¡vaya una sorpresa! —dijo el Almirante—. Hubiera dado cualquier cosa por verles la cara a los tipos que nos atacaron. Sus aparatos eran muy raros, y sus armas primitivas. Propulsión por hidrógeno, cañones... esa imagen no cuadra con la idea que nosotros nos habíamos formado acerca de los habitantes de este mundo.

Durante los dos días de viaje hasta el “disco volante”, éste habría de ser el obsesivo tema de su conversación.

—Si lo mejor que tienen es todo lo que hemos visto no son enemigo para nuestra potencia —decía Miguel Ángel—. Sin duda podríamos conquistar el circumplaneta. La pregunta es, ¿nos asiste algún derecho a conquistarles? Ellos son seres racionales como nosotros.

—Por fuerza tendremos que entablar un diálogo con ellos —observó Alejandro Valera—. ¿Cómo serán? Ni siquiera podemos imaginarlo.

El DELTA alcanzó al transporte, entró por una esclusa lateral y antes de salir de la cámara fue sometido a una concienzuda esterilización. Los dos tripulantes iban a merecer un cuidado especial mientras las bolsas de plástico seguían un intrincado camino hasta llegar al laboratorio.

El “disco volante” regresaba a VALERA. Todo el camino que recorriera mientras los biólogos trabajaban sobre las muestras, sería acortar la distancia que luego tendrían que recorrer los meteóricos DELTAS. Pero el germen letal que estaba exterminando la población de VALERA no sería desarmado de su poder maléfico hasta cinco días más tarde. Los investigadores habían encontrado una vacuna contra el diminuto enemigo.

Mientras tanto la peste seguía haciendo estragos en VALERA. Allí no habían sido capaces de aislar el virus. Un jactancioso político había dicho refiriéndose a los científicos “no les necesitamos”. Luego la realidad iba a demostrar que la educación por el sistema de inducción directa al cerebro no era el panacea para crear científicos a porrillo. Ninguna máquina era superior a los hombres que la habían construido.

Rápidamente la vacuna, con la fórmula para prepararla, fue puesta a bordo de tres cazas DELTA y despachada a VALERA, donde era esperada con ansiedad. Los DELTAS hicieron una carrera magnífica, y en veinticuatro horas estaban en el planetillo.

Ese mismo día y a esa misma hora, después de haber permanecido aislados en una cámara hermética, el joven profesor Valera y el Almirante Aznar, iban a reunirse con sus amigos.

Con todo, y con el éxito obtenido, Miguel Ángel Aznar no era un hombre alegre aquel día. Las noticias que llegaban del autoplaneta

eran aterradoras. Se calculaba muy por encima entre cinco y seis millones de víctimas. La mortandad iba en incremento de día en día, a medida que se extendía la peste. La loca carrera de Miguel Ángel Aznar y de Alejandro Valera hasta el circumplaneta, con toda seguridad había ahorrado otro millón de víctimas.

Como diría más tarde Alejandro Valera:

—Valió la pena pasar por aquel momento.

¿Y de los planes de colonización del circumplaneta, qué?

—Tal vez nunca lleguemos a poner pie en él —dijo Miguel Ángel Aznar—. De cualquier modo, no nos marcharemos antes de verles la cara a esa gente..., si los políticos de VALERA no deciden otra cosa.

—Yo pienso que los politicastros de VALERA han recibido una dura lección —dijo el profesor Ferrer. Y se corrigió—. Todos aprendimos una amarga lección.

El “disco volante” regresaba a VALERA, pero transcurrirían muchas semanas antes que el primer exilado pusiera pie en aquel mundo. El Almirante se había interesado repetidamente por una enfermera llamada Alicia Zorio. Finalmente, un radiograma confirmó que la señorita Zorio había fallecido víctima de la peste cumpliendo su deber en el Hospital General de la Armada.

El ISLA DE CUBA acababa de “anclar” en una órbita de satélite alrededor del autoplaneta. Terry Ferrer entró en el apartamento de Miguel Ángel.

—He sabido lo de tu chica. Lo siento.

—Como decimos los soldados, “murió en el cumplimiento de su deber” —murmuró Miguel Ángel—. Yo me pregunto, ¿no faltamos nosotros a nuestro deber abandonando nuestros puestos cuando más nos necesitaban?

—Miguel Ángel, amigo mío. ¿No te has parado nunca a considerar cuán extraños son los caminos que sigue la fatalidad para llegar a un punto? Es posible que si nosotros hubiésemos estado allí no ocurriera el descuido que provocó el desastre. ¿Pero podemos saberlo? Pudo ocurrir que hubiésemos muerto todos. Una epidemia se propaga como las ondas que provoca una piedra que cae en una charca. Cuanto más lejos alcanzan las ondas concéntricas son más débiles, pero abarcan más superficie. Nosotros estábamos a medio camino del circumplaneta cuando supimos la verdad de lo que estaba ocurriendo. Gracias a que estábamos allí

podimos llegar antes al circumplaneta y descubrir el virus mortal. Pienso, en fin, que no es justo que nos recriminemos arrojando toda la ceniza sobre nuestras cabezas. Empezando por el circumplaneta tuvieron que ocurrir otras muchas cosas para tejer la trama de este drama. Tu regreso al mundo de los vivos, la desacertada política de concesiones de nuestros gobernantes, el descontento de las minorías, nuestro boicot contra el Gobierno, el alzamiento militar que tal vez no fue alzamiento, la ola de represiones, el desafío y la aceptación del reto por nuestra parte. Y luego unos minúsculos bichitos que se pierden de una probeta y desencadenan una epidemia. Todos hemos sido culpables de algo.

—Sí.

Terry le acarició el rostro.

—No, Terry. Ahora no —dijo el Almirante.

La joven se resignó con un suspiro y salió del apartamento. A esa misma hora en VALERA se formaban largas colas para recibir la vacuna salvadora.

F I N

Notas

[1] Redención es un planeta hueco. 22.000 km de diámetro (el de la Tierra 12.700 km). Superficie exterior, 1.500 millones de kilómetros cuadrados; superficie interior, 1.300 millones de kilómetros cuadrados. Otro planeta del mismo sistema, Solima, es igualmente hueco, aunque totalmente cubierto de agua en el exterior. < <

[2] El autor se refiere de pasada a las 30 obras publicadas anteriormente, donde se relatan los viajes de los Aznar y los sucesivos enfrentamientos con distintos pueblos extragalácticos.

< <